

VEN A LA RONDA
RUEDA QUE RUEDA
NO TE DISTRAIGAS
QUE PUEDES SALIR.
Y SI TE SALES
QUEDAS AFUERA
Y RUEDA QUE RUEDA
NO PUEDES VOLVER.
NO TE SEPARES
DAME TU MANO
CIERRALA FUERTE
Y CANTA AL COMPÁS:
RUEDA QUE RUEDA
RONDA REDONDA
NO TE TROPIECES
QUE PUEDES CAER
Y SI TE CAES
YA NO TE SALVAS
QUEDAS AFUERA
Y NO PUEDES VOLVER.

MARÍA SAINT JEAN

Los De Afuera

1

No lo veía desde el día de la ronda, y aquel quince de septiembre que regresé al pueblo, lo único que deseaba era no estar allí, dar marcha atrás y retornar a mi estado casi amnésico, a mi modo de vivir con piloto automático, sin dolor, sin planteos, sin recuerdos. No quería verlo a él, ni a mis parientes, ni a mis hermanas. Ni siquiera a Roberta que había sido todo para mí: hermana, madre, amiga y protectora. Pero allí estaba yo, convocada por ella mediante un llamado desconcertante con el que no me permitía negarme a volver. Pensé que se trataba de una broma, podría haber esperado cualquier disparate de Roberta, pero no el matrimonio. La oí feliz cuando, con total naturalidad, me contó que se casaba con Alfredo Iturrez, el veintiuno de septiembre en la estancia “La Soledad”. Me interrumpió cada vez que intenté recordarle su juramento de jamás atarse a un hombre. Entre risas contestaba “todas caemos, hermanita, muero por el vestido blanco, luna de miel en el Caribe y un hombre que me cuide”. “No es verdad, vos no sos así” -le dije una y otra vez pero repitió su argumento sin variar una sola sílaba. Finalmente, y volviendo a su estilo autoritario e inconfundible, sentenció: “veintiuno de septiembre en “La Soledad” y venís unos días antes porque sos la madrina”. Colgó el teléfono, no esperó mi previsible respuesta. Finalizaba mi fuga, mi gran mentira, el mundo que había creado para no mirar para atrás y, a pesar de que al terminar la comunicación había decidido no viajar y comunicárselo por un escueto mail, allí estábamos mi valija y yo, aquel quince de septiembre, en un paraje solitario de la costanera, recibiendo las puñaladas frías del pasado.

Mis hermanas, Consuelo y Belén, estaban casadas y habían insistido en su momento en que viajara a sus bodas pero me negué cada vez, sin siquiera inventar un pretexto. A mis cuñados los recordaba vagamente, de una época en que no se les habría ocurrido acercarse a mis hermanas por considerarlas “muy nenitas”

El sol, que no había entibiado la crudeza de los recuerdos, descendió lentamente hasta desaparecer “en el agua” por completo. Aquella imagen bastó para que una película en cámara rápida se desparramara, desordenada, por mi cabeza. Como si tuviera el control remoto de mi mente, detuve una imagen. Mi abuelo y yo, de siete años, tomando el té en la terraza.

- Venís de estar zambullida, horas, en la laguna y no la disfrutaste como ahora que la ves desde acá, como si fuera un cuadro. Sin gritos ni chapoteos, ni risas. ¿Ves toda esa gente en la costanera? ¿Ves las del club? ¿Ves el agua mansa pidiendo en silencio que ya la dejen en paz?

-Las lagunas no piden ni sienten nada- repliqué malhumorada por no entender aquel discurso incoherente pero él siguió con la misma sonrisa.

- Las lagunas del mundo no, pero esta sí porque es única en todo el planeta. Es tan especial y tan linda que te la regalo, mirá.

-No me la podés regalar porque no es tuya- contesté con aires de sabelotodo.

- ¿Ah, no? ¿De quién es entonces?

-No sé, de nadie...

-Ahí tenés. Lo que es de nadie uno se lo puede apropiar. Yo digo que es mía y ahora te la regalo.

Mantuvimos un corto silencio plagado de mi desconfianza y su sonrisa calma adivinando sin mirarme. Habló con esa alegría serena que siempre recuerdo de él.

-Con este regalo te hago millonaria, porque mirá...

Señaló el sol, poniéndose en el horizonte, dando la apariencia de sumergirse en la laguna.

-El sol es una gigantesca moneda de oro, y la laguna una alcancía que ahora es tuya. Imaginate la cantidad de oro que vas a acumular para cuando seas grande. Aunque descuenten los días de lluvia, tu riqueza va a ser incalculable.

Quedé extasiada mirando el sol bajar imperceptiblemente hasta que el agua pareció tragarlo. Miré a mi abuelo y sin piedad le dije:

-Abuela dice que estás viejo y loco.

No sólo no pareció ofenderse sino que, después de reír divertido, recitó a Fernández Moreno

- Mi juventud eterna a las calles se lanza. Voy mi bastón blandiendo lo mismo que a una lanza. Los vecinos me miran con los ojos abiertos. Yo estaré loco, digo, pero ellos están muertos.

-No entendí- dije con fastidio.

-Me lo recité a mí, no a vos. Ya te di la laguna. Más que suficiente.

“¿Estás bien?” preguntó una voz que me trajo a la realidad, descubriéndome con la cara mojada de recuerdos. Frente a mí, una chiquita de unos siete años me miraba preocupada. Me sequé las lágrimas mientras trataba de entender adónde estaba.

- Por qué llorás? -preguntó

- Extraño a mi abuelo- contesté intentando sonreír.

- ¿Adónde se fue?

- Murió hace unos años.

- A mí también se me murió uno pero me queda el otro que es rebueno y me regaló esta bici.

-Bueno -empecé poniéndome de pie y tomando mi valija- Ya que te queda uno solo cuidalo y mimalo mucho.

Me miró extrañada unos minutos hasta que contestó:

-Los abuelos miman y cuidan, los chicos no.

- ¿Por qué no?

- No sé... -contestó con el ceño fruncido.

- Bueno, lo que uno no sabe lo puede inventar a su gusto.

Me miró con gesto de no entender y sentí que reconocía esa mirada. No quería llorar más. Me despedí con un “gracias por preguntar” y caminé con pesar hasta la casa de mis abuelos adónde vivía mi hermana mayor Consuelo con su familia.

Parada en el porche, dilataba el tiempo para tocar el timbre. Dilatar el dolor es estúpido pero en esa estupidez me encontraba enredada. Demasiados años de anestesia emocional. Demasiados como para enfrentar con un timbrazo tantas caras que no quería ver, que no quería recordar... Pero allí estaba y eché un rápido vistazo al porche para prolongar mi cobardía. Las baldosas, de un brillo inconcebible, resaltaban la opacidad de mis botas luego del largo viaje desde Mendoza. Observé, incrédula, un revistero de algarrobo con revistas alineadas en una prolijidad exasperante entre dos sillones rústicos de moda. A pesar de la amargura con que cargaba, sonreí pensando “el sello inconfundible de Consuelo”. Finalmente, toqué el timbre deseando que nadie se encontrara en la casa, pero unos pasos rápidos del otro lado me indicaron que no tenía escape. Abrió Malena, mi sobrina de seis años, y un rápido reconocimiento por fotos, vía internet, nos presentó. No supimos qué decirnos y ella gritó confusa: “Má, en la puerta está tu hermana de las fotos”. Luego de un silencio embarazoso, apareció Consuelo con paso lento e incrédulo. Nos miramos incómodas, se le llenaron los ojos de lágrimas... Me molestó su emoción, balbuceé un “por favor...” Ella sacudió algo su cabeza e intentó un natural; “hola Inés” que devolví con una sonrisa de agradecimiento. A nuestro saludo algo teatral le siguieron frases nerviosas, superpuestas e inconexas. Para relajar el momento, miré a Malena que me observaba extasiada con una curiosidad comprensible, y reparé en la pulcritud de su ropa y de su peinado, parecía lista para ir a una fiesta de cumpleaños. Consuelo tomó mi valija y dijo entre feliz y rencorosa:

-Sabía que al casamiento de Roberta no podías fallar.

-No me dejó otra opción- contesté siguiéndola por la escalera a la planta alta y no se me escapó su pasada de factura.

En la planta alta estaban los dormitorios y subimos la escalera en un silencio lúgubre enmarcado por el brillo de la baranda, los escalones y las arañas de bronce que parecían fotografiarnos desde el cielorraso. Malena nos seguía en silencio. Unos pasos jóvenes y un canto al hablar, inconfundiblemente chascomunense, relajaron la tensión.

- ¿Traigo algo, señora?

- Luisa. Inés- nos presentó Consuelo.

Con Luisa nos sonreímos cordialmente y Consuelo dio sus directivas.

- Toallas y sábanas al cuarto de huéspedes, por favor, Luisa.

- ¿Me ayudás, Male? - preguntó Luisa y Male la siguió encantada tomándole la mano.

El cuarto parecía salido de una revista de decoración. Olía a cera y a lavanda y, si bien reconocí los muebles, el tiempo parecía haberlos achicado. Las cortinas y la colcha, perfectamente combinados sus colores, eran evidentemente nuevos. Un arreglo de flores y ramas secas sobre el tocador y un juego antiguo de tintero de mármol negro, completaban la muy estudiada decoración. Consuelo no paraba de mirarme conteniendo la emoción y yo, incómoda, corrí las cortinas y me concentré en la vista de la costanera. Luisa trajo las sábanas y toallas.

-Dejá Luisa, yo hago la cama. Llévala a Male a dar una vuelta, por favor- dijo Consuelo y con una rapidez pasmosa tendió la cama- ¿Guardamos tus cosas?- dijo abriendo el placard.

-No, gracias. Mañana temprano me busca Roberta y me voy al campo.

-Te vas a tener que conformar con nosotros. Roberta no puede venir mañana.

-Pero si tenía la prueba del vestido, nomás- contesté no pudiendo ocultar mi malhumor.

- Llamala. A mí me dijo que viene pasado- contestó dolida, señaló el placard y comenzó a salir del cuarto. La detuve con una pregunta, arrepentida de mi hostilidad.

- ¿Abuela cómo anda?

Regresó, nos sentamos en la cama e intentamos cortar la tensión.

-Sigue postrada en su cuarto. Mariano trajo una silla de ruedas pero lo mandó al cuerno, le dijo que nunca se humillaría con semejante artefacto.

Nos reímos y el ambiente se fue distendiendo con la charla.

- Lo que era antes, multiplícalo por mil. No soporta ningún ruido, ni te digo si vienen amigas de Male. A las enfermeras las tiene tronando y las echa al pasillo. Sólo pueden entrar si ella toca el timbre. A Luisa la trata mal, siempre le critica algo y la pobre limpia bárbaro.

- ¿La saludo ahora?

- No- dijo Consuelo mirando el reloj- Ya la enfermera le tiene que haber dado la inyección para dormir. Ni sabe que viniste. Mejor andá mañana.

Entraron Malena e Mariano, el marido de Consuelo. Malena me señaló radiante.

- ¿Viste que no era mentira? -le dijo a Mariano que me miraba sorprendido.

Nos saludamos con frases triviales. Era mucho más buen mozo de lo que se veía en las fotos y parecía más joven que Consuelo aunque no lo era. El estilo clásico de Consuelo, tanto en la ropa como en el corte de pelo siempre la hizo parecer mayor.

- ¿Comemos? propuso Mariano

- Comemos- dijo Consuelo

La comida transcurrió tranquila hasta que Sebastián llamó a mi celular y lo saludé con un “hola papá”. Mientras hablaba con él y le contaba los pormenores del viaje, no se me escapaba el gesto de fastidio de Consuelo. Cuando corté, haciéndose la inocente preguntó:

- ¿Era papá?

- Sabés que no- contesté lacónica.

- ¿Y por qué le decís papá?

-Porque eso es.

- Tenemos un padre, Inés, no entiendo tu...

- ¿Tomamos café en la terraza? -interrumpió Mariano para distraer el mal momento.

Aproveché para disculparme por el cansancio del viaje y me fui al cuarto. Fastidiada y nada cómoda en esa casa, me tiré en la cama con una revista para no pensar. Antes de dormir, saqué un portarretrato de la valija y lo acomodé bien a la vista en el tocador. Desde allí me sonreían Marta, la hermana mayor de mi madre, Sebastián, su marido, mi padre del alma, y sus cuatro varones mezcla de humanos con diablo. Eran mi familia. Pedí vivir con ellos al morir mamá y nadie pareció escandalizarse en

su momento. Cada uno estaba concentrado en su propio dolor, un dolor plagado de culpas. Demasiadas. Sebastián se portó conmigo como un padre que yo habría inventado en un cuento infantil. Quizás fui su remanso entre cuatro hijos varones o tal vez se esforzaba más conmigo para no hacerme sentir una intrusa. Lo cierto es que la etapa crucial de mi vida la pasé con ellos y mis primos pasaron a ser mis hermanos. Marta se comportó conmigo como la mejor de las madres pero siempre la vi como mi tía preferida, con la que elegí escapar cuando el dolor no se soportaba. Salvo a Roberta y a Javier, mi hermano menor, no veía a mis hermanas Belén y Consuelo desde que tenía diez años y pedí a Marta vivir con ellos luego del derrumbe familiar. La fuga perfecta. Sebastián es ingeniero y la empresa lo traslada a distintas provincias. Ví en esto mi solución y lo fue durante doce años hasta que llamó Roberta convocándome como madrina de casamiento. Mi escape llegaba a su fin y el pasado me alcanzaba despiadado. Miré por última vez el portarretrato y quedé dormida.

Al despertar creí ver a la mucama con la bandeja del desayuno. Me incorporé y, al enfocar con nitidez las imágenes, descubrí que no había tal mucama. Quien me alcanzaba, sonriente, la bandeja era mi hermana Belén. Me acarició el pelo, me besó y preguntó

- ¿Puedo desearte feliz cumpleaños?

- No.

- Inés... Ya es tiempo de que entiendas que lo de tu cumpleaños no tuvo nada que ver con lo que pasó.

-Hice mal en volver. Hoy mismo vuelvo a casa.

-Nosotros somos tu casa, Inés, pero si no querés entenderlo está bien. Hoy no cumplís años, es un día igual a cualquiera. No te vayas, no voy a hablar de lo que no quieras, pero necesito que sepas que estás equivocada y hasta que no lo sientas así no vas a ser feliz.

-Basta Belén.

-Basta hasta que vos quieras. Aquí no ha pasado nada. Te miro y me parece mentira que...

- ¿Por qué se casa Roberta? -interrumpí para cortar cualquier momento emotivo.

-Preguntaselo a ella, está loca. Por lo menos Alfredo es un flor de tipo... Te acordás de él, es...

- No.

-Vamos... Cómo no te vas a acordar...El padre de Alejo. De Alejo más vale que sí -dijo con sonrisa cómplice que no compartí.

-No- contesté cortante.

-Vamos... Tu noviecito desde jardín de infantes, no me digas que...

-Dije que no.

- Bueno, como no sabés nada de nada te hago un resumen. Hace unos años, la mujer de Alfredo lo dejó por un arquitecto que vino por unos meses a remodelarles la casa de campo. Caprichos de “la señora” porque la casa antigua era soñada, pero la cuestión es que viga va, viga viene, paredes tiradas y construcciones de jardines de invierno, desaparecieron los dos. ¿Roberta no te contó nada? -preguntó incrédula

-Nada. Mandona como es me dijo que era la madrina del casamiento, me dio la fecha y colgó. No me dijo con quién se casa. ¿Qué edad tiene el tipo?

-Cincuenta y está rebueno.

Se ruborizó inmediatamente y aclaró nerviosa

-Digo...Es muy pintón...Bueno, te cuento. Alfredo lo sobrellevó con mucha dignidad pero me imagino como estaría por dentro. Lo inexplicable es que la minita no valía un mango, lo más hueca que te puedas imaginar, pura pilcha, maquillaje y cero neuronas. Lo dejó a este pobre que es “la educación”... En fin, se enloqueció con el arquitecto, hasta ahí se le puede perdonar pero ¡abandonar al hijo! Eso no tiene nombre. Dicen que la noche que se escapó lo despertó a Alejo, le dijo que se quería despedir. Que se iba tranquila porque lo veía muy hombrecito. ¡Tenía doce años! Le dijo que necesitaba vivir su propia vida y que sabía que con el tiempo él la iba a entender. Resultado: el desastre. Alejo amaneció con una tartamudez espantosa que

jamás pudieron curarle. Alfredo fue padre y madre, lo llevaba a trabajar al campo, a sus viajes y lo dejó abandonar el colegio a pocos días de empezar primer año. Al final, se fueron a vivir al campo porque Alejo dejó de verse hasta con los mejores amigos. Acá en el pueblo fue un alboroto de mujeres, todas lo querían enganchar a Alfredo, te imaginás, divorciado, lleno de plata...

-Roberta me dijo que se casan por iglesia.

- Es verdad. Alfredo consiguió la anulación de la iglesia porque es practicante. A Roberta no le importa nada, ella vive peleada con Dios, con la virgen, con los curas, las monjas, pero Alfredo insistió. Dice que no podría casarse sin bendición y con todo lo que la adora, te aseguro que en ese punto no aflojó. Roberta aceptó pero dejó en claro que para ella es un trámite burocrático.

Quedó mirándome en silencio, sus últimas frases se notaban desconcentradas, comí la última medialuna. Dijo lo que seguramente estaba en su mente en la última parte del relato.

-Roberta siempre te visitó una vez por año... A mí me habría encantado verte pero entendí que no te hacía bien y todo lo que te deseo es que seas feliz pero te extrañé mucho.

Tragó saliva y evitó el mal momento tomando la bandeja para apoyarla en el tocador. Habló de espaldas a mí.

-Es todo tan raro... Doce años... ¡Dios! Sos mi hermana, tan parte de mí y a la vez nos separan doce años... Doce años. Ya somos mujeres y tengo que reconocer a mi propia hermana, saber quién sos...

Cuando noté que a pesar de su entereza venía el llanto, me apuré a intervenir

-Contame de tu vida. Tus mails parecen telegramas. No me mandaste las fotos de tu casamiento.

Giró y me miró con una tristeza tan honda que me arrepentí de lo dicho. Su gesto me dio más culpa de la que cargaba. Nada de rencor como me había mostrado Consuelo. Tristeza pura había en su alma que me llevó a redescubrir a una hermana totalmente distinta a la que recordaba. Y con esa pureza que la caracteriza me contestó

-Perdón, no sabía qué hacer, no querías venir, traté de no hacerte sentir mal, yo quería mandarlas pero...

-Dale, contame de tu vida ahora.

Con una risa nerviosa y agitada empezó el relato

- ¿Qué querés que te cuente?

-Todo

Se sentó nuevamente en la cama, suspiró antes de comenzar

-Soy feliz con mi marido, soy catequista, tengo dos perros, una tortuga... Les robé a las chicas del pueblo el candidato más codiciado, fijate vos, con esta pinta de nadita que Dios me dio, él me eligió a mí. Raro ¿no? Siempre pensé que Roberta era una consentida de Dios, le dio todo: belleza, inteligencia, carisma... Pero ella no es feliz y yo tengo al mejor hombre del mundo.

-Bueno- dije extrañada- Roberta se casa, Consuelo dice que Alfredo Iturrez es un flor de tipo.

-Es un flor de tipo.

- ¿Entonces?

-Que te lo cuente Roberta. Está loca. Pero no hablemos más de ella, quiero disfrutar de tenerte conmigo. Demasiado tiempo...

-Me voy después del casamiento, Belén.

-No nos arranques de tu vida, Inés, somos tu familia- dijo angustiada.

-Me voy después del casamiento- repetí sin sentir culpa por su dolor.

Belén caminó hacia la ventana y se encerró en un silencio incómodo, abrió las cortinas y pude verla con la luz del sol. Su auto descripción no era del todo errada. "Con esta pinta de nadita que Dios me dio", había dicho. Pero su falta de atractivo no consistía en fealdad, todo lo contrario, parecía esmerarse en no atraer. Llevaba la pollera ni larga ni corta, ni ajustada ni floja, la blusa de un color olvidable, calzaba mocasines y llevaba el pelo rigurosamente atado por una hebilla de carey que me recordaba a las que usábamos cuando éramos chicas.

- ¿Seguís en la Acción Católica? -pregunté conociendo la respuesta.

- Sí- sonrió. Logré que Martín vaya a misa conmigo todos los días. Nadie lo puede creer, no soportaba los curas, las monjas pero me acompaña porque sabe que me pone feliz.

- ¿Cómo es que no tienen chicos?

- Vamos a esperar- empezó incómoda- pero no lo comentés, el padre Abel cree que no quedo embarazada. Martín quiere que estemos solos un tiempo y no me puedo negar. Está estudiando Derecho, rinde libre en Buenos Aires, acá trabaja en el Banco Provincia y el sueldo no alcanza para chicos. Los padres se enojaron con el casamiento, querían que Martín se recibiera antes. La madre me gritó que culpa mía él iba a ser un empleaducho de mala muerte toda la vida. Le dije que tenía razón, que íbamos a esperar pero Martín no cambió de opinión, se peleó con la madre porque me había tratado mal y el padre le dijo que hiciera lo que se le daba la gana pero que no esperara nada de ellos. Me siento tan culpable, Inés... Tendría que haberme puesto firme pero me ganó el egoísmo, era tan ridículo que se fijara en mí que tuve miedo de que con el tiempo viera lo que soy y ahora me siento peor, tengo miedo que se sienta atado. No sabés, se mata laburando para el alquiler de una casita que se viene abajo de vieja y lo peor es que nunca se queja y encima trata de mostrarse siempre contento. Lo quiero tanto que no soporto pensar que no lo haga feliz.

-El debería preocuparse por no hacerte feliz, Belén.

-Soy más que feliz.

-No del todo mientras sientas culpa.

- ¿Vos me hablás de culpas que no debería sentir?

-Estamos hablando de vos, no de mí.

- ¿Y cuando vamos a hablar de vos?

-Voy a saludar a abuela- cambié de tema.

-Te espero en casa a tomar el té.

-Hecho.

Abuela estaba perdida entre almohadones que parecían gigantescos ante su reducida figura. Hundida en las fundas blancas almidonadas, como siempre le han gustado, asomó una mano haciendo señas para que me sentara a su lado. Me acerqué indecisa, la recordaba retándome todo el tiempo, no supe si besarla o decir un simple hola pero no llegué a hacer nada de eso. Cuando me senté a su lado, con voz ajada y desconocida para mí dijo:

-Ya sé que no querés hablar, cada loco con su tema, pero quiero que sepas que sos una estúpida, arrogante y soberbia niñita por más formas de mujer con que te hayas venido. ¡Creer que uno puede mover un solo resorte del destino! ¡Qué desfachatez! No sos nadie para mover una sola partícula del universo, ni de la Tierra, ni de este pueblo. Nadie. Nadie -repetió con enojo. Sólo El (señaló hacia arriba) decide y se ríe de nosotros. Todo es un gran chiste de humor negro, macabro, siniestro. Por burlarse de mí no reparó en ustedes que no tenían culpa de nada y se llevó a mis hijas que eran madres jóvenes y no conforme con eso me hizo una zancadilla en la escalera para dejarme postrada y encerrada en este asqueroso y repugnante cuerpo, sin otro remedio que soportarme a mí misma, con el veneno de mis pensamientos y recuerdos.

-Abuela...-supliqué.

-Está bien. Está bien. ¿Querés que juegue a la abuelita, que te diga cosas agradables, que finja naturalidad como están haciendo todos para que no te vayas? Bien, ahí va. ¿Cómo anda la regalona del abuelo? ¿Querés que te muestre fotos en las que estás con él?

-Basta abuela.

-Sí, basta abuela, basta. Digo basta y no puedo. Te miro y me acuerdo de él porque eras su nieta preferida y se despierta mi maldad porque eso hacía él conmigo, despertar mi lado maligno y ¿sabés porqué? Porque el bien atrae al mal, lo provoca. En Justo, el bien estaba tan arraigado que el mal tuvo que corporizarse en alguien cercano a él. ¿Quién mejor que la esposa para atormentarlo? Y el bien, ingenuo, se deja atacar porque no pierde las esperanzas de redimirlo.

Comencé a sentir náuseas y que me bajaba la presión pero no se dio por aludida y siguió con su cruel discurso.

-Me ves como un monstruo ¿no? Pero fui ajena a eso. El bien y el mal son fuerzas independientes, coexisten en un duelo eterno por encima de la gente. Justo llegó a creer que mi desprecio se debía a algún error suyo y crecía su afán por mejorar, pobre ciego, cuanto más se esmeraba, el mal regocijado, se agigantaba en mí.

-No voy a seguir con esta conversación, abuela.-interrumpí.

-Hacés bien. Retirare de este cuarto y no vuelvas a entrar, ya te dije que me hacés acordar a Justo. Lo mejor que podés hacer es no entrar más acá.

Fingí no comprender sus palabras que abrían mis heridas escarnecidas e intenté un comentario trivial.

-La casa está preciosa, Consuelo es muy prolija y cuida hasta el último detalle.

-Eso no es bueno. Las mujeres maniáticas del orden y la limpieza son frías.

- ¿Qué estás diciendo? le pregunté azorada pero divertida al mismo tiempo por el disparate que acababa de escuchar.

-Lo que oíste. Yo era igual a Consuelo y he sido una mujer frígida, un azote más para el pobre Justo. Te parece una pavada lo que digo, ¿no? Te lo voy a probar. Vos vivís con Marta, apuesto a que al marido se lo ve muy feliz.

-Sí- respondí intrigada.

- ¿Ves? Marta nunca fue maniática. Podía disfrutar una conversación sin pensar si la pollera se le estaba arrugando o si los invitados le llenaban el cenicero de puchos y, seguramente, no sufre porque la sábana se transforma en un terremoto.

- ¡Abuela!

- ¡Abuela! ¡Abuela! ¡Cómo podés decir esas cosas! Vamos, Inés, la verdad no tiene que escandalizarte. Las cosas son así mal que nos pesen.

-Lo vi poco a Mariano pero no me pareció infeliz.

- No todo lo que brilla es oro.

- ¿Se llevan mal?

-Nadie dice nada. Es una familia perfecta, tan organizada...Consuelo es la perfección hecha mujer, no se le escapa nada de la casa, de la chiquita, de mis cuidados, de su ropa, jamás una arruga, ni un descuido en su vestuario. Es una cuestión de lógica, la perfección no existe en esta Tierra, es un espejismo. Hacete un favor, Inés, no vuelvas a este cuarto pero acordate cada palabra que te dije para arreglar de una buena vez tu vida. Lo mejor que pudo hacer Marta es no verme más. Es la única hija que me queda y prefiero que no venga, ya te expliqué cómo funcionan las cosas en mí. Considerá ésta, como la última conversación que mantuviste con tu abuela y cuando salgas, avisale a la inepta de la mucama que el velador tiene marca de dedos. Y un último encargo: no se te ocurra besarme.

Al llegar a la puerta, lanzó con voz quebrada, y adivino que sin mirarme, lo que yo temía.

- ¿Marta habla de mí alguna vez?

- Claro –contesté con la vista empecinada en el picaporte- cuenta anécdotas familiares.

- Muy tonta tu respuesta, niñita- dijo impostando fortaleza en su voz. No uses la caridad conmigo, he sido una mala madre y lo acepto pero quiero que le cuentes, a lo mejor la reconforta, que Dios me pasó una factura muy grande. Perdí dos hijas el mismo día y la que queda no quiere verme más. A lo mejor tendría que haber gritado, arrancarme los pelos, patear paredes, llorar todo el día para que los demás vieran mi dolor, todos se hubiesen compadecido de mí, me habrían consolado... Eso jamás lo habría permitido, no hay cosa más estúpida que el consuelo, el verdadero dolor no lo tiene. El dolor lo viví en privado y tengo que seguir respirando en este maldito cuerpo con esa cruz encima.

- ¿Por qué no se lo dijiste a Marta?

-No lo habría creído. La última vez que la vi fue al volver del entierro y antes de irse me tiró todo su desprecio con un “¿cómo se te ocurrió maquillarte?” Decile que sigo maquillada con la misma máscara grotesca de aquel día y muerta con la peor de las muertes.

-Eso no va a hacerla feliz, abuela.

-Entonces no le digas nada. Cerrá la puerta al salir y llamá a Luisa como te pedí. Adiós.

Apuré el paso hasta mi cuarto, me agobiaba un profundo dolor en el pecho, sentía que el llanto llegaba y a duras penas logré frenarlo con el recurso de siempre: multiplicar. Multiplicar con cifras cada vez más elevadas hasta congelar el cerebro. Tuve que gritar los números, los grité tanto que la mucama entró sobresaltada, sin golpear, a preguntar qué me pasaba. No le expliqué nada y le di el mensaje de abuela. Salió diligente, creí que a cumplir el encargo pero reparé en mi error al oír pasos que corrían por la escalera. Consuelo llegó a mi cuarto, jadeando, y antes de que hablara improvisé una risa para decir

- ¿No se puede multiplicar tranquila?

- ¿Estás bien?

-Muy bien-contesté y por supuesto no se notó.

-Estuviste con abuela.

-Y ahora quiero andar en bote –contesté para evadir el tema.

-Vine asustada pensando que te pasaba algo y resulta que querés pasear en bote.

- Sí, eso quiero.

-Ahora no puedo, tengo que organizar la comida de Male... -empezó no muy convencida de mi buen estado de ánimo.

-Llamá a la rotisería y dejala a Luisa a cargo, parece piola.

-Vamos después de comer ¿sí?

- ¿No podés cambiar la rutina por un día?

Dudó. Vi cómo se debatía entre su esquemática concepción de los horarios y su deseo de complacerme y hacerme sentir a gusto. Por fin, con una sonrisa prefabricada aceptó.

Subimos al bote y ambas sonreímos al recordar lo mismo, el sonido de la risa de mamá brotó del agua y nos contagió de tal manera, que a los pocos metros de remar, reíamos a carcajadas. Llegamos al centro de la laguna y ya sin fuerza para reírnos ni remar, soltamos los remos y paseamos a la deriva.

-¿Te acordás qué tentada que estaba mamá? –dijo Consuelo.

- Cuanto más se enojaba papá, más se tentaba.

Nos hacía feliz aquel recuerdo, seguíamos riendo y nos regocijábamos con los detalles.

- Para mí que mamá soltó el remo a propósito -dijo Consuelo.

- ¡No! –dije riendo. Se le cayó por despistada. Se mataba de risa al verlo a papá todo vestido, nadando a las puteadas. Terminamos todas en penitencia ¿te acordás? La veíamos reír a mamá y nos reíamos como locas.

-Era tan linda –dijo Consuelo. Roberta está igual a ella, en lo físico nada más, en lo demás no se parece en nada.

-Hace bien.

- ¿Cómo que hace bien?

-El bien atrae al mal, eso le pasó a mamá.

- Veo que hablaste bastante con abuela.

- ¿Y no es verdad?

Consuelo no contestó, miró al horizonte naufragando en quién sabe qué recuerdos y yo acaricié el agua preguntándome si las lágrimas de mi niñez estarían ahí

o se habrían evaporado con los años. Perdí la noción del tiempo, cada una de nosotras se aisló en un mundo diferente. Finalmente, Consuelo notó que el bote se acercaba cada vez más a la costa contraria y empezamos a remar hacia el club.

- Mañana hay una misa por mamá- dijo Consuelo sin mirarme. Va todo el pueblo cada aniversario.

- ¿Para cuál Laura es la misa?- pregunté sin lograr contener el rencor que también dirigía a mí misma.

- Para la única que hubo.

- Si no me acuerdo mal, en el entierro de mamá la gente tenía carteles inmensos que decían: SE VA LA MÁS LINDA o LAURA ORTIZ, ORGULLO DE NUESTRO PUEBLO.

- Lo hicieron con mucho cariño, Inés -dijo Consuelo angustiada.

- Las fotos que tenían no mostraban lo que fue mamá en los últimos tiempos. Estaba como reina del “Regatas”, como reina de Chascomús, como miss Argentina...

-No los juzgues por eso. La querían todos.

- ¿Yo juzgarlos? Soy la menos indicada.

- No te hagas esto, Inés, no seas tan dura.

Aproveché la llegada al club para cambiar de tema.

- Hablame del manicomio de Roberta. En los mails no le entiendo nada porque vive con ellas. Cuenta cosas como si fueran normales pero son un delirio.

-Dale, mientras comemos. Pero vamos al restaurante de enfrente, en el club siempre hay conocidos y no vamos a poder charlar tranquilas.

Consuelo eligió bien, en el restaurante sólo había turistas. Pedimos el menú del día para no perder tiempo.

- No entiendo por qué Roberta se fue a vivir al campo. Sé que Aurelia se quedó en “la Merceditas” y que Roberta la siguió –empecé curiosa.

- No es tan así. Aurelia es su madrina y la cuidó como si fuera la madre. Jamás la habría aislado de tal manera si Roberta no estuviera feliz en el campo. Al principio iban los fines de semana y en vacaciones. Aurelia se preocupaba pensando que Roberta se aburría, no es común que una adolescente se banque la soledad, pero bueno, nuestra hermanita siempre fue un bicho raro, le gustaba esa vida. El encargado le enseñó a manejar todas las máquinas y sembraba, cosechaba y hasta corría carrera de sortijas con los peones. Al principio le divertía nomás, pero se fue enamorando del lugar y ya no quería venir al pueblo. Ella dice que cada uno tiene un lugar en el mundo y que “La Merceditas” es el suyo. A mí no me gusta ir, a Belén tampoco. En “La Merceditas” murió mamá y nos resulta duro ver el lugar pero a Roberta le da paz, qué se yo, cada uno sufre y se alivia como puede. En este momento, Roberta está a cargo de todo, la gente, las ventas, va a los remates y decide sola porque Aurelia está cada vez peor.

- ¿Qué tiene?

- La enfermedad que tiene ni idea pero está como ida, tiene el gesto de una idiota feliz. Ya no reconoce a los hijos, les confunde los nombres, deambula por la casa, según ella, charlando con los muertos. A Roberta le dice Laura. Como está igual a mamá y Aurelia era la mejor amiga, se le confunden.

- Ah, pero está reloca. ¿Hace cuánto que está así?

-Dos años más o menos. Cuando se mudaron ya no andaba bien pero tenía momentos de lucidez, ahora ya no. Si no fuera por Roberta ya se habría fundido porque

perdió noción del dinero y de lo que es suyo. Da lástima verla, a mí me hace mal pero a Roberta no le hace nada, dice que es un estado como cualquier otro y charla con ella como si nada.

- ¿Papá viene al casamiento?

-Sí. Roberta no quería pero se lo pidió Javier y la convenció. Lo llamó y le dijo que lo esperaba como invitado, no de padrino.

- ¿Quién va a ser el padrino?

- Mariano, pero la va a esperar en el altar. Roberta quiere llegar caminando sola, creo que quiere marcarle desprecio a papá.

-No es muy justa, fue la única que papá llevó a vivir con él cuando murió mamá. Tiene debilidad por ella.

-Debilidad que ella no pidió ni buscó. Vos pensá que la mandó a los mejores colegios de Buenos Aires y ella se hizo echar de todos, organizaba huelga de brazos caídos a los profesores, se escapaba por las ventanas, insultaba a las monjas. También se escapaba de la casa, más de una vez papá la tuvo que buscar con la policía. Una vez la encontraron en el obelisco en una manifestación gremial contra el gobierno, con pancartas y un bombo y ¡no tenía ni idea qué gremio era ni lo que reclamaban! Otra vez la encontraron vendiendo canastas en el Tigre con unos bohemios y cuando se enteró que la mujer de papá había sido su amante cuando mamá estaba enferma, se rajó con un mochilero canadiense que andaba recorriendo Argentina a dedo. ¿Nunca te contó?

- ¡No! –reí divertida- Contame, dale.

- La encontraron en Madryn. Roberta tenía ¡diecisiete años! El tipo tenía veintiocho, imaginate el lío que se le armó. Roberta nos mostró las fotos muerta de risa, no lo podíamos creer, ni te cuento Belén, no sé cuantas misas pidió para la salvación de nuestra querida hermana descarriada. El canadiense habría sido repintón de no ser porque tenía la mitad de la cabeza rapada y la otra mitad ¡teñida de verde!

Consuelo y yo reíamos divertidas y logramos por primera vez charlar distendidas. Siguió.

- Ya con eso hizo bingo. Papá la trajo a Chascomús, habló con Aurelia por ser madrina de Roberta y le pidió que la tuviera en “La Merceditas” un mes. El pobre lo pensó como castigo pero cuando vino a buscarla tuvo que subirla al auto a sopapo limpio. Roberta hizo tal escándalo en el viaje que papá tuvo que dar la vuelta en el primer peaje. Aurelia prometió, muy feliz, hacerse cargo de la indómita ahijadita hasta que “decidiera” volver a Buenos Aires. Los dos sabían que eso nunca iba a pasar pero bueno, son esas hipocresías inevitables. Lo único que le dolió a Roberta fue dejar a Javier que es su locura. Es la locura de todas, bah, pero no quedaba otra. Javier vive con ellos desde que tiene dos años, nos adora pero papá y la mujer son su familia real. ¿Lo viste últimamente?

- Sí, lo veo cuando voy a Buenos Aires a los anticuarios, para el negocio de Marta. Voy cuando papá y la mujer están trabajando. Está hecho un gigantón. Se lo ve feliz aunque dice que le encantaría vivir en el campo con Roberta y que le encanta venir un mes en el verano.

- Sé que a la mujer de papá le dice mamá, es lógico, era tan chiquito... Pero delante de Roberta ni loco. El chico no es tonto, las pocas veces que la nombra lo hace por el nombre porque sabe que si no nuestra querida y loca hermana lo comería crudo.

Nos reímos juntas, tomábamos el café distendidas pero sentí que nos habíamos acercado peligrosamente a la parte de la historia que no quería recordar cuando Consuelo, ya sin reír, me dijo

- Papá tiró las invitaciones de tu cumpleaños, Inés.

Con un movimiento brusco tomé mi bolso y tensa contesté,

-Eso les dijo a ustedes porque me encontró llorando. Vio mi vergüenza de que mis amigos vieran a mamá así. El no hizo otra cosa que verme tal cual era. Una hija avergonzada de su madre.

-Una nena avergonzada de su madre- intervino Consuelo.

- De su madre- completé- y la edad no disculpa nada. Pedí la cuenta porque me quiero ir, dejó de gustarme la conversación.

- ¿Vas a multiplicar?

- Eso no te importa. Lo que quiero es dormir antes de ir a lo de Belén.

Camino a lo de Belén me traspasaron miradas curiosas. No me reconocían, o tal vez sospechaban por el aire familiar. Había abandonado a mi pueblo a los diez y regresaba a los veintidós. Una fractura en el tiempo, el cambio de nena a mujer que los curiosos no lograban enmendar. Al detenerme frente a la casa de Belén, miré varias veces mi agenda para confirmar el número de esa casita humilde que estaba ante mí. Pintada a la cal, sin jardín, con las rejas de las dos únicas ventanas con vetas de óxido y un timbre que inspiraba temor a morir electrocutado. De todas las maneras que elegiría para suicidarme, decididamente, la electrocución no figura en mi lista por lo que me decidí por unos golpes en la puerta. Un ladrido agudo contestó escandalosamente a mi llamado y Belén, chistándolo, abrió la puerta. Se colgó de mi brazo tan alegre, que el feroz guardián, que apenas despegaba del piso, decidió no ladrar más.

-Disculpá el desorden -dijo mientras apilaba libros desparramados sobre la mesa- se acaban de ir los chicos que preparo para la comunión, pero en dos minutos pongo la mesa y tomamos el té. Hice torta de chocolate, me imagino que no harás dieta, estás muy flaca...

-No me cuido, voy a hacer honor a tu torta.

Mientras Belén buscaba cosas en la cocina, aproveché para dar un vistazo. La sala no tenía muebles de living, no había espacio posible, solo una mesa, sillas, un aparador abarrotado de cosas y en las paredes algunos estantes con libros y tres cuadros con fotos de casamiento. En dos de ellas, Belén con su marido y en la tercera, Belén con mis hermanas y Javier. Realmente no era un matrimonio lógico en lo que apariencia se refiere. Martín parecía un modelo publicitario, desde el cuadro sonreía seductor con un bronceado que resaltaba sus ojos pardos, con una postura que parecía decir “acá me tienen”. Belén, tomándolo del brazo, con la actitud contraria parecía decir “disculpen que yo salga en esta foto”, con su belleza empecinadamente disimulada por un vestido insípido y un maquillaje casi ausente.

-Martín ya viene -dijo Belén desde la cocina. -Fue a comprar café. Es lo único que le gusta y soy una despistada, me olvidé de comprar. ¿Marta es como yo o es organizada como Consuelo? -preguntó entrando al comedor con una bandeja.

- Término medio -contesté mientras sacaba unos folletos parroquiales de la silla para poder sentarme.

Martín llegó y me saludó sonriente.

- Por fin te vemos por acá. Las fotos son aburridas y ya eras casi un mito.

Sacó los perritos al patio y volvió a sentarse con nosotras. Belén contaba anécdotas de nuestra infancia y se cuidaba evidentemente de que fueran risibles y no tocaran puntos neurálgicos. Nos reímos con cada una de ellas en un clima distendido, aunque era ridículo creer que él no conociera la otra parte de la historia. Martín parecía entretenido pero muy cansado, las marcas de fatiga en su cara y algunos bostezos contenidos me preocuparon. Siempre ha sido mi obsesión saber cuáles son los resortes que mueven y mantienen el amor, y aquel hombre sentado frente a mí, no era precisamente el emblema del marido feliz. En este caso, y para mi dolor por tratarse del marido de mi hermana, era coherente su gesto de insatisfacción. Con su pinta y sus veinticinco años habría podido seguir siendo un estudiante despreocupado de cuentas

de luz, gas y alquiler, un mimado de papá y mamá y con una novia despampanante que le hiciera juego en un retrato. Belén me había confesado su temor al respecto y pasó a ser el mío al notar que mi cuñado hacía un esfuerzo sobrehumano por mantener los ojos abiertos. Se disculpó diciendo que tenía que estudiar, tomó unos apuntes del estante y se fue a la cocina.

-Ya me voy, Belén, es tarde -anuncié.

-Te acompaño hasta la costanera. Está divina la tarde...

Recorrimos las primeras cuadras en silencio. El pensar en el llamado que haría a Mendoza me alejó de Belén, de su preocupación por no hacer feliz a su marido, de su humilde casa y de la idea de que era mi hermana. Yo tenía otra familia a quien querer y en quien pensar. Extrañé el olor de mi cuarto, de mi casa, de las tostadas del té y me ganó la sensación de estar caminando junto a una extraña. Belén lo intuyó y, en voz apenas audible, preguntó

- ¿Los extrañas mucho?

- Sí.

- Y cuando estás con ellos, ¿nos extrañas a nosotras?

No logré ser generosa y decirle que sí. ¿Cómo explicarle que jamás pensaba en ellas? Que había logrado vivir sin recuerdos, al día, empujada cómodamente por la inercia, y que lo único del pasado que lograba una rara influencia en mí era Roberta y que ella era la única razón de mi viaje.

No contesté a su pregunta y tuve la esperanza de que cambiara de tema, pero no lo hizo.

- Por lo menos quiero saber si nos querés un poco. No tengas pena, contestá lo que sientas.

- No siento nada.

- ¿Ni rechazo?

Me encerré nuevamente en un silencio incómodo, quería estar sola y no verme sometida a un interrogatorio desagradable. Habíamos llegado a la costanera, la tarde estaba fresca y nos detuvimos a mirar la laguna. El sol había desaparecido y no hablamos por un rato. Quería que Belén se despidiera de una vez, pero ella seguía empeñada en saber de mis sentimientos, tal vez tratando de leerlos en mi mente. Frente a nosotras pasaron seis mujeres muy arregladas, tres de las cuales saludaron con un “adiós” cuya o se alargaba en el canto inconfundible del saludo de la gente del pueblo. Las otras tres ni nos miraron, esmerándose en un gesto altivo que no entendí. Cuando se alejaron, Belén dijo sonriendo,

- Las que no saludaron son enamoradas crónicas de Martín y me hicieron la cruz. Éramos todas amigas y entre ellas se bancaban la competencia pero a mí no me consideraban digna del duelo- ironizó.

-No veo porqué – dije con fastidio.

- Ahí te traiciona el amor de hermana que no reconocés.

- Digo lo que diría cualquiera. Si no te vistieras tan...Tan...

- ¿Tan qué? – me apuró Belén.

- Tan sin gracia.

Miró su ropa intrigada

- ¿Qué tiene mi ropa?

- Nada. Ese es el problema, no tiene nada. Si no hubiésemos hablado de esto, mañana ni me acordaría de lo que tenés puesto hoy. ¿No tenés un buen jean ajustado que les muestre a esas taradas porqué le gustás a un hombre?

-No me gusta que se me marque todo.

- ¿Y Martín no te dice nada de la ropa?

- No.

- Tal vez lo piense.

Me arrepentí al instante de haberle dicho aquella crueldad que lograría aumentar sus temores. Iba a pedir disculpas cuando me acarició el pelo a modo de despedida y dijo,

- Yo te quiero por las dos. Le pedí a Dios hasta cansarlo que volvieras porque era imposible ser del todo feliz sin tenerte cerca.

- Belén- dije contrariada- me voy después del casamiento.

- Hoy estás conmigo – dijo sonriendo y se alejó rumbo a su casa.

Me senté en el murallón, aspiré hondo y marqué el número en mi celular. La voz familiar del otro lado me conmovió tanto que apenas podía contener las lágrimas.

- ¿Papá?

- ¿Cómo anda la viajera?

- Quiero volver a casa, pá.

- ¿Te pasó algo?- preguntó sobresaltado.

- No me pasó nada. Los extraño y quiero volver.

- Me parece bien. Sacá el pasaje, me avisás a qué hora llegás así te busco. Tu noviecito anda desesperado, llama a cada rato porque dice que tenés apagado el celular.

- No lo extraño a él, los extraño a ustedes, a los chicos... ¿Cómo están?

- Indios. ¿Cómo querés que estén?

Quise despedirme y volar hasta la terminal a comprar el pasaje, pero Marta se apoderó del tubo.

- ¿Qué te pasó, Inés?

- Nada, Quiero volver.

- No me mientas.

- Extraño mucho y no quiero estar acá.

- ¿Ya sabe Roberta que te vas?

- No, no está. No sé para qué me hizo venir tantos días antes, está en Buenos Aires por la prueba del vestido y tengo que parar en lo de Consuelo y no...

- Esperala, Inés.

- No.

- Ya estás ahí, no le arruines el casamiento.

- ¿No querés que vuelva? Pregunté sin fuerzas para multiplicar, al borde del llanto.

- No seas injusta. Sabés que te extraño pero sería egoísta. Roberta te necesita ahí.

- Y tu madre, también te necesita. ¿Por qué no venís con ella? Está en cama hace dos años... Ya sé, no le debés nada, bueno, yo no le debo nada a Roberta.

Un dolor profundo en la garganta me impedía respirar mientras un silencio insoportable quebraba nuestra conversación.

- Marta... Marta, perdoname por favor, perdoname.
- Quedate con Roberta, Inés.
- Está bien –logré decir sin que el dolor desapareciera- Pero, ¿me perdonás?
- No hay nada que perdonar.
- Los quiero mucho.
- Nosotros también.

Al llegar a lo de abuela, coincidí con Mariano. Consuelo lo esperaba en el living con una copa, nos saludó sonriente y llevó el portafolio de Mariano al escritorio. Malena entró corriendo a abrazar a su papá, ya bañada y comida, así que después de unos cuantos mimos con Mariano, Consuelo la mandó a dormir. Aproveché la salida de Malena, pedí las disculpas del caso argumentando un sueño insoportable y desaparecí sin darle tiempo a Consuelo a protestar.

Tomé una ducha tan larga, que Consuelo a quien yo suponía comiendo distendida con su marido, golpeó la puerta del cuarto de baño. Evidentemente seguía cada uno de mis pasos.

- ¿Estás bien? –gritó.

- Estoy bien. Ya me voy a dormir –contesté malhumorada, cerrando las canillas.

- ¿Necesitás algo?

- Dormir, gracias.

Con el cuerpo y la cabeza envueltos en toallas, me tiré en la cama y así quedé dormida. Soñé a mis padres felices, él la levantaba en sus brazos y la hacía girar. En cada giro yo veía la sonrisa de mamá y le sonreía aplaudiendo la escena, la imagen transcurría como en cámara lenta. En cada giro la sonrisa de mamá se iba enrareciendo hasta que en el último giro su cara era monstruosa. Yo gritaba horrorizada y mi padre al mirar su cara se unía a mi grito y la soltaba violentamente. Sin parar de gritar, mirábamos el lugar adónde mi madre había caído y sólo había humo, un espeso y negro humo. Desperté en la mitad de la noche, transpirada, respirando mal y con un grito ahogado en la garganta. Miré alrededor, todo era penumbras, no reconocía nada, buscaba algo familiar que me alejara de mi pesadilla pero todo me era extraño. Tiré con violencia las toallas al piso y corrí desnuda al baño para mojarme la cabeza con agua fría y así borrar las imágenes del sueño pero no resultaba. Me senté en el piso e intenté el recurso de siempre: cuatrocientos veintiséis por seiscientos veintiocho, trescientos noventa y siete por cuatrocientos setenta y cuatro, quinientos sesenta y cinco por seiscientos treinta y nueve...

No sirvió. La pesadilla me ganaba. Se le sumaba la imagen de mamá acariciándome el pelo, las dos en la tranquera mirando el camino, ella consolándome porque no llegaban los invitados a mi cumpleaños y de pronto su gesto adivinando para decir: “Seguro que me equivoqué la fecha en las tarjetas o pensaron que iba a llover, mirá las nubes que vienen... Pero no te hagas problema, mañana papá te lo festeja en casa”

Mil ochocientos sesenta y cuatro por trescientos noventa y seis, tres mil setecientos veinte por seiscientos ochenta y nueve... Golpeaba mi espalda contra la bañera, hamacándome empecinada en resolver las cuentas, se me enfrió el cuerpo contra la cerámica helada y me estalló el alma al fracasar mi recurso matemático. La anestesia llegaba a su fin, el piloto automático no manejaba ya mi nave, debía pilotarla y no quería. Por Dios que no quería. Mi avión se estrellaba sin remedio, mordí con furia una toalla para ahogar mis gritos y repetí cientos de veces “Perdoname, mamá, perdoname...” Quería matarme y no tenía valor. Busqué el frasco de pastillas que llevaba siempre conmigo para el día en que las cuentas de multiplicar no surtieran

efecto. Miré en el espejo mi cara desfigurada por el llanto y pedí a mi madre que me ayudara a tomar la decisión que no llegaba. No hubo respuesta, sólo me acompañaban el despiadado silencio y el frío del baño insoportablemente brillante. Mi desesperación estalló en un gemido grotesco y en ese estado, sin reparar en mi desnudez, corrí al cuarto de abuela, abrí la puerta violentamente, arrojé el frasco sobre su cama y le grité para que despertara.

- No puedo... No puedo matarme, vieja loca, si el mal está en vos realmente, convénceme.

Las pastillas rodaron por el suelo y rebotaron escandalosamente en la madera. Y seguí

- ¿Cómo hizo mamá, eh? ¿Una amarilla y una verde? ¿Cómo era el cuentito estúpido que nos armaron? Manga de idiotas, se creen que los chicos son tontos. “Tenía que tomar la amarilla con la azul y se equivocó, la tomó con la verde. Pobrecita Laura, un error fatal la llevó a la tumba”.

Vociferaba mi odio en la oscuridad de la habitación, enfurecida, creyendo que abuela no despertaba por el efecto del calmante pero su voz emergió serena y fría.

- No tenés que gritar, nunca duermo a pesar de los pinchazos inútiles. Si seguís gritando vas a despertar a todos.

No lograba verla pero ella sí a mí y sin perder la calma agregó

- Tapate con la manta que está en el sillón que ya estás grandecita para pasearte como Eva en el paraíso y si querés hablar conmigo, cerrá la puerta.

Me cubrí con descuido, cerré la puerta y deslizándome por ella me senté en el piso.

- ¿Qué pasa con la niña? –dijo en ese tono tan suyo- ¿Se ha despertado la bella durmiente después de tantos años?

- No sos graciosa, abuela, sos patética. Ya no aguanto más, hasta acá llegué, quiero ir con mamá, soy cobarde para vivir y soy cobarde para matarme. No tolero que mis hermanas traten de aliviarme, que no me odien por lo que hice y me torturen siendo amables, no soporto que me perdonen.

- Que te perdonen ¿qué?

- Vos no abuela, no es tu estilo.

- Es cierto, la piedad no es mi fuerte y ya te dije que no hay cosa más estúpida que el consuelo. ¿Tiraste las tarjetas de cumpleaños porque no querías que tus amigos vieran a tu madre como estaba? Está bien, hacete cargo de eso y me imagino debe ser pesado, no te puedo aliviar, pero, ¿por qué frenás la historia ahí? Sabés bien lo que siguió después.

- Claro que sé -grité- Te dije que se acabó mi mundo ficticio.

- A ver, contame todo lo que pasó.

- ¿Para qué? Ya lo conocés.

- Quiero que me lo cuentes. Intuyo que algunas líneas de esta historia se te borraron. Cotejemos las dos versiones.

- No quiero contarlo.

- Ponete de acuerdo. Entraste pidiendo ayuda para tomar una decisión para la que no tenés valor, resignada por haber perdido la anestesia, resuelta a enfrentarte a tu abominable culpa. Bueno, si querés que te dé el tiro de gracia, convénceme de que voy

a ser justa. Hacé de cuenta que no sé nada, tenemos muchas horas de la noche por delante. Soy toda oídos.

Quise incorporarme y salir del cuarto pero caí al piso nuevamente, como si una mano invisible me hubiese sentado de un cachetazo. Mis ojos, acostumbrados ya a la oscuridad, distinguían las formas, la inmensa cama de abuela adonde se perfilaban sus formas de mujer reducida, perdida entre los almohadones y el acolchado, el majestuoso ropero, el sillón Berger y el desorden de la manta que cubría mi desnudez. El diálogo con abuela había sido duro pero paradójicamente benigno ya que el sonido de las palabras había bloqueado las imágenes. Pero el silencio fue letal, reaparecieron las imágenes en mi mente. Un gemido animal, incontrolable, escapó de mi garganta. Abrí los ojos hasta sentir dolor, la inmensa cama de abuela se me antojó un Gran Jurado que esperaba paciente mi versión y entendí que debía decirles todo para, de una vez por todas, recibir el veredicto. Aspiré hondo y con una calma extraña comencé

- Mamá había preparado mi fiesta de cumpleaños, hizo las tarjetas con la silueta de Blancanieves, le temblaba el pulso al cortar. Había preparado búsquedas de tesoro, juegos de adivinanza, carreras de embolsados...

- Suficiente con esa parte –interrumpió el Gran Jurado. -Siga.

- Mis invitados iban a llegar a las doce. Mis hermanas ayudaban a mamá y Aurelia con los globos y guirnaldas y, doce y algo, llegaron mis tíos, mis primos y mi abuelo Justo. Cuando el encargado avisó que el asado estaba listo, ningún otro auto había aparecido por el camino.

- ¿Y su abuela materna?

- No fue. No sé porqué.

- No fue porque era el día que jugaba al bridge con sus amigas. Pero dejemos de lado a su abuela. Ella ya recibió su veredicto. ¿Y su padre?

- Tenía una entrevista de trabajo en Buenos Aires.

- ¿Era eso verdad?

- No.

- No debe mentirle al Gran Jurado y no se engañe a sí misma. Siga.

- Mis hermanas sospecharon, me preguntaron si había entregado bien las tarjetas. No aguanté, corrí hasta las casuarinas y me escondí. Mamá me encontró y con una sonrisa que le costaba por su... por su problema, me dijo que no me amargara el día, que seguramente ella se había equivocado la fecha en las tarjetas, o que la gente habría desistido por unas nubes que había en el horizonte. Me llevó de la mano hasta la mesa y todos trataron de parecer naturales pero mis hermanas me miraban con odio.

- ¿Qué pasó durante la tarde?

- Mamá se fue a dormir, Aurelia jugó a las cartas con mis hermanas, mi abuelo y mis tíos se fueron después de almorzar y yo me escondí en el galpón a llorar. Lloré y lloré espiando las guirnaldas y globos que colgaban de las cenefas y las cosas preparadas para los juegos. Salí de mi escondite cuando oí el auto de papá. Llegó a las siete a buscarnos y volvimos al pueblo.

- Está obviando una parte crucial de la historia.

- No.

- Sus padres tuvieron una conversación, mejor dicho una discusión subida de tono, cuéntenos de qué hablaron.

- No hubo ninguna discusión. Subimos al auto y...

- Haga un esfuerzo. En el calor de la disputa no repararon en que usted estaba presente. Aurelia fue testigo de lo que dijeron, pero debido a su actual locura no podrá reproducir lo escuchado así que usted misma deberá recordar cada palabra. Sin esa parte de la historia, este juicio se derrumba. Es curioso que sea precisamente esa parte la que usted no recuerda, pero sigamos.

- Papá había organizado, para el día siguiente, mi fiesta en nuestra casa del pueblo. No faltó nadie, ni siquiera mi abuela.

- Tuvo suerte. Seguramente ese día no tendría compromisos sociales.

- Seguramente, pero no soy Dios para juzgar a la gente.

- Pero sí es Dios para juzgarse a sí misma. De ahora en más la eximimos de semejante cargo. Nosotros, los integrantes del jurado seremos sus verdugos. Siga.

- Fui protagonista al recibir los regalos y al apagar las velitas pero ahí se terminaron las atenciones hacia mí, siempre era así. Un ser invisible y opaco para el resto de las personas, con excepción de mis padres, mis hermanas, mi abuelo Justo y de... de un amigo.

- Nombre de su amigo.

- No me acuerdo.

- Sí se acuerda.

- Alejo.

- Siga.

- Todos jugaban y se divertían, yo los miraba como si viera una película. Poco antes de que terminara la fiesta hubo una ronda...

Un gusto amargo en la boca me impedía seguir.

- ¿Y?

- Los chicos se tomaron de las manos, mi abuelo me dijo que corriera para poder entrar. La ronda se movía lenta cuando llegué. Traté de abrir algunas manos entrelazadas pero estaban muy apretadas y no podía. La ronda giraba cada vez más rápido, yo corría por afuera pidiendo que me dejaran entrar pero nadie veía ni oía nada que estuviese afuera de ese círculo compacto. La voz de Roberta, como siempre, me salvó: "Acá Inés, entrá por acá". Corrí feliz, ella me iba a hacer entrar pero la ronda no paraba y la empujaba como una avalancha, aleteaba los brazos desesperada, insultaba a los que no la soltaban. Yo seguía corriendo con la esperanza de que ella me haría entrar pero la ronda aceleró hasta alcanzar una fuerza centrífuga. Llorando, me fui de ahí mientras oía las risas y el canto de la ronda que...

- Que no puede olvidar.

- Trato. Es más, lo había olvidado por completo pero desde que volví al pueblo, me martilla la cabeza despierta o dormida.

- Tiene que recitar la letra de la ronda al Gran Jurado.

- No.

- Si no lo hace usted, lo haremos nosotros. Elija.

- No tienen derecho a torturarme, puedo irme cuando se me antoje. Si conocen el canto no tiene sentido que quieran oírlo de mí.

- Retírese cuando le plazca, no está obligada a permanecer un segundo más, pero si quiere continuar este juicio imparcial, deberá recitar el canto de la ronda. Tómese el tiempo que necesite, nosotros esperamos.

Estaba ahí, decidí soportar cualquier cosa. El hecho de tocar fondo tal vez me daría el valor de llegar hasta el final, tomar las pastillas esparcidas por el piso. Apoyé la cabeza sobre las rodillas y viajé hasta la ronda. Corrí, corrí a su alrededor, las voces lejanas fueron cada vez más nítidas, los rasgos de las caras informes, fueron dibujándose concretos. El pelo de las chicas flotando en el aire, las risas y la letra... La letra. A medida que la escuchaba, la repetía, la recité en voz alta sin esfuerzo alguno, sin el desgarramiento interior que me producía oírlos en soledad, sin el Gran Jurado. Salió de mi boca sin mi voz, diría que sin mi permiso, salió con las voces de los integrantes de la ronda.

VEN A LA RONDA
RUEDA QUE RUEDA
NO TE DISTRAIGAS
QUE PUEDES SALIR.
Y SI TE SALES
QUEDAS AFUERA
Y RUEDA QUE RUEDA
NO PUEDES VOLVER.
NO TE SEPARES,
DAME TU MANO,
CIERRALA FUERTE
Y CANTA AL COMPÁS:
RUEDA QUE RUEDA
RONDA REDONDA
NO TE TROPIECES
QUE PUEDES CAER.
Y SI TE CAES
YA NO TE SALVAS
QUEDAS AFUERA
Y NO PUEDES VOLVER.

- El Gran Jurado agradece su esfuerzo, era crucial que recordara la letra. ¿Su hermana la cantó?

- No. Ella gritaba para salir pero no podía.

- ¿Y su amigo?

- Tampoco. Hacía lo mismo que Roberta y gracias a él pudieron salir porque agarró de los pelos a los que tenía al lado, todavía con las manos agarradas, hasta que por el dolor los demás lo soltaron. La ronda se desarmó y Roberta y él corrieron adonde yo estaba. Roberta los insultaba mientras me abrazaba y les gritaba que se fueran de casa.

- ¿Qué edades tenían los integrantes de la ronda?

- Entre diez y doce años.

- ¿Y de dónde habían sacado la letra?

- No sé. Yo no la había oído nunca.

- Ellos tampoco porque esa letra no existía. Entonces bien, analicemos juntos: la letra no existía. ¿Usted cree que chicos de entre diez y doce años pueden inventar una letra así? Creemos que no, pero supongamos que sí. ¿Pudieron improvisar una letra y cantarla en coro, sin fallas, sin titubeos, todos a la vez?

- ¿Qué quieren decir? ¿Que la habían ensayado antes de mi fiesta?

- No. Planteamos la hipótesis que no eran ellos los que cantaban sino que Alguien utilizó sus voces. Alguien totalmente ajeno a sus voluntades.

Me estremecí al oír la idea que tenía el Gran Jurado de la ronda. Un cosquilleo frío recorrió mi espalda pero una vez más logré no perder el control y contestar

- Necesito que el Gran Jurado no plantee teorías enrarecidas para contestar a sus preguntas sin incomodarme.

- Nos parece razonable el pedido. Por el momento, olvidaremos el episodio de la ronda. ¿Qué sabe del amigo que la defendió en la ronda?

- Poco.

- ¿Cuán poco?

- Sé que Roberta se casa con el padre, que su madre los abandonó a los dos cuando él tenía doce años y que por la manera en que los dejó, quedó con problemas en el habla, no sé mucho más que eso, sé lo que me contó Consuelo.

- ¿Usted no tenía idea? Recuerde que no tiene sentido mentirle al Gran Jurado.

Tuve que aspirar hondo para aliviar un dolor en el pecho que me iba ganando.

- ¿Usted no tenía idea? -repitieron.

- Sí, sabía. El me escribió por un tiempo, me contó lo que había pasado con la madre. También me escribió el padre preguntándome si Alejo podía visitarme unos días.

- ¿Cuántas cartas le mandó el padre de su amigo?

- No estoy segura.

- Sí lo está.

- Cinco.

- ¿Usted qué contestó?

- No contesté.

- O sea que además de la madre, también lo abandonó usted.

- No, yo...

- No dé excusas. El Gran Jurado toma nota de este hecho. Hágase cargo de sus miserias, no encontrará en nosotros misericordia. Pero dejemos este tema para más adelante. Volvamos a la fiesta en su casa del pueblo. ¿Qué siguió a ese episodio?

-Se oyeron gritos en la puerta de calle, la mucama gritaba descontrolada, papá lo agarró a abuelo que parecía se desplomaba, Belén y Consuelo se abrazaban... Coincidió con la hora en que los padres buscaban a los hijos y mientras llegaban se sumaban a los llantos.

- ¿Qué había pasado en la puerta?

- El encargado de "La Merceditas" había llegado con dos policías para avisar que mamá estaba muerta.

- ¿Quién le avisó a usted?

- Nadie. Me enteré por lo que decía la gente entre lágrimas. Roberta me llevó adonde estaban los regalos, me dijo que jugara un rato, que no pasaba nada y después corrió al jardín donde estaban todos.

- De lo poco que vio, ¿alcanzó a ver que todos lloraban?

Pensé cuidadosamente en la respuesta que daría, escarbé en mi memoria la escena. Las risas, el bullicio, el timbre, los gritos de la mucama, los pasos apurados de mi padre, la sonrisa bonachona de abuelo que se esfumó aquel día y que nunca más

volvió a su cara, el llanto en cadena que se produjo a medida que llegaba la gente, mis ojos recorriendo las imágenes sin entender, sin que nadie me explicara, los policías, las caras de mis parientes...

- No. No todos lloraron.

- ¿Quiénes no lo hicieron?

- Mi abuela, mi padre, un primo de mamá que no me acuerdo el nombre y una hermana de mamá que se llamaba Ana.

- ¿Se llamaba?

- Murió ese mismo día. Ni bien se enteraron lo de mamá subieron al auto con el primo y...

- Santiago. Debería recordarlo, era tío segundo suyo.

- Santiago, bueno. Subieron con Ana al auto y él manejó como loco, iban a “La Merceditas”, en una curva dieron varias vueltas y murieron los dos. No sé para qué corría tanto si mamá ya estaba muerta.

- ¿Quién le dijo que iban a “La Merceditas”?

- No sé... Supuse...

- No suponga. No iban allí.

- ¿Adónde iban?

- No importa para el caso. Ahora... ¿Usted fue al entierro?

- No. Mi padre dijo que no estábamos obligadas.

- Pero sus hermanas fueron. ¿Por qué no fue usted?

- Me quedé a cuidar a mi hermano que sólo tenía dos años.

- Eso no es verdad.

- Si saben la verdad, ¿para qué preguntan?

- Tiene que decirlo usted.

A esa altura, me faltaba el aire, era tan fuerte el dolor que ni siquiera podía llorar, mi voz ya no era mi voz, eran sonidos guturales, entrecortados pero así y todo, contestaba empecinada en oír mi veredicto.

- No fui porque mamá se mató porque... -tomé el aire que pude- Yo tuve la culpa de todo, hasta maté la eterna sonrisa de mi abuelo.

- ¿Realmente cree eso?

- Sí.

- ¿No tiene ganas de llorar?

- No.

- Recuerde que las mentiras entorpecen este juicio. Pero sigamos. ¿Qué edad tenía su padre aquel año?

- Treinta y siete.

- ¿Y usted?

- Diez.

- No oímos bien. ¿Cuántos dijo que cumplía?

- Sí que oyeron. Dije diez.

- No se entiende bien. Repítalo, por favor.

- ¡Diez, diez, diez, diez, diez! –grité enfurecida al Gran Jurado, perdiendo el control por primera vez. Me interrumpieron para decir con voz inmutable

- El Gran Jurado entra en receso hasta la una de mañana. Deberá presentarse vestida porque no juzgamos locos.

Desperté violentamente. Consuelo me sacudía gritando mi nombre. El sol daba de lleno en mi cama, yo estaba sobre el acolchado apenas cubierta por la frazada del cuarto de abuela. Mi espantoso estado, mi pelo revuelto y mi desnudez explicaban la crisis de mi hermana, tal vez buscando un frasco vacío.

- ¿¡Qué hiciste, Inés!?! –gritaba.

Mi lengua se movía pesada, tenía un lacerante dolor de cabeza, intentaba responder... Finalmente, Consuelo, con voz temblorosa, dijo

- Voy a llamar al médico.

- No llames a nadie. No me pasa nada. –contesté todavía confusa por la situación.

- No me creas idiota, ¿qué tomaste? –preguntó alterada.

- ¡Nada, no tomé nada! ¿Te volviste loca?

- ¿Loca? Es la una de la tarde, te dejé dormir pensando que estabas cansada, vengo a llamarte para comer y te encuentro desnuda, los pelos como una bruja y con un color que... Voy a llamar al médico.

- Si lo llamás, hago la valija y vuelvo a Mendoza- dije con una agresividad que me chocó a mí misma. Arrepentida, suavicé el tono para decir

- Leí hasta las seis, Consuelo. Me di una ducha y caí muerta, esa es mi pinta de loca, che... ¿qué te pasa?

Consuelo me alcanzó la bata, fui a lavarme la cara, me peiné y noté en el espejo que mi color no tenía nada que envidiarle a un cadáver. Me puse bastante rubor en las mejillas, ensayé mi mejor sonrisa y reaparecí en la habitación. Consuelo, sentada en la cama, era el monumento al desasosiego. Su elegancia habitual anulada por la espalda arqueada, los brazos caídos y la boca entreabierta.

- Perdoname, no quise asustarte, el susto que te habrás pegado... La pobre Marta está curada de espanto conmigo. Los chicos (me cuidé de no decir mis hermanos) van al colegio a la tarde, así que a la mañana hacen un ruido infernal, se trepan a mi cama, juegan en mi cuarto y yo ni me entero.

- Disculpame vos, estoy muy susceptible desde que llegaste. Lo único que quiero es que estés bien y no te veo feliz, se te ve incómoda. Al verte así pensé que habías hecho una locura. ¿Es muy duro para vos volver a vernos?

- No -mentí otra vez.

- Llamó Roberta hace un rato, vienen mañana al mediodía. Quiere que vayas con ellos al campo.

- ¿A “La Merceditas”?

- No. A “La Soledad”. El casamiento va a ser ahí porque “La Merceditas” está muy venida abajo. Da lástima ver la casa.

- ¿Por qué? ¿No maneja Roberta las finanzas?

- Roberta se mató con ese campo pero así como entraba la plata, venían los hijos de Aurelia y se lo llevaban. Venían de Buenos Aires exclusivamente a buscar plata aunque ellos decían que venían a ver “a mami”. Roberta les explicaba que necesitaban reinvertir pero los vaguitos no querían escuchar. En fin, lo demás es muy

largo y creo que no me corresponde a mí, mejor que te lo cuente Roberta. Hasta que arreglen “La Merceditas”, Roberta se mudó con su manicomio privado a “La Soledad”.

- ¿Aurelia?

- Aurelia, Catalina y Clara -dijo meneando la cabeza con gesto de incredulidad.

- ¿Catalina, nuestra prima?

- Sí.

- Pero ¿está loca?

- Loca, loca, no sé. Pero cuando murió Ana, se volvió monotemática con la muerte. Al principio la gente le tenía lástima pero se fueron cansando, imagínate estar hablando con alguien que cada dos minutos te recuerda que todos nos vamos a pudrir en una asquerosa tumba. Se fue quedando aislada... ¿Quién la absorbió? Roberta, por supuesto.

- ¿Y Clara por qué...?

- Mejor que te lo cuente Roberta, ahora vamos a almorzar ¿sí?

- ¿No te enojás si me quedo a dormir? Estoy pasada de sueño y me da fiaca arreglarme para bajar.

- No me enojo siempre y cuando comas. Te mando la bandeja con Luisa.

- Trato hecho.

Comí con voracidad y caí rendida por el sueño. Desperté con el llamado, esta vez suave de Consuelo. Belén estaba a su lado y me alcanzó un café. Consuelo intentó la táctica de no preguntar mi deseo y con tono fingidamente distraído me ordenó

- Arriba, que tenemos la misa de mamá. Hoy se cumplen doce años.

Tomé algunos sorbos de café para despejarme y decirles, de la mejor manera posible, que no iría. Finalmente, y sin encontrar ninguna, dije simplemente

- No voy a ir.

Noté la decepción en sus caras pero no dijeron nada. Un silencio embarazoso cubrió la habitación y pregunté

- ¿Siguen yendo todos?

- Sí -contestó Belén- Con el mismo cariño de siempre. ¿Podemos contarle a la gente que estás acá? Todos los años preguntan por vos.

- No hay problema pero no quiero visitas. Digan que me voy al campo mañana temprano. Igual, voy a ver a muchos en el casorio.

- Sí -dijo Belén- la fiesta es a todo trapo.

- Supongo que no seguirás durmiendo -intervino Consuelo.

- No, si querés la cuido a Male.

- Gracias pero va conmigo a la misa.

Desperté poco después de la medianoche, me arreglé con esmero y recogí mi pelo en un peinado impecable. Me senté en la cama a oscuras a esperar. Por fin, el antiguo reloj de péndulo del pasillo, dio una campanada, era la hora. Me movía a oscuras, lo que me permitió distinguir, al entrar al cuarto de abuela, cada forma, cada objeto y la silueta del Gran Jurado. Permanecí unos minutos de pie para que El Gran Jurado apreciara mi dedicación en el arreglo. No me desplomé en el suelo como la noche anterior y desde el sillón, esperé dócilmente a que El Gran Jurado me dirigiera la

palabra. Las voces no llegaban pero no me impacienté, no me moví, no hablé hasta que ellos decidieron hacerlo. En tono parco y firme anunciaron

- El Gran Jurado entra en sesión.

La primera pregunta llegó sin preámbulos.

- ¿Está dispuesta a aceptar nuestra decisión, cualquiera sea el veredicto?

- Sí. Estoy ansiosa por conocer el veredicto.

- Deberá controlar sus ansias porque queda mucho por investigar.

- Estoy preparada.

- Háblenos de Laura Ortiz, trate de recordarla como mujer, sepárela todo lo que pueda de su rol de madre.

- Eso no es fácil, siempre la vi como mi madre.

- Inténtelo.

- Era muy linda...

- Era muy linda. ¡Qué simpleza! Composición “La vaca”. ¿No se le ocurre nada mejor?

- Es que es imposible separar la belleza de lo que fue como mujer, todos la admiraban por eso. Fue reina de Chascomús, Miss Argentina y seguramente habría sido Miss Mundo si no renunciaba al título.

- ¿Sabe por qué lo hizo?

- Por casarse con mi padre. Cuando era chica me fascinaba la historia, encerraba un gran amor, pero con el paso del tiempo y sacando algunas cuentas elementales, mamá había quedado embarazada.

- Correcto. Se casó embarazada y muy enamorada pero no fue fácil para ella abandonar ese mundo fantástico y seductor al que había llegado sin el menor esfuerzo. ¿Recuerda algo más de ella anterior a su enfermedad?

- Se reía mucho, parecía muy feliz...

- Al analizar su visión de Laura Ortiz, intuimos lo que respondería sobre ella como madre: la mejor. Creemos que usted no la recuerda bien, que confunde su imagen con algún cuento de la infancia. ¿Blancanieves, tal vez? Siempre bella, riendo y corriendo por los prados...

- No tienen derecho a ensuciar su recuerdo. Además, no es ella la que está siendo juzgada, sino yo -concluí ofuscada.

- Para juzgarla a usted con imparcialidad, debemos comprobar el alcance de su memoria y su objetividad. Es lógico que la recuerde así, la mente tiene un mecanismo de limpieza sorprendente. Pero vemos que es inútil seguir con el interrogatorio. Todo lo sucedido fue captado por una niña de diez años sin capacidad de analizar los hechos más allá de lo visible. El Gran Jurado decide que no la someterá a más preguntas por el momento. Nos limitaremos a exponer los hechos como sucedieron, no permitiremos interrupciones de ninguna índole, discusiones a nuestros dichos, cuentas de multiplicar en voz alta o mentalmente, recurso usado con frecuencia por usted dada su cobardía para enfrentar el pasado y la vida misma con todo lo que ella implica. Le advertimos que todo lo que pase por su mente será registrado, tal es nuestra capacidad y nuestra jurisdicción no tiene límites. Es libre de permanecer en el lugar o de retirarse en este momento. Usted decide.

Creí que se me otorgaba un tiempo razonable para decidir, la duda atacó mi aplomo. No estaba segura de querer oír la teoría de un tribunal frío y despiadado, pero

el Gran Jurado tomó mi silencio como un sí y con la voz de quien lee un documento, comenzó

- Vida de Laura Ortiz: Hija de Justo Ortiz y Matilde Paillé. Sus hermanas, Marta la mayor y Ana la menor. Dotada de una belleza superior, llevaba la dignidad impresa en cada gesto, cada rasgo. “La niña dorada” la llamaban las mucamas y algo de eso había. Fue de esos seres consentidos de Dios, de los que El se detiene a crear con la dedicación y el esmero con que un artista trabaja durante años su obra. Combinó el color de los trigales para su piel, el verde de las uvas para sus ojos rasgados y ni la más envidiosa de las mujeres logró detectar un solo error en su cuerpo. Lo inconcebible es que después de tanto empeño, El no cuidara Su obra. La superioridad estaba arraigada en ella y no podía evitar un toque de soberbia. Tan indiscutida fue su belleza que jamás, y durante tantos años que han pasado, ninguna reina del pueblo osó compararse con ella. Hasta acá coincidamos con su imagen de princesa de cuento que encandilaba a cuanto príncipe la mirara. Pero la Blancanieves de este cuento, no sabemos porqué, perdió el soplo mágico con el que había llegado al mundo y se convirtió, en la plenitud de su vida, en un ser grotesco y desagradable. Siempre hablando de su apariencia, por supuesto. ¡No multiplique!

- ¡No multiplico! -protesté.

- Su cuenta fue quinientos cuarenta y nueve por trescientos noventa y no discuta. Si no tiene valor para escuchar la verdad, menos lo va a encontrar para tomar un frasco de píldoras. Sigamos y no interrumpa. Laura Ortiz se casó dos meses después de resultar elegida Miss Argentina, debiendo renunciar al título y perdiendo la posibilidad de ser Miss Mundo. Desconsuelo y rabia en el pueblo, pero no contra ella, a Laura Ortiz le perdonaban todo, sino contra Roberto Castelli por haber embarazado al mito. Tuvieron cuatro hijas y él anhelaba un hijo varón. Era increíble comprobar que después de cuatro partos, Laura Ortiz ganaba cada vez más belleza. Sin embargo, la familia de Roberto Castelli, en especial la madre, insistía en verlo como víctima. “Pobre Roberto, casarse de apuro sin haber terminado la Facultad.” En realidad, jamás había empezado una carrera pero eso no importaba a la hora de los lamentos. “Pobre Roberto, todas hijas mujeres” –repetía la madre a quien quisiera escucharla. Tantos “pobre Roberto” oyó usted en su infancia, que cuando la maestra jardinera preguntó el nombre de su padre, usted contestó “pobe dobeta”. El pobre Roberto se había casado nada menos que con Laura Ortiz, había tenido con ella cuatro hijas deliciosas, y su extenuante trabajo era ir a la agencia de venta de autos de su padre cuando se le daba la real gana. Cuando el padre de Castelli, murió, este le vendió su parte a la hermana, abrió una agencia en Buenos Aires y a su madre la internaron en un geriátrico donde seguramente la vieja le contaría a las demás, las desgracias de su pobre Roberto. Cuando usted nació, Laura Ortiz sufrió un cuadro de hipertensión en el parto pero fue controlado. El médico advirtió a sus padres que evitaran un nuevo embarazo que sería altamente riesgoso. El “pobre Roberto” pidió otra opinión en Buenos Aires ya que no se resignaba a no tener un hijo varón pero la respuesta fue la misma: no más hijos. Después de ocho años, la noticia de un nuevo embarazo, fue motivo de un gran disgusto familiar. Justo Ortiz les recriminó la falta de responsabilidad, pero se encontró con dos personas inconscientes y felices con la noticia. Roberto Castelli lo miró sonriente, con la altivez que lo caracterizaba y lo invitó a brindar con él porque Dios seguramente le mandaba el hijo varón. “A costa de mi hija” contestó Justo sin borrar la

sonrisa del matrimonio. Roberto Castelli estaba feliz, acorde a su egocentrismo y Laura Ortiz sonreía despreocupada porque después de todo, nada malo podía pasarle a una elegida de Dios. Y nació Javier...

El Gran Jurado quedó en silencio, mi respiración podía oírse, chocaba contra las manos que ocultaban mi cara. Por un momento creí que la imponente presencia del Jurado estaba a punto de derrumbarse pero continuaron luego de unos minutos.

- Y nació Javier y el aura dorada de Laura Ortiz quedó en la sala de partos. El médico había planeado una cesárea pero cuando llegó al sanatorio, el nacimiento era inminente y no dio tiempo a nada. La elegida de Dios agonizaba mientras los padres escuchaban atontados un parte médico cruel, y el marido, con oportuno gesto de preocupación, miraba embelesado a su varón a través del vidrio de la nursery. Laura Ortiz estuvo a un paso de la muerte durante nueve días en terapia intensiva. Diagnóstico: derrame cerebral generado por hipertensión arterial con secuelas en su mayoría irreversibles. El símbolo de la belleza había entrado a la sala de partos, radiante, y la familia la vio nueve días después, hemipléjica, calva por la cirugía que hubo que practicarle, con sus preciosos rasgos deformados por la parálisis facial. Mientras permaneció internada, Roberto Castelli apenas podía disimular su rechazo, encontraba excusas para no integrar el turno familiar de cuidados de Laura. "Que las chicas me necesitan, que el bebe no puede estar todo el día a cargo de mucamas, que los trámites de la obra social, que tengo que trabajar el doble porque este asunto me está costando una fortuna". Así llamaba él al drama de su esposa: este asunto. Mientras tanto, Laura Ortiz yacía como una planta en la cama del sanatorio sin intentar comunicarse. Justo Ortiz no se movía de su lado un instante, llamó al mejor especialista de Buenos Aires quien fue contundente. Mediante una reeducación rigurosa en ALPI existía una remota posibilidad de que recuperara algo de motricidad. Una luz pequeña pero potente para los padres, que se instalaron con ella. Laura Ortiz no cooperaba en los ejercicios de rehabilitación, manifestaba por señas su deseo de morir. Era como ver un muerto al que nadie se anima a enterrar. La madre, tal como era y es su costumbre arremetió contra Dios y lo insultó en todos los idiomas que conocía y lo más suave que le dijo fue: sádico, despiadado, tirano, y de los otros adjetivos el Gran Jurado prefiere hacer omisión. Pero el padre, ese inconcebible Justo Ortiz, noble hasta la ridiculez, rezaba por su hija. ¡Rezaba! Le rezaba al mismísimo Dios que había permitido que su hija se transformara en casi una inválida. Al ver que su hija no colaboraba con los terapeutas le pidió a Aurelia, la mejor amiga de Laura, que le llevara en la próxima visita, fotos de usted y sus hermanas y del bebé al que no conocía. Aurelia hizo más que eso, grabó voces de ustedes mandándole besos y reclamándole que se cure pronto. Al oírlas, Laura Ortiz lloró con desgarramiento por primera vez con aquella voz grotesca que la acompañó hasta la muerte y que la hacía parecer retrasada mental cuando en realidad su capacidad mental estaba intacta. Comenzó a cooperar con los ejercicios y para sorpresa de los médicos, en pocos meses logró caminar con un andador y luego, con mucho esfuerzo, con un bastón. Nada quedaba de la antigua Laura Ortiz, sus movimientos eran torpes, arrastraba la pierna derecha al caminar, la mano derecha casi cerrada y la mitad de su cara con parálisis. Era hora de su regreso al pueblo. Aurelia organizó un asado en "La Merceditas" al que sólo fueron integrantes de la familia. Laura Ortiz, que durante el viaje se había mostrado serena, al llegar a la estancia se la vio nerviosa y angustiada. Todos trataban de comportarse con

naturalidad, le hablaban como si estuviese como antes. Usted y sus hermanas se acercaron tímidamente a saludarla, ella pidió una silla, la emoción la derrumbaba y todo parecía estar bien hasta que habló para decirles cuánto las había extrañado. Al oír su nueva forma de hablar, Belén lloró desconsolada. Ana Ortiz, hermana de Laura, salvó la situación apartándolas con cuidado y contándole a su hermana las últimas novedades del pueblo. Marta, su hermana mayor, le alcanzó el bebé, Laura Ortiz le tocó la cabeza y un llanto compulsivo la ganó e interrumpió el ademán de alzarlo. Dijo tener miedo a que se caiga de sus brazos.

- ¡No multiplique! -me vociferó el Gran Jurado y continuó

- Sabemos que esta parte de la historia es dura y debe recordar bastante pero hay cosas que no sabe. Volvamos al almuerzo de bienvenida. Laura Ortiz había vuelto para reintegrarse a su familia, pero poco después de comer mantuvo una conversación privada con el marido. Justo Ortiz la vio llorar y quiso acercarse pero ella lo disuadió con un mínimo gesto. Momentos después le pidió al padre que bajara su equipaje del auto, dijo que se quedaría unos días en “La Merceditas con Aurelia, hasta sentirse capaz de hacerse cargo de sus hijos nuevamente. Argumentó estar apabullada por el reencuentro y necesitar un tiempo razonable. Lo cierto es que fue Roberto Castelli quien le habló de un tiempo razonable hasta que ustedes se acostumbraran a esa nueva madre. El tiempo “razonable” que pidió Roberto Castelli, se transformó en un año y medio en el que el marido y los hijos la visitaban los domingos como a un presidiario. Aurelia fue su sostén, su bastón, su paño de lágrimas y Justo Ortiz le llevaba todos los días su sonrisa sin la cual ella no habría soportado seguir. Debió rehacerse a sí misma en ese tiempo, no en lo exterior que ya no había nada para hacer, sino en lo interior. Un interior que jamás había cuidado, encandilada por la imagen perfecta que le devolvía el espejo cada día, antes de que naciera su quinto hijo. Aprendió a escuchar a las personas y los sonidos secretos del silencio, se enfrentó de una vez por todas con una vacuidad que se esmeró en llenar y que iba lográndolo. Iba lográndolo hasta...

-Hasta el día de mi cumpleaños.

- Cierto. Hasta el día de su cumpleaños cuando discutió con Roberto Castelli. Usted y Aurelia fueron testigos. ¿La recuerda ahora?

- No fui testigo de ninguna conversación. Roberto Castelli llegó a buscarnos y corrí desesperada hasta el auto porque no soportaba ver los globos y guirnaldas y que...

- Porque usted rompió las tarjetas. Mal. Muy mal. Asqueroso. ¿Quién dijo que fue a buscarlas?

- Ya lo oyeron.

- Debe repetirlo.

- Roberto Castelli.

- ¿Usted llama a su padre por el nombre?

- Mi padre se llama Sebastián.

- ¿Por qué desprecia a su padre biológico?

- No lo desprecio. Dejé de vivir con él a los diez años y considero que mi padre es el que me cuida y se comporta como tal.

- Entonces Marta Ortiz es ahora su madre.

- No, Marta es mi tía. La adoro pero no es mi madre.

- Pero es la que la cuida y se comporta como madre.

- No es lo mismo.

- No, no es lo mismo. Lo lógico sería que reemplazara a su madre que está muerta y no a su padre.

- Estoy cansada para dar explicaciones, necesito mi veredicto.

- Lamentablemente, será imposible hasta que usted recuerde la última conversación de sus padres, de la que insistimos fue testigo. Cuando la recuerde, regrese a este Tribunal, no antes. Cuando esté en condiciones de reproducirla en su totalidad, este Gran Jurado fallará inmediatamente.

- Reproduzcanla ustedes que todo lo saben.

- Podríamos hacerlo hasta el mínimo suspiro que se oyó entre frase y frase pero nuestro fallo perdería validez. Para que la tenga debe ser usted quien la exponga. Pero espere, vuelva a sentarse, no hemos terminado. El Gran Jurado desea aclarar un episodio crucial de esta historia. No sentimos piedad alguna por usted pero la justicia nos mueve e insistimos que su culpa es grave, aunque no nos interesa que una visión distorsionada del pasado disperse su verdadera responsabilidad en este caso. Usted cree que por haber roto las tarjetas no sólo es responsable de la muerte de su madre sino que con aquello provocó el accidente en el que murieron Ana Ortiz y su primo hermano. La imaginó desesperada por ver a su hermana aunque ya estuviera muerta y no termina allí su frondosa imaginación. Mató a su madre, a su tía, a su tío segundo, mató la eterna sonrisa de su abuelo Justo y como si todo esto fuera poco se siente responsable del infarto que lo llevó a la tumba un año después. Realmente impactante para este jurado, ¡con sólo diez años era usted una asesina serial! Lamentamos comunicarle que no podrá jactarse de tantos crímenes. Ana Ortiz y su primo hermano se enamoraron en plena adolescencia provocando un escándalo familiar, un bochorno colectivo que no les fue perdonado. Intervinieron en aquel disgusto: padres, hermanas, amigos, comedidos, pero finalmente fue Marta Ortiz, la hermana mayor de Ana, quien la persuadió con argumentos tales como que tendrían hijos retardados y el pesar que causaban a toda la familia. Con desgarró terminaron ese amor. ¿Lo terminaron? Eso pareció. Lo intentaron con todas sus fuerzas, cada uno encontró un espejismo que los llevó a casarse con personas que no hacen a la historia. Lo cierto es que el día que llegó la policía para avisar de la muerte de Laura Ortiz, a usted se le escaparon ciertos detalles por su edad y por desconocer temas que pertenecían exclusivamente a los adultos. Por ejemplo, no reparó usted en la mirada que cruzaron Ana y Santiago Ortiz. Sí, tenían el mismo apellido. Ellos sólo se miraron y corrieron hacia el auto. No sabemos porqué el suicidio de Laura Ortiz... El suicidio de Laura Ortiz y ataje esa palabra sin cobardía, actuó como detonante y los dos con una simple mirada decidieron escapar de sus esposos, de sus hijos, de sus malas decisiones. El exceso de velocidad los mató cuando escapaban. No iban a ver a Laura Ortiz, se estaban escapando. ¿Le queda bien claro este asunto? Aquí tiene usted uno de sus soberbios equívocos, no puede adjudicarse esos muertos. ¿Por qué cree usted que Marta Ortiz no regresó al pueblo? ¿Porque la madre se maquilló para el entierro? Sería una razón muy estúpida. Se siente culpable exageradamente de haber convencido a su hermana de terminar la relación con Santiago Ortiz. Sigamos con la sonrisa de Justo Ortiz que usted cree haber borrado. Si nunca más apareció en su cara fue porque Laura Ortiz, el día de su cumpleaños frustrado en “La Merceditas,” le pidió que se quedara y él así lo hizo. Por

la mañana ella insistió en que la acompañara porque estaba muy deprimida pero el padre, por primera vez, desoyó su pedido.

- Porque iba a mi fiesta en el pueblo -contesté casi sin aire.

- Insistimos en que su imaginación no tiene límites. Justo Ortiz quería estar en el pueblo porque toda su vida había soñado con ser presidente del club de Regatas y ese día se renovaba la comisión directiva. Resultó electo y pasó feliz por su fiesta para contarle a su familia y de allí iría a “La Merceditas”. Laura Ortiz había emitido un velado grito de auxilio que él no supo interpretar y esa misma tarde, el despiadado y violento ordenador de prioridades que es la muerte, le borró esa eterna sonrisa que usted tanto recuerda. Revuelva su baúl de muertos, Inés Castelli, no se adueñe de los ajenos. Para terminar, y como ayuda a su enclenque memoria, a usted le avergonzaba el aspecto de su madre y rompió las tarjetas para que sus amigos no la vieran así. Pues bien, le comunicamos que coincidentemente con el regreso de Laura Ortiz a Chascomús, sus hermanas Consuelo, Roberta y Belén, decretaron que ya eran grandes para fiestas de cumpleaños. Eso es todo, el Gran Jurado levanta la sesión, usted dirá hasta cuando.

Al despertar al mediodía, vi a Roberta sentada en mi cama sonriendo como sólo ella lo hace, con la dignidad de una emperatriz y que de no conocerla tanto, podría parecer burlona. Era la única de mis hermanas con quien me había visto en mis largos años de exilio. Una vez por año me visitaba en cualquier lugar del país adonde se encontrara mi desarraigada humanidad. Belén y Consuelo intentaban acompañarla cada vez pero, tratando de no herirlas, siempre buscaba excusas diplomáticas que nadie creía. Con Roberta todo era distinto, desde muy chica dependí emocionalmente de ella, necesitaba de su fortaleza y de su mano que me permitía entrar al círculo infranqueable de “los de adentro”. Ella, que siempre entraba en el engranaje lubricado en donde encajan los seres monocordes, socialmente aceptados, era el centro involuntario de una máquina que no le permitía salir. El desprecio con el que se dirigía a sus integrantes no hacía más que aumentar su reinado indiscutido y yo, que habría dado cualquier cosa por entrar, era un típico exponente de los que llevábamos el rótulo impreso en la frente de “los de afuera”. Si pude formar parte de ese engranaje fue por el poder de Roberta que no permitía que me cerraran las puertas, aunque sólo lograba mi ingreso formal, lo cierto era que mi presencia era absolutamente invisible. Roberta siempre habla sin apuro y todos la escuchan con admiración y yo, en aquel entonces, a pesar de apurarme en cada frase, no llegaba a la quinta palabra de una idea sin que alguien me interrumpiera o reparara en que estaba hablándole a un grupo de espaldas. Cuando la violencia de los hechos me llevó a aceptar la invitación de Marta y Sebastián para vivir con ellos, murió en mí la desesperación por agradar a las personas. Nada importaba ya. Sólo abrir esa mágica puerta que me permitía salir del pueblo y de la página negra de mi tan corta vida. Y escapé sin la menor culpa por abandonar a mi familia. Mi único dolor fue separarme de Roberta. Sentí un profundo alivio al dejar la ciudad en la que había nacido y en la que quedaban todos mis recuerdos muertos y sepultos, creía yo, en el punto más profundo de la laguna que seguiría acumulando monedas de oro, según abuelo, para mí. Desde que escapé, agradecí no pertenecer al mundo inaccesible de “los de adentro” y me esmeré en pertenecer, cada vez más a “los de afuera”. Pero algo extraño sucedió. En cada lugar que viví, cada pueblito perdido en la cordillera, fui buscada insistentemente por “los de adentro”. Mi avidez por sonreír y decir lo correcto se había esfumado, las conversaciones sociales me parecían idiotas y las personas ajenas a mi nueva familia, salvo Roberta, se volvieron intrascendentes. Aquella nueva e indiferente conducta mía me abrió las puertas mágicas, empecinadamente cerradas cuando mis puños se desangraban pidiendo entrar. Recibí con cinismo la nueva actitud de la gente hacia mí. Mi voz era audible, mis opiniones escuchadas y requeridas. Qué asco. Sólo puedo decir que aquel fue mi pasaporte personal a un lugar al que llegué cuando ya no me importaba.

Me miraba con su sonrisa única, indescriptible e indescifrable. La sonrisa de Roberta. Cualquiera persona con hábitos sociales normales me habría saludado con un “¿cómo andás, Inés? ¡Qué alegría verte! O me habría dado un fuerte beso o abrazo emotivo, pero no Roberta, ella con total naturalidad sólo dijo

- ¿Tenés el bolso listo?

Hasta allí nada fue extraño, era la Roberta de siempre, pero lentamente advertí algunos cambios en ella, actitudes tan adecuadas que me alarmaron. Por ejemplo, mientras me vestía me preguntó qué vestido me pondría para el casamiento. Le contesté que me pondría un vestido largo que me había prestado Marta y me dijo que no había necesidad de que me pusiera un vestido usado, que yo era la madrina y que ella me compraría un vestido nuevo. Malhumorada por su intromisión se lo mostré y le dije que no usaría otro vestido. Sin reparar en mi fastidio lo observó detenidamente, lo apoyó sobre su cuerpo y, luego de girar a un lado y otro frente al espejo, decretó que era espléndido. Recordé a Marta armando aquel traje despampanante con cuello alto, manga americana y la parte de atrás con un profundo escote que dejaba la espalda al descubierto. Probádoselo y probándomelo para que las dos pudiéramos usarlo. Marta cosía cuando los chicos se acostaban y en sus trasnochadas de costura, yo hacía café y encendía cigarrillos para las dos mientras filosofábamos con el traqueteo de la máquina de coser de fondo. Hipnotizada con los destellos del lamé del vestido, me acordé de Sebastián y su sonrisa de orgullo cuando le preguntaban cuántos hijos tenía y contestaba una mujer y cuatro varones. O cuando le preguntaban “a quien se parece Inés”, él contestando cada vez “a mí por supuesto”. Jamás aclaraba mi situación que sólo conocían los íntimos y parientes.

- ¡Che! -gritó Roberta. - ¿Por dónde andás?

- Perdón, me acordé de algo...

- Bueno, bajá a la Tierra porque Alfredo está abajo y en el campo nos esperan con un cordero. Te ayudo con el bolso, dale.

Alfredo Iturrez conversaba con Consuelo en el jardín. Me sorprendió su aspecto, apenas recordaba su cara, para mí siempre había sido el padre de Alejo y, después de doce años, creo que esperaba ver a un pelado algo barrigón. Un disparate, pienso ahora ya que al verme, me sonrió un hombre de cuarenta y ocho años, bronceado, con unas pocas canas en las sienes y un físico que podría envidiar cualquier proyecto de hombre de veinte años. Temí que me recriminara, con su actitud, mi indiferencia por Alejo cuando me necesitaba. Pero nada de eso sucedió, fue muy amable conmigo, se mostró locuaz y extravertido y con el tiempo descubrí que fue su forma de expresarme que no guardaba rencor hacia mí porque al conocerlo mejor supe que era todo lo contrario: reservado, de pocas palabras y de una nobleza tan grande como inconcebible. No me atreví a preguntarle por Alejo y él no lo nombró en nuestro primer encuentro. Con todos mis nervios a cuestas, pensando en mi encuentro con Alejo, partimos a “La Soledad”

Estaba a un costado de la tranquera en evidente actitud de espera, montado al mejor estilo indio, sobre el pelo de un zaino imponente y brillante. Roberta me miraba de reojo pero fingí no notarlo. Alfredo detuvo el auto le gritó un saludo alegre que Alejo no contestó, sólo me miraba fijamente. Pensé en bajarme a saludar pero adiviné por su expresión que mi actitud, socialmente adecuada, no tendría eco así que me limité a levantar una mano que, indecisa, pretendió dibujar un saludo y a sonreír con una mueca estúpida. Tampoco contestó a mi proyecto de saludo, sólo siguió mirándome tan hondo que llegó a zonas de mí que ni yo conocía. Tenía ante mí al muerto que durante años yo había creído enterrar junto a tantas otras personas y recuerdos pero al que había reforzado su lápida con miles de capas que no lograra sortear. Y allí estaba frente a mí, resucitando en un estallido de mármoles pesados volando por los aires. Y yo, su asesina, buscando cifras millonarias para multiplicar y no encontrando, siquiera, el número uno. Roberta salvó la situación tocando el brazo de Alfredo para que moviera el auto de una buena vez mientras yo sofocaba un sollozo inevitable, fingiendo tos. Nos internamos en la arboleda que conduce a la casa y, durante aquellos interminables cuatrocientos metros, Alejo galopó a un costado del auto, casi pegado a mi ventanilla. Bajé del auto con un violento temblor de piernas, atemorizada por aquellos ojos que me habían perseguido, pero inexplicablemente, Alejo había desaparecido. Miré alrededor sin verlo hasta que Roberta, con una seña, me lo mostró. Corría con el zaino a campo abierto ya muy lejos de nosotros. Roberta sonriendo dijo

- Acá le dicen el centauro. El “viento sur” lo sigue como si fuera un perro. No duerme con el zaino porque no entra en el cuarto.

Roberta me miró unos instantes en silencio. Finalmente agregó

- Dale un poco de tiempo.

No hice ningún comentario, busqué mi bolso, nerviosa, pero Alfredo ya lo había entrado a la casa.

El almuerzo fue al aire libre en un ambiente distendido. Roberta y Alfredo hablaban de asuntos de trabajo con el encargado y los peones, y yo sólo me preguntaba por qué Alejo no compartía el almuerzo aunque en realidad conocía la respuesta. Lo mismo pasó a la noche, comimos sólo Alfredo, Roberta y yo. Al terminar la cena Alfredo dijo estar mortalmente cansado.

- No mientas -rió Roberta- Nos dormimos un siestón.

Alfredo le dio un beso, se despidió y se fue a su habitación.

- No está cansado, el santo quiere que charlemos tranquilas. Bueno, charlemos, ¿vamos a la galería?- dijo Roberta y salimos.

La noche estaba espléndida, estrellada y serena. Había refrescado y nos sentamos muy juntas en un sillón hamaca. Permanecimos en silencio un rato disfrutando ese aroma incomparable del campo a la noche y de la magia del sonido de las copas de los árboles ocultos en la oscuridad. Llegó una mujer robusta, de edad indefinida, que había visto durante el día, aparecer y desaparecer sin decir palabra. Nos entregó una copitas de cognac y una frazada.

- Gracias Francisca -dijo Roberta a la espalda de la mujer que ya desaparecía y no me dio tiempo a preguntar

- Gracias por venir. No sabía si...- empezó Roberta.

- Te mato. Me hiciste venir y estabas en Buenos Aires, no tenía ganas de estar en el pueblo.

- Perdón, perdón... Fuimos por un día y se nos complicó.

- ¿Tres días por el vestido?

- Eran varias cosas –contestó esquiva- Mirá lo que es la noche...

- ¿Van a vivir acá o en el pueblo?

- ¡En el pueblo, ni locos! Somos bichos de campo. Acá y en “La Merceditas”. Ahora están arreglando el casco, va a quedar brutal. El tema va a ser a la noche. De día Alfredo va a trabajar acá y yo en “La Merceditas”. Cada uno en los suyos. Matrimonio moderno –rió.

- Pensé que “La Merceditas” estaba fundida.

- Sí. Los hijos de Aurelia lo fundieron pero Alfredo acaba de comprarles el campo y lo vamos a levantar de a poco. Los “amorosos” le hicieron declarar la insania a Aurelia y al segundo lo pusieron en venta. Cuando los idiotas la fueron a buscar para internarla se me salió la cadena, te juro, los puteé de arriba abajo, les pateé el auto... No me entra en la cabeza que puedan hacer eso con alguien como Aurelia. Los imbéciles me gritaron que tenía cuarenta y ocho horas para dejar la casa. Todo el dinero que habían sacado del campo lo había traspirado yo sin quejarme. Me conformaba con vivir ahí con Aurelia que es un sueño de mujer. Pero ellos pedían y pedían y empecé vendiendo las máquinas. Por suerte los vecinos son de fierro, me prestaban lo que pedía. El encargado y la mujer se fueron porque cada vez era más el laburo y no había plata.

Frunció el ceño ante el mal recuerdo, sorbió un generoso trago de cognac y siguió

- Terminé siendo peón, mucama, administradora y lo que se te pueda ocurrir pero las cuentas no cerraban y cuando no quedó un centavo, se sacaron la madre de encima para vender. Varios se interesaron, es un buen campo, cerca del pueblo pero pedían un disparate. Alfredo se empecinó en comprarlo y con la plata no lo joden así que se mantuvo en un número y se lo terminaron vendiendo. El día que se pusieron de acuerdo yo escuché todo desde la galería. Se suponía que yo ya tendría que haberme ido pero no di bola. Alfredo me caía bárbaro hasta ese día, me había prestado el tractor y todo lo que se me ocurría pedir. Bueno, cuando escuché que compraba el campo se me salió la cadena y...

- Que no cuesta mucho que se te salga- acoté riendo.

- Bueno, la simpatía se fue al carajo y me vino un odio al imaginar a Alfredo dueño del campo que vi todo negro. Fui al galpón, saqué la chata vieja, di marcha atrás y choqué el auto de Alfredo.

- ¡¿Qué?!

- Varias veces. Primera, marcha atrás. Primera, marcha atrás.

- ¡Estás reloca!

- ¿No me digas? -contestó irónica y siguió.

- Salieron todos corriendo, los hermanos de Aurelia me puteaban, Alfredo me miraba que no lo podía creer, les tiré la llave de la camioneta, les dije que me

denunciaran y me fui caminando. No sé cuántos kilómetros caminé por la veinte. Odio y mucho calor. Todo lo que sentía. Caminé, caminé hecha bolsa por dejar “La Merceditas”, no me importaba nada, ir presa, que me pisara un auto...

- ¿Por qué tanto cariño? Ahí pasamos cosas horribles.

Pensó unos minutos como buscando una respuesta

- Pará, voy a traer más cognac.

Antes de que regresara a la galería me sobresaltó un relincho cercano. Roberta nos sirvió las copas y siguió

- No sé porqué... Lo único que sé es que cada uno tiene un lugar en el mundo y “La Merceditas” es el mío. Bueno, no te pido que lo entiendas pero no lo juzgues, qué sé yo, hay cosas que no tienen explicación. Y bueno, ese día caminé y caminé por la veinte sin saber adónde iba hasta que un auto me pasó y me cortó el paso. Era Alfredo. Cuando lo vi no sentí ningún resentimiento, me daban ganas de pegarle pero estaba muerta, no podía levantar la mano. El me miraba nada más, pensé que estaba furioso por los bollos del auto pero ¿sabés qué dijo? Si quería casarme con él. Lo miré un buen rato sin reaccionar, le dije que lo repitiera, volvió a decir lo mismo. Empecé a reírme, primero tranqui pero después me agarró un ataque de risa que casi me ahogo, me senté en la tierra y no sé cuánto tiempo estuve riéndome. El se sentó también y me miró callado, esperando mi respuesta. Bueno, al final cuando junté un poco de aire le contesté que sí, que por supuesto me casaría con él porque estaba totalmente loco.

-Tu debilidad.

- Le había reventado el auto y se quería casar conmigo. Genial. Ese tipo me encanta- rió Roberta. -Mientras estábamos sentados en la tierra pasaron dos camiones. Imaginate la escena: auto atravesado con la chapa abollada, dos seres sentados en plena ruta. Del primero nos gritaron “larguen la ginebra, che” y del segundo nos preguntaron si llamaban una ambulancia. Los pobres creyeron que nos habíamos dada la piña. Cuando quedamos solos lo miré un rato para caer que era un ser real y después me puse a llorar como una estúpida. Y bueno, subimos al auto, me trajo a “La Soledad” y acá estamos, a tres días del casorio -dijo feliz.

Durante el relato habíamos caminado hasta el cuarto adonde me alojaría. Nos tiramos en la cama y seguimos la charla.

- ¿Por qué te casás?

- Porque quiero.

- ¿Porque lo querés?

- No te hagas la sorda. Dije porque quiero, no porque lo quiero.

- No soy una extraña para que me contestes idioteces.

- Yo tengo que respetar tus silencios, soportar tus olvidos voluntarios, cuidar lo que digo y lo que no digo para que no te vayas y ¡Tengo que rendirte cuenta de mi vida! -me contestó con furia.

-Perdón... Perdoname, Roberta, no tengo derecho a saber nada. Y no te cuides más conmigo, estoy enfrentando la realidad, quiero hacerme cargo de lo que pasó. Cuando llegué al pueblo te quería matar, no estabas y la historia se me vino encima, casi me vuelvo a Mendoza. Te juro que te odié por eso pero ahora te lo agradezco, por fin me enfrento al gran jurado.

- ¿Al qué?

- Dejá, yo me entiendo. Pero quiero que sepas que se acabó la consentida, cobarde que hay que cuidar. Estás por empezar tu nueva vida y espero que la disfrutes. A partir de hoy no soy más tu lastre, soy tu hermana, no tu hija. Eso sí, tu hermana preferida -dije para distender el momento- no me saques ese título.

Roberta escuchó con los ojos muy abiertos y vidriosos, sacudió la cabeza, se puso de pie y giró disimuladamente para secarse los ojos.

- Bueno, bueno... Vamos a dormir porque son ¡las cinco de la mañana! Mañana te muestro toda la casa.

Roberta se fue a dormir y me dormí con una paz que no había sentido desde mi llegada al pueblo. Siempre ha sido así, Roberta siempre me hace bien.

Mi nuevo día comenzó con la llamada de Roberta para almorzar. Me intrigaba aquella relación de un amor rengo que funcionaba tan bien, a la vista, claro. Almorzamos los tres totalmente cómodos. Me encantó verlos compartir el código, el amor al campo los unía en conversaciones de trabajo que no parecían tales. Eran puro entusiasmo, sus caras iluminadas por una misma pasión: la visita del ingeniero agrónomo, el potrero nueve el elegido para la soja, las vacunas agendadas para el mejor toro, en fin... Yo disfrutaba al verlos a pesar de conocer la verdad. Alfredo interrumpiendo su animada charla con Roberta para no dejarme aparte. Preguntando si mi cuarto me resultaba cómodo o prefería otro.

- Mirá que mañana llegan mis parientes, si querés cambiar, avisame ahora.

- Es perfecto - resumí.

- Son insufribles - resumió lo que yo conocería después. -Paran acá de pijoteros que son, se podrían pagar el mejor hotel. Y encima... Bueno, ya los vas a conocer.

- Acompañame a ver a mis amigas - intervino Roberta. - Muero por verlas. Las extraño

- ¿Adonde? -pregunté

- A la casita de huéspedes. Queda acá nomás.

Estaban las tres en la sala de estar. Dos de ellas jugaban a las cartas y la tercera, junto al aparato de música, gritaba acompañando la voz de la soprano. Una mujer las miraba, vigilante, desde un sillón.

- Por fin llegaste, Laura -dijo Aurelia dirigiéndose a Roberta- esto estaba aburrido sin vos. Siempre supe que te ibas a curar. Mirá, si estás más linda que nunca...

- ¿Cómo andás, Aurelia? -contestó Roberta con naturalidad y besó a las tres mujeres que me miraban con intriga.

Aurelia me observó detenidamente y dijo

- ¿Ana?

- ¿Qué decís, Aurelia? Mamá está muerta, muerta, remuerta y enterrada con trescientas capas de tierra -dijo la más joven enojada.

- ¿Catalina? - pregunté a Roberta con poco aire.

- Sí -dijo Roberta con una sonrisa triste - La hija de Ana.

- ¡Ya está! -gritó Clara, mientras se miraba con preocupación los ojos, en un espejito - ¡Ya se me cayeron!

- ¡Nadie se mueva! -gritó Aurelia zambulléndose bajo la mesa tanteando el piso alrededor de los pies de Clara.

- ¿Qué buscás, Aurelia? -preguntó Clara sin dejar de mirarse al espejo.

- Tus lentes de contacto.

- Pero si no perdí las lentes, mujer... Se me cayeron los párpados de arriba.

¿Ven?

- ¿Y eso te importa?- le preguntó Roberta.

- Depende.

- ¿Depende de qué?

- Depende de mis estados de ánimo -contestó Clara concentrándose en el espejo. -Y mi estado de ánimo depende de mis lecturas. Creo que depende si leí “Confesiones de San Agustín” o la revista “Caras”.

- ¿Y hoy qué leíste? -preguntó Roberta seria mientras yo no sabía cómo aguantar la risa.

- Ese es el problema, no me acuerdo qué leí hoy así que no sé si me deprime o me es indiferente que se me hayan caído los párpados.

Aurelia seguía gritando ¡nadie se mueva! Y tanteando el piso, indiferente a la conversación. Clara siguió

- Pero, ¿saben qué? Creo que estoy feliz. Todos estos años esperando con terror este día y pensaba: el día que se me caigan los párpados me voy a vivir a una isla, me voy a poner una capucha... Pero fijensé que ahora siento alivio, por fin se me cayeron de una buena vez. Era peor el miedo. El miedo es terrible, sí, sí, lo terrible es el miedo. Eso les debe pasar a los suicidas. El pánico a la muerte los corroe mañana, tarde y noche, cada minuto, cada segundo, cada maldito instante de sus vidas hasta que no lo aguantan más y ¡pum! Se matan y acaban con el miedo, se ahorran años de terror. ¿Que los suicidas tienen miedo de vivir? ¡No! Tienen miedo de morir y acaban con eso. Pum. Pum. Pum.

- Cierto, muy cierto. -gritó Catalina aplaudiendo y Clara siguió con su extraña teoría

- Por eso no me importa que se me hayan caído. Hasta me siento feliz, aliviada, era peor el miedo. Es más, a partir de ahora me pueden salir bolsas bajo los ojos, que se me caiga la papada, volverme un pergamino, ya no me importa. Y ahora que me acuerdo hoy leí “Confesiones”. Sí, sí, estoy segura. Roberta, querida, no me compres más la revista “Caras”, por favor.

- Genial, genial -seguía Catalina sin dejar de aplaudir, mientras Clara guardaba el espejito y tomaba los naipes nuevamente.

Aurelia seguía en el piso y Clara dirigiéndonos una sonrisa cómplice le dijo

- Ya encontré la lente, Aurelia. Seguí cantando, nomás.

La enfermera se acercó a Roberta

- Sólo vos, Roberta.

- ¿Cómo anduvieron?

- Bien como siempre. Mejor no se pueden llevar y no me dan ningún trabajo. Si no me necesitás, le avisé a mi marido que volvía hoy. ¿Me podés llevar?

- Te lleva Alfredo, Zulema. Buscá tus cosas y andá al auto que en un rato salen. Alfredo arregla con vos.

- Mejor arreglamos todo junto cuando vuelvas de la luna de miel. Ya el sábado vengo con el bolso.

La enfermera salió. Aurelia se me acercó a tan corta distancia, que sentí algo de miedo.

- ¿No sos Ana? -me preguntó.

- ¡No! -contesté retrocediendo.

- ¿Y a qué plano pertenecés?

- ¿Plano? -pregunté pidiendo ayuda a Roberta con la mirada.

Roberta intentó ayudar

- Aurelia ve a los vivos y a los muertos, pero tiene un problema. Los que están salvados no hay drama porque se le aparecen con un halo luminoso, los condenados arrastrando cadenas, pero los vivos y los del purgatorio se le aparecen sin diferencia, por eso tiene que preguntar.

Mi cara de horror llevó a Roberta a contestar la pregunta por mí

- Ella es Inés Castelli, Aurelia, y está en el plano de los vivos.

- ¿Inés Castelli, como tu hija? ¿Dónde está tu hija, Laura?

No esperó la respuesta, me miró fijamente y dijo

- No te preocupes, Ana, ya vas a subir, te falta muy poco para el halo de luz y vas a estar con Santiago como vos querías. Me lo dijo Justo que viene todos los días. Me contó que allá tienen una casa muy grande donde están todos los Ortiz, que bailan y cantan y que lo único feo es que como comida les reparten una pastillita. Tené paciencia, dentro de poquito le dan el permiso a Justo para buscarte a vos con Santiago.

- Muerta, muerta con todas las muertes -intervino Catalina pero Aurelia ya ocupaba su lugar en la ópera acompañando a la soprano.

Me desplomé en un sillón, con poco aire, y abrí una revista para no oír más desvaríos. Roberta jugó a las cartas con ellas. Al atardecer, las invitó a tomar aire al parque. Al salir de la casita, una mucama inexpresiva preguntó a Roberta el horario de la cena.

- A las nueve, el señor, mi hermana y yo y mis amigas a las ocho como siempre.

Aquel atardecer, inconfundiblemente bonaerense, me embriagó y aspiré hondo al reconocer aquel aroma único de los campos de Chascomús. Las dejé solas, fui a sentarme a la galería y desde allí las observé un largo rato. De tanto en tanto me llegaban sus risas, los gritos de Aurelia que aún sin la música reproducía fragmentos de la ópera. Se echaron sobre el pasto y permanecieron quietas cerca de una hora. Cada una parecía estar en su mundo y a la vez se veían tan unidas por su... Qué difícil encontrar una palabra. Observé un buen rato a Catalina. La última vez que la había visto tenía once años. Ella había integrado la ronda cuya canción me persigue implacable. Había girado aferrada a las manos de "los de adentro", era una de ellos y ahora la veía así, tan afuera de todo y tal vez para siempre, dolorosamente afuera. Finalmente, Roberta las acompañó hasta la casa de huéspedes. Cerré los ojos para disfrutar del frenético trinar de los pájaros que despedían al atardecer. Algo inexplicable me sobresaltó, me incorporé bruscamente y lo vi. Estaba montado a su zaino mirándome fijamente del otro lado del alambrado que delimita el parque. Bajé los escalones rápidamente, él era casi una sombra en la lánguida muerte de la tarde. El

canto de los grillos pareció corporizarse en palabras y sincronizado me decía: “corré, nunca es tarde, hablá con él”. Apuré el paso para alcanzarlo pero, cuando casi llegaba, el resoplido del “Viento Sur” y el ruido de los cascos los esfumó en un galope hasta perderse en la oscuridad. En aquel instante, la noche se cerró. Los ojos me ardían por el esfuerzo de buscar su silueta pero ya no lo veía, había desaparecido.

Después de comer, Alfredo argumentó nuevamente un cansancio inventado para que con Roberta pudiéramos disfrutar el poco tiempo que teníamos. Salimos a la galería e inmediatamente apareció Francisca con copas de cognac y unos bombones.

- Gracias, Francisca – dijo Roberta y Francisca se fue sin hablar.

Roberta se aseguró de que no escuchara

- Es la empleada más vieja de la casa. El hijo es el encargado ahora. Me encanta la vieja, parca como ella sola, casi no me habla pero me atiende todo el tiempo. Nos lleva el desayuno a la cama, cocina mis postres preferidos porque le dice a Alfredo que soy demasiado flaca. Alfredo no puede creer cómo es conmigo porque con todo el mundo es más agria que el diablo.

- Tiene una cara de mala...

- ¡Sí! ¿Viste? Pero le caí en gracia, qué sé yo. Creo que es la única que no le doy alergia porque las mucamas me miran con cara de asesinas encubiertas. Francisca está acá desde antes de que Alfredo se casara con Andrea y nunca la soportó. Me contaron que cuando Andrea se rajó con el arquitecto y nadie se animaba a tocarle el tema a Alfredo, Francisca sin ningún empacho le decía: “esto no es mala suerte, don Alfredo, esto le pasa por poner mal el ojo. Como decía mi finada abuela, agua y ajo, a aguantarse y a joderse”

Roberta terminó la frase con una carcajada

- ¡Ay, che! No seas mala, pobre Alfredo.

- No me río de Alfredo pero la vieja tiene razón. Y ahora me atiende como a una reina, pensará que esta vez Alfredo pone bien el ojo.

- ¿Y no lo hace?

Roberta quedó pensativa, bebió cognac y siguió

-Ayer me hiciste enojar pero ya se me pasó. Tenés todo el derecho de inmiscuirte porque sos la madrina. Ni me engaño sobre este asunto ni pretendo engañarte a vos.

- ¿Elige bien Alfredo?

- Sí, elige bien aunque parezca pedante. Si hay algo que tengo claro, y debe ser lo único, es que no voy a lastimar a un hombre tan inconcebible como éste.

- ¿Te casás con él por “La Merceditas”?

- Sí y no. No es tan simple como todo el mundo cree. No fuimos a Buenos Aires por el vestido, yo ya tenía todas las pruebas hechas, me lo podrían haber mandado. Fuimos por la escritura de “La Merceditas”. Por supuesto no puse un centavo y se escrituró a mi nombre. Alfredo lo hizo para que no sea un bien ganancial y si algún día quiero separarme, “La Merceditas” es sólo mía.

- ¡¿Cómo?! -pregunté horrorizada.

- Pará. Dejame que termine. Cuando estábamos en la escribanía, los hijos de Aurelia se miraban entre ellos con sonrisas cómplices. Los idiotas creen que la escritura es una condición mía para casarme con Alfredo pero por mí que se mueran,

pobres infelices de neuronas y almas achatadas. Cuando le dije que sí a Alfredo, lo hice porque me fascinó su locura en el medio de la ruta. ¡Le había abollado el auto varias veces! En fin, pero tampoco me engaño, sabía que compraba “La Merceditas”, no la quiero perder y ahora es mía.

- ¡Qué horrible, Roberta!

- ¿Horrible? Bueno, tomate un trago de cognac y bajalo. A eso sumale que tiene una pinta que Dios mío, está buenísimo, ¿o no?

Roberta disfrutaba mi cara de perplejidad y siguió divertida

- Dale, dale, tomá más cognac. Nadie aguanta la verdad, che. Bueno después de lo del auto y la ruta me instalé acá y a los pocos días Alfredo me invitó a caminar y me preguntó otra vez si quería casarme y le dije que sí, que ya le había contestado. Le dije toda la verdad como te la estoy diciendo a vos ahora, se quedó callado un rato y me dijo que no necesitaba casarme para tener “La Merceditas” y como quien regala un ramo de rosas me la regaló. Viste que yo no creo en el amor eterno pero me quedé helada al ver como me quiere. ¿Sabés qué hice? Le chanté un beso de voltios poderosos y te aseguro que me encantó. Me preguntó por qué, le contesté que me encantaba como hombre y porque lo admiraba. Me dijo que ya no se engañaba más, que me liberaba de la palabra. Pero viste que yo sé bien lo que quiero y me quiero casar con él. Le dije que sin casamiento no aceptaba “La Merceditas”, que me moría sin ese campo, que si él me quería como decía tenía que darme las dos cosas. Me confesó el miedo a empezar con un amor rengo, me dijo que ya había sufrido demasiado como para soportar otro golpe.

-Tiene razón, Roberta...

- No, no tiene razón. Puedo no quererlo como él pretende pero no soy una traidora y tengo código, jamás le sería infiel. Le dije que mi palabra es sagrada, le jure fidelidad por la Iglesia como él quiere, por el Registro Civil o por el Automóvil Club. Y bueno, como vio que no cedía con el tema de “La Merceditas” sin casorio, aceptó y repitió que al año me daba el divorcio. Ahí se me pelaron los cables. ¿Cómo un tipo tan católico me habla de un matrimonio a plazo fijo?

- No puedo creer, Roberta, para dejarlo al año no te cases...

- Pará. El dijo eso. ¿Yo te dije que lo voy a dejar al año? Yo voy a estar con él mientras esté enamorado de mí. No lo voy a dejar mientras me quiera y eso lo tengo claro.

- ¿Cómo pensás que un hombre así te va a dejar de querer?

- Está bien, es un marciano, me atiende como una reina, me regala un campo que no es chiste, pero no deliremos, bajemos al mundo real, ¿qué pasaría si su reina un día amanece con parálisis facial, hemipléjica, pelada, por un puto aneurisma? La fórmula tendría que ser: y prometo serle fiel, bla, bla, bla, hasta que un aneurisma nos separe.

El rostro perfecto de Roberta se contrajo en un rictus amargo, me estremeció el pensar que podía tener razón, pero la contradije sin estar convencida

- No todos los hombres tienen que ser como papá.

- Vamos, Inés, a papá le tocó en la ruleta rusa y pasó a ser el malo de la película. ¿Qué creés que habría hecho mamá si lo mismo le pasaba a papá?

- ¡Mamá lo adoraba! -me enojé.

- ¿Cómo sabés? No idealices a la gente, nadie sabe nada de nadie. Nadie sabe de qué madera tiene el alma hasta que se la prueban.

- Sos una incoherente. Acabás de decir que vas a seguir con Alfredo mientras él te quiera y por otro lado planteás la posibilidad de que cualquiera puede hacer una bajeza como la de papá.

- Vos y yo somos distintas, no funcionamos como el común de la gente. No te olvides de que somos socias pioneras del club de “los de afuera”-dijo riendo e intentó cambiar de tema pero no se lo permití

- Sabés que no es así. Alejo y vos salieron de la ronda para ampararme a mí. Vos eras idolatrada por “los de adentro” aunque luchabas a brazo partido para salir con tu eterno amor a los marginados. Yo moría por entrar a la ronda y a todos los círculos que se me cerraban. Además, mi mezquindad quedó a la vista con lo de mamá.

- Inés -dijo Roberta enojada, poniéndose de pie bruscamente - me dijiste que este viaje te había hecho...

- Ver las cosas como son.

Roberta sirvió más cognac y comenzó a caminar en círculos.

- No puedo creer lo que oigo- dijo enojada.

- Mirá Roberta, no voy a escapar más del tema pero te pido que lo dejemos en suspenso hasta que encuentre la pieza del rompecabezas que me falta para cerrar la historia del suicidio de mamá.

- Preguntame lo que quieras, Inés, lo que quieras.

- Gracias, pero lo tengo que hacer sola. Pero necesito un favor.

-Lo que sea.

- Quiero que mañana me lleves a “La Merceditas” y me dejes sola un rato. ¿Hay alguien ahí?

- El nuevo encargado y la mujer. Viven en la casa del fondo y bueno, están los albañiles arreglando el casco.

- ¿Qué le cambiaron?

- Cambiar casi nada. Se agregó un baño, se amplió el living, lo demás lo están mejorando, nomás, cambio de pisos, revoques y pintura adentro y afuera.

- ¿Y el cuarto donde vivió mamá?

- Todavía no empezaron con los cuartos. Pero, Inés, no te va a hacer bien, Aurelia dejó todo como estaba, están todas las cosas de mamá... ¿Para qué querés torturarte?

- No soy masoquista pero necesito estar un rato en ese cuarto y ya no seas mi madre, necesito que me lleves.

- ¿Estás segura de lo que hacés? ¿No estarás pensando una idiotez, vos?

- ¿Me creés capaz de arruinar el casamiento?

- Me arruinarías la vida.

Roberta se sentó nuevamente, meditó unos instantes, preocupada.

- Está bien. Cuando vamos al Civil con Alfredo te llevamos y a la vuelta te buscamos.

- Ay, cierto, el civil...

- No hay drama, Alfredo no quiere que vaya nadie, sólo los testigos. Dice que es un trámite burocrático.

- ¿Qué dice Alejo del casamiento?

- Todo bien. A pesar de ese autismo voluntario que tiene, me conoce mucho más que todos los que opinan que me caso por la guita. Sabe que soy su amiga para siempre.

- Tiene razón, vos no lo traicionaste.

- Vos tampoco, no dramatices. A vos también te quiere y por cómo te miró cuando llegaste, no te quiere como a mí.

- No. Esa no era mirada de ningún amor. Era el rencor más concentrado que haya sentido en mi vida. Contame de él.

- No hay mucho más de lo que te dije. No sale del campo...

- ¿Nunca?

- Nunca. Se lleva bárbaro con Alfredo, trabaja con él, están todo el día, juntos, pero jamás come con nosotros. Come con Francisca, creo que la adoptó como madre. Tiene el cuarto en la planta alta, cerca del tuyo así que guarda, eh?

Terminó la frase con una carcajada que me contagió y que compartimos hasta que, agotadas, nos sumergimos en el silencio de la noche y dormitándonos hasta las primeras luces del día. La casa comenzó sus ruidos de vajillas y aspiradoras. Alfredo no pareció sorprendido de vernos cuando salió a la galería vestido de bombachas y alpargatas con el jarro de café en la mano.

- Linda mañana – dijo mirando despuntar el sol y se fue a trabajar. Nosotras nos fuimos a dormir

Roberta demoró treinta minutos exactos en bañarse, lavarse el pelo, enfundarse en un vestido color lavanda y salir al parque a secarse el pelo al sol. Eso fue todo lo que hizo para la ceremonia del civil y doy fe de que no necesitaba, y nunca ha necesitado, ni medio segundo más para estar espléndida. La miré divertida mientras ella movía negligentemente las manos en su pelo. Roberta no se maquilla porque no le hace falta, se lava la cara, se viste y sale, así sin más. La envidio por eso y cuando se lo digo me mira extrañada, no tiene conciencia de su privilegio, es más, creo que lo detesta. Muchas veces me ha comentado que en Buenos Aires le gusta seguir a parejas desparejas. Un tipo joven de esos que cortan la respiración llevando del brazo a una gordita intrascendente o a la inversa, una mujer espectacular junto a un flacucho desgarrado subiendo a un renault 12. Dice que los sigue disimuladamente y piensa en lo felices que se sentirán la gordita y el flacucho al saber que son amados más allá de su celulitis y cráteres faciales. Roberta no está igual a mamá como afirman todos. Las comparan por su inmensurable belleza pero algo demasiado hondo las separa. Mi madre estaba enamorada de su belleza, amaba los espejos y lo pagó muy caro. Roberta reniega de su aura dorada pero no puede evitarla.

Me acerqué a ella, elogí su vestido, me contestó que lo había elegido Alfredo porque a ella la malhumoraba el tema de la ropa. Me fastidió su displicencia por algo, que en definitiva, debería estar agradecida.

- ¿Sabés la cantidad de horas que usan la mayoría de las mujeres para no ser ni tu sombra? Antes de casarse van al estilista, a la manicura, pedicura, depiladora, maquilladora... Vos estabas hasta hace un rato de jean y zapatillas y ya estás lista para el civil. Me miró de reojo, frunció el ceño y dijo

- ¿A qué viene el discurso? ¿Les debo algo a todas ellas?

- Sí. Les debés al menos estar feliz con tu privilegio y elegirte el bendito vestido que usás para el civil.

- No veo porqué -contestó indiferente y agregó - La trasnochada te puso de malhumor parece.

- Puede ser -contesté y me fui fastidiada al auto.

Roberta tiene lo que anhelé toda mi infancia: aplomo y seguridad. Si me hubiera tocado en suerte su nombre, lo habría dicho bajito, me habría inventando un sobrenombre, pero ella lo lleva con un orgullo tal, que sus amigas recriminaban a sus padres el que no se les hubiese ocurrido un nombre tan fuerte para ellas.

Yo no soportaba la mirada de la gente, y si me miraban, automáticamente pensaba que tenía el ruedo descosido, los zapatos sin lustrar o la cara mal lavada. Siempre adoptando una actitud de “disculpen, ya me voy”, y me ponía tan nerviosa ante las miradas que caminaba como un robot. Roberta camina con el mentón alto y la actitud no premeditada, ni siquiera soberbia, pero definitivamente de “acá vengo yo”. En una fiesta escolar, creo que yo estaba en quinto grado y Roberta en sexto, el patio estaba lleno de chicos y padres, se habían organizado varios juegos y Roberta me llevaba de la mano a todos para que yo pudiera participar, ella era mi pasaporte oficial. De repente, una mujer mayor, supongo que abuela de algún alumno, seguramente

captando el contraste de luz y sombra entre mi hermana y yo, o mi gesto de resignación, con toda amabilidad se acercó a mí, me acarició el pelo y dijo sonriendo

- La suerte de la fea la bonita la desea.

Roberta alcanzó a oírla y por un momento pensé que le pegaría. Se plantó frente a ella y con toda la furia le gritó

- Eso vaya a decírselo a las feas.

Me tomó del brazo y prácticamente flameé a su lado hasta el lado opuesto del patio. Me desconcertó su reacción y dije

- Sólo quiso ser buena conmigo.

- Y yo quise ser mala -contestó sin inmutarse

Con Roberta peleábamos con la misma vehemencia, cada una por lo contrario. Ella por salir del engranaje social que la aburría y yo por entrar a él, pero ambas seguíamos indefectiblemente en nuestros puestos. Tal vez esa lucha invisible nos unió especialmente y esa sea la razón por la que nos queremos tanto. Las cosas han cambiado para mí, no para ella. Cuando mamá murió y dejé de interesarme por las personas, por las de adentro y por las de afuera, las puertas mágicas se me abrieron y me transformé de sapo a ser humano visible y ahora, después de estos años, pienso que no estoy segura de cuál es el lugar que realmente quiero ocupar. La duda ha sido y es mi estigma, pero no la duda del sabio que todo cuestiona para buscar la verdad. Dudo tanto de lo trascendente como del gusto del helado que quiero comer y cuando por fin me decido por el de limón y dulce de leche me arrepiento de no haber elegido el de banana y chocolate. Si compro un vestido azul, me insulto a los cinco minutos por no haber elegido el negro, vuelvo al negocio boleta en mano para remendar mi error e inmediatamente vuelve la incertidumbre al enfrentar a la vendedora y pienso: “pero el azul me queda mejor que el negro”. Y así sigue mi paranoia: el azul, el negro, el negro, el azul, hasta que decido no innovar y quedarme con el que había comprado pero sin dejar de pensar, cada vez que me lo pongo, que el negro habría estado mejor.

Y Roberta subió al auto con Alfredo, enfundada en su vestido color lavanda que no le había interesado elegir y que le quedaba espectacular. Me sentí un asco por lo que le había dicho porque era una suerte que no le importara, y para disculparme le di un beso y le dije que estaba divina.

- Gracias- contestó abrazándome y no me agradecía el elogio, me agradecía mi cambio de humor.

Entrar a “La Merceditas” fue duro pero no como había imaginado. Tanto había temido aquel momento, tanto lo había vivido en mis pesadillas, que resultó, al fin, amortiguado. Acordamos en que me buscarían dos horas después y partieron a cumplir su “simple trámite burocrático”

El polvillo de obra, suspendido en el aire, activó mi alergia y recorrí, entre estornudos, los lugares en donde trabajaban los albañiles. Me sorprendió encontrar una casa grande pero normal, la recordaba como un castillo. Al entrar a la cocina, pregunté a un albañil si habían achicado el ambiente pero me contestó que lo habían ampliado un poco.

Sentí una extraña frialdad al entrar al cuarto de mamá, abrí las cortinas y cerré la puerta. Me molestó el olor a humedad y otra ola de estornudos me sacudió. Miré los muebles uno a uno y me pareció nuevamente que todo estaba reducido. Me recosté en la cama, aspiré hondo y mirando al techo dije: “Bien, acá estoy y no siento nada. No multiplico y no siento nada”. Quedé inmóvil buscando alguna emoción, algún estremecimiento... Nada. Fui hasta el ropero y forcejeé la puerta que, hinchada por la humedad, se resistía. Finalmente lo abrí y vi su ropa, sus perfumes y cajas de fotos en un estante. Toda mi madre allí, en un mueble. Hojeé los álbumes en los que mamá brillaba en sus reinados, los álbumes de fotos familiares, abrazada con mi padre en la luna de miel, nuestras fotos de bebés, fotos escolares. Siempre mamá, papá y nosotras cuatro, Javier jamás. Ni una sola foto de Javier bebé. Parecía que con su nacimiento acababa una historia, la historia de la belleza, de la risa... Y nadie quiere fotografiar el llanto. Revisé todos los rincones pero no encontré una sola foto de mamá después del último parto. Buscándola, descubrí una carpeta en cuya portada se leía: “LAURA ORTIZ. HISTORIA CLINICA” Detallaba, fríamente, la enfermedad de mamá después del parto: fechas, horas, palabras ininteligibles garabateadas al mejor estilo médico. Pasé tres hojas hasta encontrar una carta dirigida a mi abuelo

SANATORIO DEL SOL

Señor Justo Ortiz:

Respondiendo a su pedido de ser informado por escrito, en forma clara y concisa, de las causas y secuelas de la enfermedad de su hija, le envío esta síntesis en la que intentaré ser claro y explícito.

1) Como médico obstetra advertí, a su hija Laura y a Roberto Castelli, de los riesgos que implicarían un nuevo embarazo luego de un cuadro hipertenso en el nacimiento de su cuarta hija.

2) Durante el quinto embarazo fue severamente controlada y medicada para evitar consecuencias previsibles. Le indiqué régimen alimenticio y decidí practicarle una cesárea programada. Informé a su hija y al marido quienes mostraron su desacuerdo pero les comuniqué que sólo les estaba informando mi

decisión y que no se trataba de una consulta. La intervención se llevaría a cabo quince días antes de la fecha probable de parto.

3) Ocho días antes de la fecha prevista para la cirugía, Laura Ortiz llegó al sanatorio con trabajo de parto, con dilatación casi total, contracciones de expulsión que imposibilitaron la intervención quirúrgica. Fue trasladada de urgencia a la sala de partos en donde los síntomas de hipertensión se manifestaron minutos antes del nacimiento de su hijo. Se quejó de una jaqueca insoportable, padeció un severo cuadro de vómitos que impidió su colaboración en el parto por lo que debí realizar forceps. Minutos después del nacimiento de su hijo, Laura Ortiz entró en estado inconsciente. Se la trasladó con urgencia al quirófano en donde el jefe de neurología llevó a cabo la primera intervención por lo que debería ser él mismo quien siguiera con este informe, pero dado que en su pedido usted insiste en no querer términos médicos engorrosos o complejos y, considerando mi relación con su familia durante tantos años, continuaré con esta síntesis.

4) El cuadro con el que se encontró el Dr Pérez Tornes fue el siguiente: rotura de aneurismas, produciéndose la hemorragia en el hemisferio dominante del cerebro. De haberse producido en el hemisferio izquierdo las secuelas habrían sido menores pero, lamentablemente, no fue el caso de su hija.

5) El cuadro de Laura Ortiz es irreversible. Las secuelas son las siguientes: a) zona del habla, seriamente afectada, b) hemiplejia facio braquio crural.

6) Tanto el Doctor Perez Tornes como yo, no podemos hacer nada más por ella. Deberá comenzar lo antes posible la etapa de rehabilitación indispensable que permitirá la reinserción de su hija en la sociedad, como discapacitada. Para ello, el jefe de neurología recomienda que una vez repuesta, Laura, de esta segunda cirugía, se la traslade a Buenos Aires el tiempo que sea necesario. La rehabilitación apunta a reeducar el habla y, mediante ejercicios diarios y estrictos, que recupere cierta movilidad para que pueda desplazarse por sus propios medios aunque no caminará normalmente. La perspectiva de su curación total es nula por lo que sugiero apoyo psicológico profesional.

7) Señor Ortiz, deseo haber sido claro y lamento la crudeza de este informe pero usted pidió la verdad y es ésta. Como médico intento no involucrarme en el dolor de cada paciente pero no lo he logrado en el caso de su hija. Si bien tengo la conciencia tranquila de haber advertido tanto a Laura como al marido de los riesgos de un quinto embarazo, ayer, luego de la segunda intervención quirúrgica del Dr Pérez Tornes, sentí el mismo dolor de todos los habitantes del pueblo que rezaron durante horas en la puerta del sanatorio. Por último, quiero agregar algo sobre lo que le pido extrema reserva. Los partos anteriores de Laura se desarrollaron con un trabajo de largas horas, debiendo ayudarse los mismos con goteo ya que su dilatación era escasa. Por esto resulta sumamente extraño que, en éste último, haya llegado al sanatorio a punto de expulsar el bebé. Personalmente creo que Laura, antes de llegar al sanatorio, sobrellevó un largo trabajo de parto. Roberto Castelli no estaba de acuerdo con la práctica de una cesárea programada y ésta no pudo realizarse por la inminencia del nacimiento. En fin, sé que es grave lo que sugiero y no creo que necesite usted más explicaciones, es un hombre inteligente. Si planteo esto no es para generar rencores familiares sino porque dada la ayuda psicológica que requerirá su hija en la etapa de rehabilitación, es crucial que quien la acompañe comprenda al desgaste

psíquico que se expone y tendrá que mostrar una gran responsabilidad y un amor muy grande, por sobre todas las cosas. Personalmente creo que usted es la persona indicada para acompañarla en su rehabilitación. Espero humildemente haber sido claro y lamento profundamente no encontrar palabras de alivio.

Afectuosamente

Dr Alejandro Galdos
MEDICO OBSTETRA

La extraña calma que me había acompañado en los primeros momentos, la frialdad con la que había leído el informe del médico, se quebró drásticamente en el párrafo en donde perdía el tono profesional para dirigirse a mi abuelo como hombre. Los renglones comenzaron a saltar, mis manos temblaban empapadas resbalando por las tapas de la carpeta. Mis piernas se quebraron en las rodillas y cuando estaba a punto de caer, la bocina de un auto me sobresaltó, la carpeta cayó al suelo y, tropezando, llegué a la puerta. Papá nos buscaba para ir a casa, escaparíamos, cómplices, del monstruo que habitaba “La Merceditas” y que afirmaba ser mi madre. Nos buscaba para escapar otra vez como tantas otras. Abrí la puerta con violencia y allí estaba él, sonriente y despreocupado. Mi primer golpe le llegó a la cara, trastabilló y se la cubrió con las manos, lo pateé y con los puños cerrados alcanzaba a golpear sus brazos que intentaban sujetar los míos. El retrocedía gritando “Roberta”. Roberta llegó hasta nosotros corriendo. Su ropa debía ser un jean y una blusa blanca con un volado en el cuello, su vestido color lavanda me desorientó. Logró aferrarme las manos ante mi desconcierto y gritaba “basta, Inés, basta”. Su voz era distinta, la miraba atontada, busqué a mi padre y no lo encontré.

Alfredo Iturrez, contra la pared del pasillo se acomodaba la ropa y el pelo revueltos por mi ataque sorpresivo mientras Roberta me tranquilizaba repitiéndome que estaba conmigo, que nada malo pasaba. Me llevaron hasta la cama, me temblaba todo el cuerpo, traspiraba y a la vez sentía frío, tenía el pelo y la cara totalmente mojados. Roberta me cubrió con una manta mientras Alfredo me alcanzaba un vaso de agua que yo no lograba llevarme a la boca. Derramé casi todo hasta que mi hermana lo sostuvo por mí y me dio de beber de a sorbos pequeños. Secó mi cara y se recostó a mi lado en silencio. Las cosas se ordenaron lentamente, vi a Alfredo recogiendo del suelo la carpeta, recordé la carta de Galdós, aquel último párrafo... Quise pedirle perdón por los golpes pero cuando quise hablar emití casi un aullido y luego el llanto convulsivo que me avergonzó y me liberó, a la vez, de doce años de llevarlo atravesado en la garganta y en el alma, encarcelado por cuentas de multiplicar que me llevaban a un plano gélido y controlado. Lloré y lloré por lo que no había llorado por todos aquellos años. Alfredo salió de la habitación en silencio. Roberta me acariciaba el pelo hasta que el llanto fue cediendo a una cadena de suspiros.

- ¿Querés hablar de lo que pasó?

- Pasó que hice un papelón mayúsculo con Alfredo. ¡Dios! Debe pensar que se agrega una más a tu manicomio -contesté con la voz entrecortada y entre hipos.

- No pienses en eso ahora. Decíme qué te puso tan mal.

- Abuela dice que hay algo crucial que no recuerdo de mi cumpleaños, que no entiende porqué freno las imágenes y salteo un pedazo. Vine a buscar eso, me

sorprendió al entrar al cuarto no sentir nada, pensé que Clara tenía razón cuando decía que es peor el miedo a algo que ese algo en sí. Me sentí fuerte, segura, abrí el ropero de mamá, vi su ropa, sus libros con un aplomo increíble, encontré una carpeta con la historia clínica y al final había una carta del médico que...

- La conozco.

- Todo mi aplomo se esfumó cuando llegué al último párrafo y de golpe sonó la bocina de un auto y...

- ¿Y qué? me apuró

- ¡Qué vergüenza! Lo agarré a trompadas, pobre Alfredo...

- No pienses en eso ahora. ¿Qué pensaste?

- Dios, estoy loca, tuve un lapsus, no sé, sentí que venía papá a buscarnos para ir al pueblo...

- ¿Encontraste lo que viniste a buscar?

- No.

- ¿Qué te acordás de ese día?

- Los invitados que no llegaban, mamá consolándome y yo queriendo morirme por la culpa de haber roto las tarjetas. Me acuerdo de todos los adornos para la fiesta, los globos y guirnaldas en las cenefas de la galería, todo para nada. Mamá justificando lo injustificable hasta que se fue a dormir. Me fui al galpón y las miraba jugar a las cartas y ninguna me buscaba porque estaban enojadas conmigo, sospecharon lo de las tarjetas...

Tragué saliva y tomé aire

- Inés, éramos todas chicas y eso era...

- Dejame terminar. No estoy pasando factura, estoy tratando de acordarme de todo. Pasé toda la tarde rezando para que Dios mandara un rayo que me partiera al medio, después oí la bocina del auto de papá, me acuerdo que corrí desesperada al auto sin despedirme de mamá, desesperada por volver a casa y olvidarme de ese maldito día y...

- Vos no fuiste al auto. Fuimos corriendo Consuelo, Belén y yo.

- Subí al auto y...

Roberta se puso de pie con evidente enojo

- ¡Te digo que no fuiste al auto, Inés! ¿No me oís? Corriste al cuarto de mamá y después fue papá a saludarla. Muy considerado él -agregó con sarcasmo- Le dijiste a mamá que...

- ¡Basta! -la detuve. No me acuerdo nada de eso, sólo del auto y no quiero que me cuentes nada porque no tendría validez.

- ¿Quién te dijo eso?

- Prefiero no decirlo. Además serías capaz de inventar cualquier cosa para aliviarme.

- Te juro que en esto no, sé todo lo que pasó, Aurelia estaba ahí...

- Basta Roberta.

- Está bien. Lavate la cara y vamos a "La Soledad".

- Ya estoy tranquila y prefiero pasar la noche acá,

- ¿Vos sos loca? ¿Te creés que te voy a dejar sola?

- Dijiste que están el encargado y la mujer.

- ¡Sí, en la casa del fondo!

- Necesito quedarme, Roberta, necesito encontrar ese pedazo de historia, no te enojés.

- Listo, pero me quedo con vos.

- ¡No! Alfredo me va a odiar. Te casás pasado mañana y tendrán que organizar...

- ¿Me viste cara de preparar casorios? ¡Por favor! Alfredo quiere la fiesta a lo grande, yo quería algo íntimo así que él se encarga de todo. No tengo idea a quién contrató para el servicio, ni para la música o flores. Nada de nada. Yo me meto en el vestido quince minutos antes y me caso. Ese es todo mi trabajo. Pará que le aviso a Alfredo que nos quedamos y que nos busque mañana.

- No, Roberta -alcancé a protestar.

- Sin chistar -sentenció.

“San Alfredo Iturrez” partió a “La Soledad” para regresar una hora y media después con comida, vino, un revólver 38 y una botella de cognac y se despidió prometiendo buscarnos al día siguiente. Oscurecía y me estremecí al oír el auto de Alfredo alejarse y como siempre Roberta me adivinó

- Con Justiniano estamos seguras- empezó acariciando la empuñadura del treinta y ocho.

- No lo toques- alcancé a decir con voz débil.

- Mirá –dijo como si no me hubiese oído- acá vivíamos Aurelia, Clara, Catalina y yo, puras mujeres y un día Alfredo, buen vecino nada más en ese entonces, me lo regaló.

- ¿Lo sabés usar? – pregunté más atemorizada por el arma que por los peligros externos.

- Claro, vamos afuera que te muestro.

- No, gracias, te creo.

Roberta buscó vajilla en el comedor. Al quedar sola miré hacia la cómoda para familiarizarme con Justiniano pero comprobé que mi desconfiada hermana lo había llevado con ella. Sonreí al comprobar que no la había convencido mi recuperación.

Comimos sentadas a lo indio, sobre la alfombra. Había refrescado y nos cubrimos la espalda con una manta. Durante el postre Roberta me contó sobre su preocupación inicial al pensar que los hijos de Aurelia no aceptarían sacarla del geriátrico. Que siendo conciente de su carácter lo había mandado a Alfredo de mediador, de su sorpresa al ver entrar el auto de Alfredo trayendo a Aurelia a “La Soledad”. Que fue muy fácil la negociación, los miserables se habían mostrado encantados con la idea. Roberta entre risas siguió

-Siempre me consideré cero ingenua pero con esto me saqué el premio de oro. Yo que creía que iba a ser de lo más complicado porque los imbéciles no me pueden ver y resulta que se les vino todo el cariño encima. Que su madre sería más que feliz conmigo, que me adoraba, que no estaría mejor en ningún otro lado...

- ¿Y qué les agarró? –pregunté desconcertada.

- ¡Les agarró que se ahorran la cuota del psiquiátrico!- rió con rabia y cambió el gesto para decir

-Pobre Aurelia, no sabés la cara que puso cuando me vio. Pasó días prendida a mi brazo, tenía pánico de que la volvieran a llevar.

- ¿Y hoy quién las cuida?

- No hay drama, están un poco idas pero nos son retrasadas. Además no tienen que cocinar ni limpiar. Ellas hacen su vida y no joden a nadie. Cuando voy a Baires dejo a la enfermera por si las moscas pero no son peligrosas, además se adoran y... De eso quería hablarte, Inés -dijo Roberta mientras nos servía abundante cognac- Me gustaría que te quedes con ellas mientras yo esté de viaje de bodas, me iría más tranquila.

- No te enojés, pero después del casorio me vuelvo a Mendoza. Vos no vas a estar y extraño como loca a Marta y Sebastián. Además, me dijiste que la enfermera se queda con ellas.

- Obvio que se queda Zulema, son muchos días. Es muy buena pero es sólo eso, una buena enfermera. ¿Viste cuando entramos el otro día? Las vigila, no las entiende, las ve como a unas pobres locas y...

- ¿Y qué son, Roberta? Además, ¿qué te hace pensar que yo las entiendo? Te digo que hasta me dan un poco de miedo.

- ¿Qué son? ¿Vos también con la manía de las definiciones?

- ¿Quién más?

- Todos. La manía de las palabras que encierran lo inabarcable. Locas. Listo. Ya están catalogadas y todos contentos, las envolvimos en un prolijo paquete con rótulo que nos tranquiliza porque lo concreto es perfecto, nada más concreto que la palabra concisa, determinante e inofensiva ¿no? La palabra es lo menos inofensivo en este mundo. Si en este momento entrara un chorro, yo le rajaría la cabeza de un balazo y para todos sería una bestia desalmada pero te puedo asegurar que mi bala sería nada comparada a los millones de palabras despectivas, insultantes, humillantes y corrosivas que habrían llevado al pobre infeliz a ser un delincuente. Y mis amigas son locas y todos contentos.

- Me parece que el cognac nos está pegando...

- No demasiado -dijo Roberto y sirvió nuevamente.

- Está bien, no son locas. ¿Qué son?

- No todo se encierra tan fácil. Las tres son diferentes, únicas y ¿qué ganás con clasificarlas? Igual probemos, a ver... Paranoia, esquizofrenia, locura mística, ayudame si querés -ironizó y ya a las dos nos patinaba la lengua.

- Está bien, soy tonta y necesito de las palabras, me dan seguridad.

- No importa lo que son, es sólo que están en un lugar distinto, están afuera, Inés. Definitivamente afuera y tienen derecho a estar adonde quieran sin que nadie las ofenda o las mire raro. Están afuera de un sistema que veo cada vez más asqueroso. Vos sabés algo de eso -dijo y mirándome fijamente empezó a recitar

VEN A LA RONDA
RUEDA QUE RUEDA
NO TE DISTRAIGAS
QUE PUEDES SALIR
Y SI TE SALES
QUEDAS AFUERA
Y RUEDA QUE RUEDA
NO PUEDES VOLVER...

- ¡Basta! - interrumpí con enojo- ¿Cómo podés acordarte la letra?

- ¿Vos la olvidaste?

- ¡No! -grité.

- Es asquerosamente inolvidable y con eso contesto a tu duda de si las entenderías.

- Catalina estaba en la ronda.

- Yo también.

- Vos querías salir.

- Y a ella la vida la sacó de una trompada. La madre se mató ese día.

- Y la nuestra.

- Qué familia ¿no? -bebió un gran trago de cognac- Pero es la nuestra.

La suma del vino y el cognac me confundían y sentía ganas de llorar. Roberta alzó la copa para brindar

- Por los de afuera.

- Por los de afuera- dije y chocamos las copas.

Desperté a las cinco y media con una jaqueca y un frío insoportables. Nos habíamos quedado dormidas sobre la alfombra, una de las copas se había derramado y las bandejas con restos de comida nos cercaban. Envuelta en la manta salí a la galería a rastrear mi bolso en desesperada búsqueda de aspirinas que me salvarían del dolor lacerante. La noche estaba cerrada todavía pero los gallos habían empezado sus cantos que, amplificadas por mi resaca, me resultaron atronadores. ¿“Quién dijo que hay silencio en el puto campo”? grité a la nada mientras mi pie se enterraba en una pila de arena. Retrocedí, pisé la punta de una pala asesina que automáticamente subió su mango hasta darme un golpe en la cola. Decreté que la galería no era transitable, era como sortear una carrera de obstáculos plagada de escombros, tarros de pintura, arena y palas que me azotarían a cada paso. Desistí de la aspirina y caminé hacia el jardín al que llegaba algo de luz de luna ya agonizante. Me senté en el pasto y esperé el amanecer con la mente en blanco, sin Mendoza, sin Chascomús, sin hermanas, ni tíos, sin pasado, dejándome llenar por el estruendoso y lento amanecer de septiembre, con trinos ensordecedores que se cruzaban de árbol a árbol en un sinfín de preguntas y respuestas. La figura de Roberta apareció fantasmagórica a mi lado. Llevaba un camisón blanco, largo, su pelo revuelto y, tocándose la cabeza, cortó su imagen de aparición diciendo

- Se me parte la cabeza.
- Idem -contesté para ahorrar serruchos en mi cerebro.
- Tengo aspirinas en algún lado.
- Yo también.
- Yo no las busco.
- Yo tampoco.

Nos echamos sobre el pasto boca arriba y permanecimos un largo rato en silencio. El sol se levantaba y cada milímetro de su ascensión era festejado por un jubiloso trinar que nos taladraba la cabeza. Quería decirle a Roberta que era mejor entrar pero mi lengua parecía haber engordado, apenas lograba moverse en mi boca. Finalmente, fue ella la que logró hablar.

- Tenemos que ir a cambiarnos. Va a llegar Alfredo.
- O los albañiles- agregué.
- Cierto -dijo Roberta pero no nos movimos.
- ¿Ves lo que yo veo? -pregunté con la esperanza de estar alucinando.
- Espero que no -contestó mientras veíamos acercarse el auto de Consuelo al parque.
- Vamos a cambiarnos rápido.
- Dale - contestó pero nos habían crecido raíces y no nos movimos.

Se acercaba sonriente y contenta por encontrarnos allí pero la sonrisa se le esfumó cuando nos alcanzó.

- ¡¿Qué les pasó!?! -preguntó horrorizada.
- Nada, estamos mirando los pajaritos -contestó Roberta displicente sin lograr que su lengua actuara con normalidad.
- ¡¿Inés?! - me gritó con voz de directora de escuela primaria.

No pude contener una carcajada de alumna en la edad del pavo pero al segundo la detuvo un grito de dolor y me agarré la cabeza con las dos manos.

- ¡Están borrachas! -gritó y a esa altura ya había alcanzado el rango de inspectora de escuelas.

- No -contestó Roberta- es resaca nada más y no grites, energúmena, que se nos parte la puta cabeza.

- Sos una inconsciente -dijo Consuelo furiosa.

- Mirá qué novedad.

- Voy a preparar café, vayan a lavarse la cara, se dan una ducha...

- Ni una cosa ni la otra. Está todo cortado, estamos en obra, my dear.

- Muy graciosa -dijo Consuelo - ¿Está el encargado?

- Supongo -contestó Roberta cada vez más malhumorada.

- ¿Cómo se llama la mujer?

- Mirta... No, no, Mirta era la otra, Josefa o Alicia, qué sé yo, mirá lo que preguntás, son nuevos, no me acuerdo.

Con Roberta sonreímos al mirarla correr a la casa del encargado. Evitábamos la risa por la jaqueca. Al rato apareció con una bandeja y entró presurosa al cuarto de mamá; se oían sus gritos de horror: “¡Qué es esto!” “¡Qué asco, Dios mío!” Roberta y yo la observamos con gesto idiota mientras corría con bandejas a la cocina. Cuando llegó a nosotras, ya era Ministra de educación, nos tomó del brazo y caminamos por reflejo motriz hasta el cuarto. Consuelo cerró la puerta, señaló una bandeja y gritó

- Se tragan todo el café y comen pan ya.

- Está bien, mami. -contestó Roberta, burlona.

- No te hagas la tonta, Roberta, ¿qué tenés en la cabeza? ¡Te casás mañana!

- ¿Qué yo me caso mañana? ¡Qué pavada, mi amiga! -contestó Roberta haciéndose la borracha y al instante, poniéndose seria agregó: -Dejate de gritar, Consuelo, me duele la cabeza.

Consuelo tomó su cartera y sacó, como un mago de la galera, una tira de calmantes y nos entregó dos a cada una. Tenían un gusto asqueroso pero los masticamos desesperadas ayudándonos con el café.

-La mujer perfecta -dijo Roberta- si nos hubiese encontrado vomitando habría sacado una caja de digestivos.

Consuelo no dio acuse de recibe al comentario, estaba evidentemente acostumbrada a los sarcasmos de Roberta. Levantó la botella de cognac del suelo

- ¿Se tomaron media botella?

- Puede ser, no sé si Alfredo la trajo llena.

- La trajo llena -aclaré.

- Más una botella de vino -agregó Roberta con fingido gesto de consternación que sacó de quicio a mi hermana mayor.

- Quiero que vuelvas a casa, Inés, me siento responsable por lo que...

A partir de esa frase, me invadió un cono de silencio. Consuelo seguía hablando y gesticulando mientras Roberta sonreía. Consuelo caminó hasta la ventana, seguía hablando, yo sólo observaba su contorno y en mi cabeza sólo retumbaba aquella frase: “quiero que vuelvas a casa, quiero que vuelvas a casa”

- Por favor no se muevan - pedí- por favor Consuelo no vayas a moverte de la ventana, te juro que no es por borracha, te lo juro, es importante que no te muevas.

- Inés... comenzó a decir Consuelo asustada pero Roberta la interrumpió con su habitual delicadeza

- Cerrá la boca por un segundo en tu vida y hacé lo que te dice.

Salí de la habitación y corrí hasta el galpón que me había servido de escondite en mi décimo cumpleaños. Desde allí observé la casa como lo había hecho aquel día. “Suenan las bocinas, llega papá a buscarnos” comencé a pensar en voz alta mientras salía del galpón. “Corro al auto de papá” dije no muy convencida y me detuve en el parque. Me estremecí al recordar otra imagen y seguí: “No corro al auto de papá, voy a saludar a mamá”. Caminé lentamente hacia el cuarto y entré con la respiración entrecortada. Consuelo me miraba horrorizada mientras yo seguía hablando en voz alta: “vengo a saludar a mamá que está junto a la ventana, está Aurelia, entra papá... Ella hace un esfuerzo para sonreír con esa mueca que tenía, empiezo a llorar y le pido perdón mientras la abrazo”

Consuelo miraba a Roberta con reproche creyendo que mis palabras eran fruto de la borrachera. Ninguna de las dos se movía y, finalmente, sentí que levitaba al decir “quiero que vuelvas a casa, mamá, quiero que vuelvas a casa, mamá”

El silencio denso que siguió a mis palabras lo cortó Roberta

- ¡Sí, se lo dijiste vos, Inés! ¿Cómo no te acordabas?

Me senté en el piso y tomándome la cabeza pregunté

- ¿Por qué no volvió?

- Mamá lloraba feliz porque escuchó de vos lo que había esperado por dos años y que ninguno de nosotros tuvo la nobleza de pedirle. Le pidió a Aurelia que la ayudara a preparar el bolso y...

- Yo no sabía nada de eso -intervino Consuelo apoyando una mano en la pared para no derrumbarse.

Roberta pareció recibir un golpe de electricidad y acercándose a Consuelo empezó a gritar

- ¡¿Cómo vas a saber eso si no sabés nada vos?! Nada que desordene tu agendada vida, nada que te haga acordar que Belén, vos y yo corrimos como conejos al auto que nos llevaría al pueblo, lejos del monstruo.

- Eso no es cierto -lloró Consuelo- yo...

- Nada que no te convenga saber, señora perfecta, llevás ocho años de casada y ni te querés enterar de que los cuernos te llegan hasta la luna.

Se gritaban de tal manera que creí que llegarían a pegarse

- ¡No soy una idiota, sé más de lo que creés!

- ¡Fantástico! Sabés que Mariano tiene una minita en Buenos Aires y lo soportás. ¡Qué dignidad la tuya!

- Más que la tuya que te casás para que te compren este lugar inmundo donde se murió mamá.

- Por lo menos no me hago la tarada con carita de mujer feliz y enamorada. Podría fingirlo para que no me juzguen tilingas como vos y no lo hago. Ahí está mi dignidad.

- No se griten más -grité al borde de la histeria- ellos también se gritaron ese día, mamá lloraba, se insultaban... No se griten más, se los pido, por favor -terminé en un hilo de voz.

- ¿Sabés por qué se gritaban? - preguntó Roberta contestándome pero mirando a Consuelo- Porque le sacaste la careta a papá, se le acabó su discursito social, que tenía que darnos tiempo a nosotras. Aurelia empezó a preparar el bolso de mamá y papá la frenó en seco, trató de convencer a mamá como siempre pero ella le dijo que estaba decidida porque vos se lo habías pedido. ¿Te acordás ahora?

- No, me acuerdo de los gritos, mamá lloraba pero enojada y yo porque no entendía porqué se hablaban así.

- Cuando vio que no tenía salida le tiró la verdad como un baldazo. Que había sido duro para él, que había pasado mucho tiempo, que necesitaba reflexionar y como broche de oro le dijo que había conocido una mujer, que los sentimientos no pueden manejarse y bla, bla, bla, bla... Pura mierda. Dice Aurelia que no fue eso lo que la destruyó. Cuando ella le contestó que se fuera con quien se le diera la gana pero que ella volvía a casa con nosotros, a papá se le salió toda la rabia que sentía por mamá después del aneurisma. Que asco ¿no?

- Basta, Roberta -intervino Consuelo angustiada.

- Basta nada. Si querés escapar como aquel día andate, hacete la sorda. Yo no me escapo más. Suena inmundito, pero él no sentía pena por ella sino una infinita rabia y así le dijo “no podés preparar un puto bolso sola ¿y pretendés hacerte cargo de mis hijos? ¿Cómo vas a alzar a Javier o atenderlo a las tres de la mañana si tiene fiebre?” La pobre Aurelia intentó decir que alguien podría ayudarla en la casa pero mamá ya no hablaba, papá le había dado el tiro de gracia. Papá te agarró del brazo, te llevó al auto y nos fuimos -dijo ya dirigiéndose a Consuelo- escapamos como conejos, Consuelito, como estás haciendo ahora, fingiendo que tu matrimonio es perfecto cuando sabés que se te fue al carajo.

Consuelo la empujó para salir de la habitación y mirándome dijo

- Vine a cortar flores y ramas para los centros de mesa de mañana y eso voy a hacer porque me lo pidió Alfredo. Ponete hielo en la cara porque sos la madrina y estás desfigurada.

Habló con tono impersonal como si nada hubiese pasado en la habitación. Instintivamente me miré al espejo y me toqué la cara, espantada, para comprobar que era mía realmente.

- No te preocupes, no es por el alcohol. La tenés así desde anoche, lloraste mucho después de golpear a Alfredo -dijo Roberta con total serenidad.

Se sentó frente a la bandeja de desayuno que había preparado Consuelo y empezó a comer.

- ¿Cómo pudiste ser tan cruel con Consuelo? ¡Dejate de comer! -grité.

- ¿Cruel? Quien sabe... Herencia de abuela materna, tal vez. Y como porque tengo hambre.

- No te hagas la cínica. ¿Por qué le dijiste esas cosas?

- Porque es la verdad.

- ¿Y vos elegiste a la basura de Mariano de padrino?

- ¿Basura? Yo no lo veo así. El busca afuera lo que no le dan en su casa. El otro día en el pueblo se me acercó una vieja a felicitarme por el casorio y me dijo que el hombre atendido no sale a buscar afuera a menos que pueda hacer goles y atajar penales a la vez. Primero me dio impresión, viste que a uno le da un poco de asco pensar que las viejas tuvieron sexo, pero después pensé en Consuelo. Todo el mundo

sabe que Mariano tiene una mina en Buenos Aires y que es un flor de tipo, ergo... No hay mucho que descifrar ¿no? -finalizó y volvió a concentrarse en el pan.

- Con ese criterio justificás a papá. Salió a buscar la belleza que no encontraba en casa.

Roberta perdió su gesto displicente y me enfrentó con enojo.

- ¡No digas gansadas! Mamá no tuvo la culpa de lo que pasó y si la tuvo fue compartida con papá. El tendría que haber fingido, aunque sea, que la seguía queriendo, tenía que bancarse lo que pasó y hacerse cargo. Mamá estaba enferma pero Consuelo está bien sanita y si es frígida que vaya a un médico o que sea generosa con el marido.

- Y él tendría que serle fiel porque dio su palabra.

- Bueno, la cortamos. Me enferma ponerme en juez de la moralidad ajena. Es más, te repito que mamá seguramente habría hecho lo mismo que papá si las cosas hubiesen sido al revés y Alfredo haría lo mismo si a mí me diera un derrame cerebral o qué sé yo qué haría si él quedara postrado.

- Dijiste que tenés reglas propias y que tu palabra es sagrada. Sabés bien que no harías nada malo.

Quedó pensativa, fue hacia la ventana y miró hacia el jardín

- Nadie sabe nada de nadie -dijo con gesto de dolor- Mirá, asomate, ahí llegó Alfredo y está charlando con Consuelo. Acabo de destruir a mi hermana con el arma que más detesto: la palabra. Es el arma más baja y asquerosa porque no se ve pero por dentro la herida sangra y sangra... Mirala, charla erguida como una emperatriz, le debe estar describiendo cómo va a hacer los arreglos, contando que tiene los ojos rojos por la maldita alergia y él sigue la charla entusiasmado sin ver el puñal que tiene Consuelo en la espalda.

- Pedile perdón.

- Ella también me ofendió.

- Vos fuiste más cruel.

- Seguramente. Pero aunque le pida perdón no puedo curar lo que le hice- Aspiró hondo y siguió - Bueno, Inés, vamos a cambiarnos, encontraste lo que viniste a buscar, tenés que estar feliz.

- No sé, no creo, no puedo sentirme feliz, mamá no está.

- No por tu culpa y ya lo descubriste.

Roberta esperó a que el auto de Consuelo se alejara y salimos al parque. Me avergoncé al enfrentar a Alfredo por la paliza que le había dado el día anterior pero él me facilitó las cosas. Habló con naturalidad, nos pidió ayuda porque habían empezado a llegar los huéspedes a "La Soledad" y quería ir a controlar al disc jockey que había quedado probando sonido y luces. Un profundo cansancio me cayó encima, me desplomé en el auto queriendo dormir, dormir por muchos años.

Los recién llegados habían salido a caminar, gracias a Dios. Yo deambulé por el parque observando el entusiasmo de Alfredo cuidando cada detalle. El discjockey hacía pruebas de sonido con dos más, les gritaba directivas. Alfredo se acercó a él a preguntarle si estaba todo bien.

- Che flaco, ¿escuchaste el pronóstico para mañana? - le preguntó el dj.

Alfredo lo miró unos minutos con el gesto totalmente transformado

- ¿Yo a vos te digo flaco? -le preguntó con cara de pocos amigos.

El discjockey levantó las palmas de las manos a modo de disculpa y siguió

- Listo, listo, entendí. ¿Escuchó el pronóstico?

- No.

- Lluvias torrenciales y tormenta eléctrica por la noche. La casa es enorme, ¿porqué no instalamos todo adentro?

Alfredo reflexionó angustiado unos pocos minutos y contestó

- Se hace todo afuera. Ceremonia y fiesta.

- Mis equipos valen unos cuantos miles, si se dañan...

- Los pago.

- ¿Me firma eso?

- Los porteños no creen en la palabra ¿no?

- No.

- Firmo su papelito -contestó Alfredo y siguió recorriendo el parque.

Entré a la cocina a buscar hielo para mi cara. Francisca cocinaba y al mirarme, con su voz tosca me dijo

- ¿Qué? ¿Te pisó un tren?

En ese momento entró Alejo que se desconcertó al verme. Aproveché su desconcierto para contestarle a Francisca antes de que escapara de mí otra vez.

- Desde que llegué me pisaron varios, pero el más grande todavía no. El maquinista está esperando el momento.

Salí apurada hielo en mano y alcancé a oír la voz de Francisca hablándole a Alejo.

- Otra más para el manicomio de Roberta.

- Soy de las fundadoras -grité para que me oyeran.

Tres cubeteras mejoraron algo mi recuerdo de cara. Pensé en el pobre Alfredo que nos había pedido ayuda, mientras miraba por la ventana de mi cuarto que llegaba otro auto y que Roberta trepaba, al mejor estilo indio, sin estribos, a un tordillo y se evaporaba del lugar al galope largo. Una mucama golpeó la puerta para avisarme que bajara a almorzar, le avisé que no comería. Permanecí largo rato en la ventana mirando el despliegue de preparativos para el día siguiente: cortaban el pasto, regaban, limpiaban canteros. De la casa me llegaba el olor a cera recién esparcida, el ruido de las aspiradoras anulaba el sonido del trinar de los pájaros que, en ese momento sí, me habría gustado oír. Me recosté en la cama boca arriba con lo que quedaba de hielo sobre mi cara y antes de dormir sonreí y dije en voz alta: “quiero que vuelvas a casa, mamá”

- ¡Che, sorda, despertate! - me despertó sutilmente Roberta -Tenés seis llamadas perdidas, tomá - dijo alcanzándome el celular.

- ¿Qué hora es? - pregunté atontada.

- Las nueve de la noche. Dale, atendé que es Sebastián -dijo y se sentó en mi cama.

- ¿Cómo va eso? -dijo Sebastián del otro lado de la línea.

- Bien, papá -contesté sin importarme que Roberta estuviera escuchando.

- ¿Nos extrañas un poco?

- Sabés que me muero por verlos.

- Te tengo una sorpresa.

- ¿Cuál?

- Si te la digo no es sorpresa.

-Dame una pista.

- La vas a recibir en hum... hora, hora y media.

- Marta, ¿está por ahí?

- No, no. Aproveché que salió para llamarte, me dice que te deje tranquila, que no sea cargoso.

- ¿Los chicos?

- Cada vez peor, gracias a Dios.

- Los quiero mucho.

- Nosotros también. Te dejo antes de que llegue Marta, cuando recibas la sorpresa llamanos y decínos si te gustó. Besote.

Roberta me miraba expectante.

- Sos feliz con ellos ¿no?

- Sí, muy feliz -contesté con el corazón.

- Bueno, bueno -dijo tratando de restar solemnidad al momento -Ponete linda mientras yo voy a ver a mis amigas y bajá a las diez que ya hay un montón de plomazos alojados acá.

- Más respeto por tu familia política, che -reí divertida.

- En serio te digo. Necesito apoyo moral. Insertate el cassette de hablar pavadas que vamos a ser como quince en la mesa. ¿Adiviná quién vino encantada al casorio? La madre de Andrea, la ex de Alfredo. Lo adora la vieja y no se resigna a que la hija lo haya dejado pero es un plomo la pobre, me persigue por todos lados diciéndome que ruega a la Virgen Santísima para que me ilumine y no me deje caer en el pecado.

Nos agarró un ataque de risa hasta que pude hablar

- Qué malas, che...

- Re malas pero levantate, en serio, porque si no vengo y te tiro un baldazo. No me banco más a la vieja, tratá de distraerla un poco.

Fui al espejo, mi cara había mejorado bastante aunque no había alcanzado sus dimensiones naturales. Tomé una larga ducha y arremetí contra el bolso de “Albalatex”: sombras, rubores, rimel, delineadores, polvos compactos, bases cremosas y, cuando decreté que ya no quedaban vestigios de mi llanto, bajé.

Las voces se superponían alegres en el living en donde conversaban, animadamente los hermanos de Alfredo, sus mujeres e hijos y la madre de Andrea. Me pareció una mujer encantadora a pesar de los dichos de mi intolerante hermana. Alfredo iba de un lado a otro sirviendo copas, conversando, acarreado sillas y sillones mientras Roberta hojeaba una revista. Sentí pena por él y, después de saludar a los huéspedes, lo ayudé con las bandejas de copetín y los tragos. Una mucama se acercó a preguntarle si ya servían la comida pero Alfredo contestó que faltaba un invitado. El cassette de hablar pavadas funcionó bastante bien, alterné con todos un poco comentando trivialidades: que el estado del tiempo, que qué problema si lloviera al día siguiente como estaba anunciado, que el stress que traían de Buenos Aires era terrible, que el campo era otra cosa, que bla, bla, bla...

Unos fuertes bocinazos sonaron en el parque. Alfredo salió y al entrar dijo con una amplia sonrisa

- Ya estamos todos.

Tras él entraron Belén, Martín y ¡Sebastián! Mi adecuada y plástica sonrisa social desapareció en un grito de alegría. Corrí a abrazarlo, no podía creer lo que veía.

- ¿Te gustó la sorpresa? -preguntó feliz.

- No pudo ser mejor -contesté mientras el rimel, cuya publicidad juraba ser a prueba de agua, corría pegajoso por mis mejillas. Miré hacia la puerta esperanzada. - ¿Y Marta?

- No vino, sabés que le cuesta el tema... Bueno, soy tu premio consuelo.

- Me alegraste el día, ¿cuándo se te ocurrió...?

- Se le ocurrió a Roberta.

La miré para agradecerle pero se sumergió aún más en la revista. Era lógico, Roberta detesta las escenas sentimentales.

- ¿De dónde me hablaste hoy?

- De la casa de tu abuela. Me había alojado en un hotel, llamé para preguntar cómo llegaba hasta acá. Mariano me fue a buscar, dijo que de ninguna manera me iba a quedar en un hotel y me llevó a la casa. No me pudieron traer porque tenían gente a comer pero Martín se ofreció y... Entre paréntesis -dijo acercándose más para que no lo oyeran- ese chico parece un muerto, tiene veinticinco años y unas ojeras que Dios mío...

- Es que estudia y trabaja -dije riéndome por su cara de espanto.

- Si no lo puede hacer a su edad, qué nos queda a los veteranos, che...

- Pasemos a comer - anunció Alfredo.

Cuando se ubicaban a la mesa, corrí al cuarto de baño a reparar mi desastre cosmetológico y mientras lo hacía pensaba que de ser un témpano multiplicador me había transformado en una regadera.

La comida se me hizo eterna, quería hablar tranquila con Sebastián, ponerme al día con anécdotas de Marta y los chicos. Por fin terminó y cuando todos fueron a tomar

café al living, salimos a la galería. Quise preguntar lo que había planeado pero sorprendiéndome a mí misma disparé

-Papá. ¿Marta te atiende bien?

- ¿Cómo? - preguntó entre sorprendido y desconcertado.

- Que si te atiende bien -contesté impaciente.

- Claro -empezó tirando la pelota fuera del área- vos viste que me mimaba mucho, soy uno de sus tantos malcriados y...

- Sexualmente, digo.

- ¡¿Qué?! -preguntó con cara de horror.

- Ya me oíste.

- Esas cosas no se hablan con los hijos, Inés... -siguió cada vez más incómodo.

- Ya sé que es incómodo para vos pero siempre me decís que las dudas me las saque en casa.

- Bueno, sí, de tus cosas o cosas generales pero eso es algo íntimo y me resulta incómodo, vos sos mujer y...

- Está bien. No me contestes si no querés pero Marta no vino, viniste vos, ¿a quién querés que le pregunte?

- ¿Conociste a alguien que te pidió algo? -preguntó alterado.

- No te preocupes, nada de eso.

- ¿Entonces?

-Mariano es infiel y Roberta dice que es porque Consuelo no lo atiende... Vos me entendés, y Martín tiene esa cara de aburrido crónico y ¿la viste a Belén? Parece una monja.

Respiró hondo antes de contestar, bebió un largo trago de whisky evidentemente incómodo.

- A Marta le digo girl scout.

- ¿Por?

- Siempre lista.

En un primer momento la respuesta me dio risa pero en realidad me entristeció.

- ¿Esa es la clave del amor? ¿El sexo?

- Dicho así suena frívolo pero mirá Inés, no se resume en eso aunque es parte inseparable del amor. Es la manera más sublime de decir “te quiero”, es el idioma más perfecto al que no llegan las palabras. Cuando era chico y arrogante pensaba que los hombres necesitábamos de eso y que las mujeres se sacrificaban para darnos el gusto pero Marta me demostró que las mujeres... Pero yo estoy loco, mirá lo que estoy hablando con mi hija...

- Bienvenido al manicomio, entonces.

- ¿Qué?

- Nada, Nada, tomá un poco más de whisky.

- ¿Vas a preguntar más?

Bebió un trago más y me miró pidiendo clemencia.

- Si el sexo es tan importante, deduzco que si Marta quedara parálitica o cualquier otra imposibilidad, chau matrimonio.

- Chau nada. Separemos un poco la hacienda. Con Marta no tengo sexo, hago el amor que no es lo mismo. Sexo tienen los animales o las personas que lo toman como una necesidad fisiológica más. Lo preguntás por tu mamá ¿no?

- Entre otras cosas.

- No quiero opinar sobre lo que no sé pero voy a arriesgar una teoría. Según dijeron los médicos, Laura, a pesar de su problema, podía ser sexualmente activa. Ahí jugaron otros factores y acá entro en el terreno de la suposición. Tu mamá y el marido... Y tu papá... -corrigió.

- Y el marido -interrumpí - estoy hablando con mi papá ahora.

- Y el marido -sonrió agradecido. -Ellos eran el matrimonio ideal a la vista de todos, lindos, jóvenes, alegres, hijas preciosas, los muñequitos de torta ¿viste? Pero ahí quedaba la cosa y no porque engañaran a los demás, ellos se la creían también, pero creo que el drama que les tocó demostró que ellos jamás habían hecho el amor ni físico ni espiritual, simplemente se habían regocijado uno en el cuerpo del otro. Eso pasa en muchos matrimonios, cuando empiezan a envejecer ya no se atraen y la relación hace agua. Yo creo que a esta altura, de no haber pasado lo que pasó, serías la hija de típicos y nada escandalosos padres divorciados. La reacción de Roberto al principio fue comprensible, una negación del tema permanente pero con el tiempo demostró que... Perdón, es un tema duro para vos y no me hagas caso, es sólo una teoría.

- Está bien, necesito la verdad. ¿Vos creés que Dios manda las tragedias? ¿Les dio una lección?

- No. No creo. Creo que las cosas pasan nada más y cada uno las ataja según el arquero que sea.

- Roberta se casa sin amor.

- Es evidente -contestó seguro.

- ¿Tanto se nota?

- ¡No! Lo que pasa es que volví de la India con el tercer ojo.

- Vos nunca viajaste a la India -reí.

- ¿No? Entonces habré nacido con el tercer ojo, nomás.

Belén y Martín salieron de la casa y se disculparon por estar muy cansados, debían volver al pueblo.

- No hay problema -dijo papá - Yo estoy muerto por el viaje, quiero dormir, vamos, nomás.

- Sebastián te viene a buscar mañana a las dos y vamos a la peluquería. Sos la madrina y tenés que estar divina.-me ordenó Belén.

- A la orden -contesté divertida.

Mientras caminábamos hacia el auto aparté unos pasos a Sebastián y le dije

- ¿Sabés lo que le dije a mamá antes de que muriera? “Quiero que vuelvas a casa”.

- No me sorprende para nada -dijo emocionado.

Miré el camino por donde el auto se alejaba, la felicidad me desbordaba, mi verdadero padre estaba allí para sostenerme e impedir que estallara por el aire víctima de tantas emociones, dudas, desconciertos, temores y verdades. Caminé hacia la casa sintiéndome liviana y casi llegando sentí un escalofrío, siempre siento cuando alguien está mirándome. Supe que Alejo me espiaba desde algún lugar, escondido, siguiendo cada uno de mis movimientos. Faltaba él. Mi última factura, la última pieza para cerrar el rompecabezas de mi vida. Tenía una deuda con él e inexplicablemente sentí un

terrible deseo de besarlo. De besarlo hasta que entendiera lo que no podía decirle con palabras, mi manera de pedirle perdón, pero lo sentí un deseo extraño. Quedé inmóvil esperanzada en que se hiciera ver, en poder hablar por fin con él. Esperé inútilmente aunque sé que siempre estuvo entre las sombras, mirándome.

Roberta salió con Francisca que nos alcanzaba dos copas de cognac.

- Ni se te ocurra -dije a Roberta.

- Una copita, nomás -rió divertida.

- Ni una, ni media, ni un cuarto y vos tampoco. Anoche nos pasamos o no te acordás...

Francisca desapareció apurada y reapareció a los minutos con dos jarros de café.

- Contame lo del canadiense -dije sin preámbulos.

- Un salame -empezó riendo - Me fui con él para molestar a papá y porque estaba muy limado.

- Tu especialidad.

- Sí, pero me equivoqué. Cuando me encontró la policía el tipo me tenía podrida. La iba de diferente, se rapaba la mitad de la cabeza y la otra se la teñía de verde para hacerse el heavy cuando era un nene de papá mantenido. Pero bueno, conociendo esa gente te das cuenta que cuantos más aros tengan incrustados, más tatuajes se hagan son más iguales que cualquiera, tan iguales que necesitan esas pavadas para diferenciarse. ¡Oh, mira qué diferente que soy! - terminó diciendo con voz de dibujito animado.

- Roberta, ¿lo vas a hacer feliz?

- Claro. ¿Por qué dudás?

- Ya sabés.

- Y yo ya te hablé de mis códigos.

Alfredo salió a despedirse, se iba a dormir, estaba agotado. Roberta lo retuvo, lo tomó por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro. No se me escapó la cara de sorpresa de Alfredo. El mensaje de Roberta era su respuesta para mí pero no me convenció. Me despedí de ellos y me fui a dormir.

Dormí profundamente pero a las seis de la mañana tenía la vista fija en el cielorraso. Sebastián quería que después del casamiento volviera con él a Mendoza, Roberta que me quedara con sus locas hasta que volviera de su luna de miel pero, si así lo hacía, tenía que ver a Alejo, inevitablemente. El no me hablaba, me sentía confundida. Tan confundida como la noche anterior que al presentirlo había sentido ganas de besarlo y no sabía porqué. Ni siquiera me había dirigido la palabra desde mi llegada, yo apenas lo había visto pero sabía que él a mí sí, varias veces, desde la oscuridad. Recordé las palabras de Sebastián: "El contacto corporal llega hasta donde las palabras no alcanzan" Seguramente allí estaba mi error, había deseado besarlo porque no me permitía hablar con él para pedirle disculpas. Un temblor doloroso invadió todo mi cuerpo despedazando mis lógicos razonamientos y decidí que ante tal estado de confusión, lo mejor sería irme con Sebastián a Mendoza. Me alivió tomar la decisión y al oír pasar a Roberta por el pasillo salí a comunicárselo.

- ¿Desayunamos? - me saludó sonriente.

Desayunamos en silencio, mi plazo se acababa y ella esperaba mi respuesta así que incómoda empecé a hablar para comunicárselo y descubrí que la teoría de abuela sobre fuerzas exteriores que nos gobiernan no era tan disparatada porque, sorprendida al oírme a mí misma, dije:

- ¿Qué es lo que tengo que hacer cuando no estés y por cuánto tiempo te vas?

Roberta cambió el gesto abruptamente, se levantó de la silla de un salto y se sentó junto a mí.

- Gracias, gracias -empezó feliz- me muero por verte acá cuando vuelva y no te preocupes, lo único que tenés que hacer es visitarlas un rato por día cuando tengas ganas, de lo demás se ocupa la enfermera. Les gusta tirarse un rato en el pasto a mirar las estrellas y Zulema las banca dos minutos nomás, después las lleva a comer y a dormir. Les encantan las flores, las plantas, a Aurelia la música, ya te vas a ir dando cuenta.

- ¿Y qué pasa con las familias de Clara y Catalina?

- Clara tiene una hija maravillosa que...

- Tan maravillosa que se la sacó de encima.

- No. Cada vez que la viene a buscar, Clara entra en crisis. Carolina está casada, tiene dos hijos, un marido re piola, realmente quiere llevársela pero no hay caso. ¿Te acordás de Clara cuando era joven?

- Sí, era monísima.

- Bueno, cuando tenía cuarenta y chirolas el marido la dejó por una de veinticinco. Les pasa a muchas mujeres, cada una reacciona distinto, algunas putean por haberles lavado los calzoncillos tantos años, otras gritan “freedom” y salen a vivir lo que no habían podido de casadas, otras se tragan el embole y no muestran nada, y a la pobre Clara la situación la superó, el marido era su centro de gravedad, qué sé yo, el tema la superó, le hizo un clic y se disparó al infinito.

- ¿Y Catalina?

- Fernando quiere que vaya a su casa, es el padre pero ella no quiere saber nada. Fernando se volvió a casar, por suerte con una tipa bárbara, después de lo de Ana se lo merecía.

- De la mujer de Santiago ¿qué sabés?

- Nada. Después de la muerte con semejante escándalo, levantó la casa y se fue a vivir al sur, creo que abrió una hostería pero no sé nada más. ¡Socorro! -gritó Roberta sorprendidamente- ¡huéspedes bajando! ¡Rajemos!

Escapamos divertidas hasta el parque, corrimos hasta alejarnos lo suficiente de la casa. Alfredo estaba afuera controlando los preparativos y sonrió al vernos correr, seguramente adivinando el motivo. Unos hombres bajaban una mesa y bancos largos y los acomodaban para la ceremonia religiosa, el discjockey probaba los equipos y un cielo gris oscuro los cubría a todos.

- El quiere que sea a todo trapo -dijo Roberta con gesto de fastidio.

- ¿Y vos no?

- No. Quería algo íntimo pero bueno, fue una de sus condiciones y puso tan pocas...

Vimos a Francisca salir de la casa corriendo con una bolsa.

- Ahí va Francisca a enterrar los huevos para que no llueva.

- ¿Sirve?

- Qué sé yo, ni idea.

El cielo estaba cada vez más negro, el discjockey y su gente cubrían los parlantes y equipos con hules.

- ¿Quién queda a cargo del campo? -pregunté.

- Alejo. ¿Qué? - preguntó Roberta al ver mi cara de sorpresa- Se maneja perfecto, la gente ve un tartamudo y lo relaciona con la estupidez pero...

- No pensé en eso, es que lo veo muy raro...

- Raro sí -rió Roberta- pero mirá, Alfredo se maneja con fichas pero Alejo tiene todo en la cabeza, conoce cada animal, las fechas de las pariciones, de destete y si a alguna vaca se le complica el parto, no llaman al veterinario, lo buscan a Alejo. El único problema es que no pisa Chascomús así que...

- ¿Nunca?

- Nunca. Con decirte que tiene el DNI sin renovar. El Registro Civil es lo único que Alfredo no logró trasladar acá, después, médicos, dentistas, lo que sea, vienen a "La Soledad".

- Es más raro de lo que me imaginaba.

- Y sí, regalo de su mamita. ¿Ves ese tipo que va ahí? -señaló a un hombre joven que acomodaba bancos para la ceremonia- Es sobrino del encargado, trabaja acá. La primera vez que Alfredo dejó a Alejo a cargo del campo a ese tipo se le ocurrió burlarse por la tartamudez, y Alejo ¡le hizo la ortodoncia gratis! Nunca más se le ocurrió a nadie -rió divertida -Y bueno, de los trámites que haya que hacer en el pueblo se va a ocupar Martín que le viene bien el laburo porque no tienen un mango.

- ¿Habla con vos?

- Claro, somos amigos desde chicos.

- Conmigo no habla -dije angustiada.

- Estará esperando que le hables vos.

- No, cada vez que me acerco se va como si viera al diablo. ¿Alguna vez te habló de mí?

- No, pero vas a ver que...

- Tiene razón, está enojado conmigo.

- Eran muy chicos, Inés...

- Era muy chico cuando la madre lo dejó y mirá cómo quedó y era muy chico cuando me pidió ayuda y no contesté y no me perdona.

- El sabe que vos también sufriste.

- Y me quiso ayudar pero me fui del pueblo y lo borré a él también que era mi mejor amigo.

- Yo creo que está asustado.

- ¿Asustado de qué?

- De lo que siente.

- Bronca.

- No creo que sea bronca precisamente -sonrió Roberta.

- ¡Mirá la vieja, che! ¡Está en pedo! -gritó el discjockey a un compañero.

Miramos hacia donde ellos miraban y vimos a Francisca revolear un hacha por el aire.

- ¿Qué hace? -pregunté riendo.

- Corta la tormenta -contestó seria Roberta.

- No... En serio, qué está haciendo...

- Cortando la tormenta, te digo. Si no me creés, andá y preguntale.

Miré el cuerpo robusto de Francisca, su gesto adusto y concentrado mientras parecía romper el aire con el hacha.

- Mejor le pregunto cuando deje el hacha.

- Sí, mejor -rió Roberta.

- ¿A qué hora vas a la peluquería?

- ¿Tengo mal el pelo?

- No -reí- pero las novias suelen ir a la peluquería.

- Sí ¿no? Pero odio las peluquerías.

- Igual no la necesitás. ¿Sabés las horas de peluquería que tendría que pasar yo para tener el pelo como vos?

- Te lo regalo.

- Hecho.

- Aunque no lo creas hoy me voy a esmerar en el arreglo. Francisca juntó agua de lluvia para que me lave el pelo. Queda re suave y...

- ¿Ese va ser tu gran esmero?

- ¿Qué más tengo que hacer? Es la primera vez que me caso -rió.

La miré detenidamente buscando algún consejo que sugerirle. Finalmente desistí.

- Nada, no necesitás nada. Metete en el vestido quince minutos antes como vos querés y listo. No me mostraste el vestido.

- Ni vale la pena, el pobre Alfredo se lo encargó a la mejor diseñadora de Buenos Aires, le debe haber salido un ojo. Yo le dije a la mujer que hiciera lo que quisiera y creo que si me hubiese cosido unas sábanas blancas era lo mismo.

- No me contestaste cuánto tiempo me necesitás acá.

- Si no te quedabas me iba por quince días pero sabiendo que estás acá y si no te importa nos quedaríamos un mes chupando cocos en el Caribe.

- Listo. Ni un día más.

- ¡No te vas a ir cuando yo vuelva!

- Un mes y tres días. Ultima ampliación.

- Gracias, en serio, es importante para mí -contestó y miró el reloj - Me voy al pueblo, ¿necesitás algo, que te lleve a la peluquería?

- No, me busca Sebastián, tengo turno a las tres. ¿A qué vas?

- Voy a disculparme con Consuelo, no me quiero ir sin amigarme con ella. Y aprovecho a saludar a abuela que no puede venir y si Dios existe, espero que me ahorre años de purgatorio porque la vieja me saca con sus dardos venenosos.

- ¿Por qué no les hablás por teléfono? ¿Justo hoy tenés que ir? El pobre Alfredo se va a poner loco si no llegás a horario, tiene un lío de gente en la casa...

- Que yo no invité -contestó impávida y agregó - El sabe que voy a estar a horario y además...

- Sólo tenés que lavarte el pelo -concluí su frase.

Una cadena de truenos me estremeció y me acerqué a Alfredo para apoyarlo en su decepción. Los que preparaban el sector de la iglesia no se decidían a desplegar la alfombra por donde caminaría Roberta. La mujer que debía poner ramilletes de jazmines en los extremos de los bancos, miraba el cielo aterrada, los encargados de ubicar las mesas para la fiesta titubeaban con los manteles y el discjockey, malhumorado, se acercaba a ellos para escuchar lo que decidirían. Alfredo caminaba de un lado a otro, consternado por la tormenta inminente. Francisca se acercó a cada grupo y enojada como el mismo clima gritaba

- ¡Sigán! ¡Sigán! Ya enterré los huevos, carajo, acá no llueve hasta mañana. ¡Don Alfredo! -lo retó- ¿Alguna vez me fallaron?

Alfredo la miró compasivo, volvió a mirar el cielo que estaba en su peor momento y me pidió que avisara a los grupos que instalaran todo afuera, que él se haría cargo si algo se estropeaba. Dijo eso y entró cabizbajo a la casa. El auto de Roberta desapareció en la arboleda mientras nosotros olíamos el agua que estaría cayendo no muy lejos. Al entrar a la casa vi a Alfredo agobiado por los huéspedes que, totalmente desubicados tratándose del mismo día de la boda, planteaban sus exigencias: que se habían olvidado el secador de pelo, que a qué mucama le daban el vestido de la fiesta para planchar, que la luz del velador no era muy potente para leer, que la almohada le hacía mal a las cervicales, que dónde había frazadas por si refrescaba después de la tormenta y uno de los hermanos tuvo la caradurez de plantear que ese día tenía que almorzar verduras de hoja que era lo que le tocaba en la dieta. Traté de liberarlo de todos los pesos que pude, hablé con la cocinera que me miró con su peor cara, planché vestidos para que las mucamas no me los tiraran por la cabeza, consulté a Francisca sobre dónde buscar más frazadas, almohadas y foquitos más potentes. Los detesté a todos por egoístas e insulté íntimamente a Roberta por ser la más egoísta de todos, por dejar que Alfredo se ocupara de todo mientras ella calmaba su conciencia para viajar tranquila y me acordé de mi abuelo. “El bien atrae al mal” había dicho abuela y deseé con toda mi alma que Alfredo no fuera tan noble, que después de casado bajara a mi hermana del pedestal para que no se despertara en ella el deseo involuntario de dañarlo. Alejo tampoco apareció a la hora del almuerzo, seguramente estaría comiendo con Francisca, desentendido del mundo, feliz en su galaxia sin pensar en el padre y, tanto él como Roberta, dejaron a Alfredo sólo, remando sin ayuda fabricando su mejor sueño: un festejo desmesurado para una historia que seguramente, y con suerte, duraría un año.

Cuando papá llegó a buscarme pregunté a los insufribles huéspedes si necesitaban algo más y les sugerí que no molestaran a Alfredo con sus exigencias.

Casi subíamos al auto cuando otro se detuvo junto a nosotros.

- ¡Inés! -gritó Javier asomando medio cuerpo por la ventanilla trasera. Mi hermano bajó corriendo a abrazarme y al hacerlo me pisó y me dio un cabezazo con toda la torpeza de sus catorce años. Le sobraba el cuerpo a ese chico que me abrazaba atolondrado y que me llevaba de ventaja casi media cabeza.

- ¿Qué comés, gigantón? -dije nerviosa intentando concentrarme en el saludo cuando en realidad temblaba pensando en quien estaba al volante y la mujer que lo acompañaba. Después de dejarme maltrecha a pisotones, Javier corrió a la casa seguramente buscando a Roberta. Sebastián se acercó a mí y en voz baja me dijo

- Te pido que le digas papá.
- No -contesté mientras abría la puerta del auto.
- Por favor -alcanzó a decir antes de que Roberto Castelli se acercara.
- Hola Inés -dijo con voz ronca.

Encontré frente a mí a un hombre extraño, desconocido, casi totalmente calvo, con bigotes y la barriga cayéndole sobre el cinturón. Nada quedaba de aquel hombre altivo, pintón y arrogante que yo recordaba. Tenía unos pocos años más que Alfredo pero parecía su padre. Sentí más lástima que rencor pero no pude darle el gusto a Sebastián y sólo pude articular un “hola”.

No supe qué más decir, Sebastián inició una conversación intrascendente pero no logró romper el ambiente enrarecido.

- Tengo que ir a la peluquería - dije a modo de despedida.
- Sí, claro -contestó nervioso- vinimos a dejarlo a Javier, nosotros nos vamos a un hotel.

Intuí que aquel “nosotros” cargaba la esperanza de que yo mirara hacia el auto y saludara a su mujer pero no lo hice y diciéndole “nos vemos esta noche” subí rápidamente al auto de mi verdadero padre

- ¿Por qué me pediste eso? -grité furiosa al subir.
- Porque no había necesidad de lastimarlo.
- ¿Y por qué no?
- Porque no está bien, por eso.
- El no se cuidó de lastimarnos, se mandó a mudar con su minita y sólo se llevó a Roberta.

-Vos no querías vivir con él. Eso dijiste por lo menos.

- ¡Más vale que no quería! Roberta tampoco y se la llevó. Le duró poco, igual. ¡Me pediste que le diga papá! Si creés que él es mi padre, vos no te sentís mi papá-terminé en un hilo de voz, con un profundo y lacerante resentimiento.

Detuvo el auto a un costado del camino.

- No me gusta que me miren cuando lloro - le dije de mal modo.

- Listo. Te lo voy a decir sin mirarte -dijo mirando hacia el frente- ¿Sabés lo que sentí cuando ví a Roberto? Unas terribles ganas de bajarle los dientes por no hacerse cargo de sus hijas, de prepo, a las piñas, no sé, no se entrega una hija de diez años con el argumento de escuchar su deseo.

Estaba visiblemente alterado, jamás lo había visto así y jamás habíamos hablado del tema en profundidad. El tema de adoptarme como hija se dio naturalmente, cuando le preguntaban por las edades de sus hijos, indefectiblemente comenzaba diciendo: La mayor tiene tantos y los varones... En Mendoza nadie sabía que yo no era su hija biológica y no sentíamos que engañábamos a nadie, yo había eliminado el pasado y realmente lo sentíamos así. Sebastián siguió hablando mientras su angustia crecía.

- Tuve que contenerme para no trompearlo pero lo más bajo que sentí, lo más mezquino, lo más...

- ¿Qué sentiste? -pregunté ansiosa y enojada.

- Cuando te vino a saludar yo pensaba: que no le diga papá, Dios, que no le diga papá...

- ¡Y me pediste que se lo diga!

- Sí. Uno tiene que enfrentar a sus miserias. No tenía derecho a pretender eso.

- ¿No tenías derecho? -reí histérica - ¿No tenías derecho? ¿Qué lo convierte en mi padre, eh? Me estás lastimando vos ahora, ¿por qué querés confundirme? Yo tengo bien en claro que vos sos mi papá y no tengo ganas de aliviarle la conciencia ni de cargársela. No tengo nada ¿entendés? ¡El no es mi padre!

Quedamos en un silencio tenso y amargo hasta que Sebastián logró hablar

- ¿Ves lo que hacés? Despertás mi lado miserable. Eso era exactamente lo que quería que dijeras. Y ahora basta, se te va a hinchar la cara y esta noche tenés que estar como una diosa. ¿Vas a bailar con este viejo decrepito? -dijo bajando el labio superior simulando no tener dientes y haciendo temblar la voz.

Del llanto pasé a la carcajada y seguimos camino.

Belén me esperaba en la peluquería. La dueña escuchó lo que queríamos y al escuchar las indicaciones de Belén, decidí hacer algo para evitarlo. Mientras mi hermana hojeaba unas revistas, le pedí a la peluquera que la peinara bien sexy, que le hiciera con el brushing algún look salvaje. Me miró espantada, me dijo que no podía hacer eso, insistí, dudó un poco y mientras le lavaba la cabeza a Belén su expresión se volvió divertida y me dirigió un guiño de complicidad. Lo mismo hice con la maquilladora. Belén le había pedido sombras color pastel, que no le delineara los ojos con negro y mientras ella hablaba, yo le señalaba sombras marrones, delineadores negrísimos e iluminadores color bronce. Entre las tres la mareábamos con la conversación. “No, no te mires hasta que estés lista” insistíamos. Cuando por fin se vio al espejo palideció a pesar del maquillaje y, en voz muy baja, alcanzó a decir “sáquenme esto”.

- Ya no hay tiempo -dije tomándola de un brazo - Vamos, vamos, mirá la hora que es y el pobre Alfredo solo...

Me siguió, protestando me pedía que la ayudara a sacarse el maquillaje y que le arreglara el peinado. Se lamentaba por lo que pensaría el cura, lo que diría Martín, lo que diría la gente. Aproveché el chaparrón que se largó en el momento en que entrábamos a su casa para distraerla diciéndole que era una egoísta pensando en su aspecto cuando al pobre Alfredo se le frustraba la fiesta al aire libre. Y mi hermana, cuya especialidad es preocuparse por los dramas ajenos, me apuró

- Vamos, pobre Alfredo, habrá que entrar todo.

- ¿Y Martín? -pregunté.

- Duerme, pobre, está muerto. Le dejo la alarma en el celu y le mando un mensajito a Mariano para que lo busquen. Vamos, vamos...

Camino al campo, mientras Belén conducía yo la miraba perpleja, estaba espectacular. Era inconcebible que no explotara la belleza exótica que había heredado de mamá, que se esmerara en esconderla. Por suerte, preocupada por la lluvia, ya no se acordaba de su aspecto de reventada como ella lo había definido. Poco antes de la tranquera de “La Soledad” Belén detuvo el limpiaparabrisas y descubrimos asombradas que no caía una sola gota. Acabábamos de salir de un aguacero y podíamos ver que unos pocos kilómetros más adelante el agua desdibujaba los montes. Sobre “La Soledad” desfilaban relámpagos tenebrosos y truenos ensordecedores pero ni siquiera garuaba. Nos miramos preocupadas al ver que en el parque estaba todo listo, los arreglos de flores en las mesas ya vestidas, la iglesia improvisada con los reflectores encendidos, las alfombras desplegadas, el discjockey probando sonido y juego de luces...

Al entrar a la casa se nos acercó la madre de Andrea, desesperada.

- A ver si ustedes pueden convencerlo a Alfredo, chicas, hay que entrar todo antes de que se arruinen las cosas... Pero él está terco como una mula y esta Francisca que le insiste con lo de los huevos...

- ¿Dónde está Alfredo? -preguntó Belén.

- En el escritorio. Y Roberta... ¿Quién le eligió ese nombre pobrecita? Adivinen dónde está. Arreglando a esas amigas tan extrañas que tiene. Pobre Alfredo, va de Guatemala a guatepeor, disculpen que se los diga a ustedes que son las hermanas pero no entiendo porqué tiene que hacerse cargo de esas mujeres, ¿no tienen familia?

Pregunto. Se tendría que estar arreglando ella, falta poco para la ceremonia y salió muy tranquila de jeans y zapatillas a la casita de huéspedes. Yo no le digo nada porque ustedes la conocen bien, no hace caso a nadie pero por lo menos hablen con Alfredo, adentro hay espacio de sobra, la iglesia podría armarse en el escritorio y las mesas se podrían instalar entre el living y el comedor, es enorme esta casa, todavía hay tiempo.

Javier había aparecido mientras la mujer hablaba casi a los gritos, gesticulando aparatosamente. Se paró detrás de ella y con su dedo índice nos hacía señas de que estaba loca. La mujer me había agotado, no decidí hacerlo pero le dije algo con total maldad, tanto que me sorprendí a mí misma al oírme.

- Tiene razón, Adela, no tiene sentido hacer todo afuera cuando con las ampliaciones del arquitecto de su hija acá entrarían mil personas cómodas.

Belén me miró horrorizada, Javier se rió divertido, la mujer me miró perpleja. Por fin reaccioné

- Perdón, Perdón, Adela, no sé porqué dije eso, soy una bestia, deben ser los nervios por el casamiento...

Belén me rescató del mal momento tomándola del brazo y, con tono dulce pero autoritario, la llevó hasta la escalera y la convenció de que debía descansar, que no se preocupara por nada y que cuando bajara, nosotras ya habríamos solucionado todo.

Encontramos a Alfredo en el escritorio, en la penumbra de aquel atardecer oscuro por la tormenta. Estaba de pie frente al ventanal con un vaso de whisky en una mano y un cigarrillo en la otra, observando la tormenta. No giró para mirarnos, nos saludó con un leve movimiento de cabeza.

- ¿Te ayudamos en algo? -pregunté.

- No, les agradezco.

-Creo que sería mejor que mandaras a entrar las cosas -le dijo Belén mirándome preocupada.

- Se hace todo afuera -contestó parco.

- Pero es que va a llover -insistió Belén- cuando veníamos por la ruta...

- Se hace todo afuera -repitió con voz quebrada apoyando la frente en el ventanal.

Toda la felicidad que yo le había visto en los días anteriores desapareció con la imagen de aquel hombre apabullado, tal vez por enfrentarse a la realidad o a lo incoherente de su sueño. Creí que se había arrepentido de fabricarse todo aquello y que en la tormenta que arruinaría su fiesta tan costosa, leía un mal presagio.

- ¿Querés hablar con Roberta? -le pregunté tratando de ayudar.

Luego de un largo silencio contestó

- No quiero hablar con Roberta: Quiero casarme con ella -y después de una pausa agregó -Casarme afuera.

Con Belén salimos preocupadas, recorrimos el parque y llegamos hasta la improvisada iglesia, los hombres instalaban un toldo en el lugar donde estaría el sacerdote y una mujer vestía la mesa que oficiaría de altar. El sector de las mesas estaba casi listo. Los centros de mesa, preparados con exquisito gusto por Consuelo, cortaban hábilmente con despliegues multicolores, el blanco inmaculado de los manteles de hilo.

Apuramos el paso hacia la casa de huéspedes para buscar a Roberta. Plácido Domingo vociferaba junto a Aurelia a través de las ventanas. Clara bailaba al compás en el centro de la alfombra, la enfermera planchaba los vestidos de fiesta y Roberta maquillaba tranquilamente a Catalina, ambas sentadas en el piso en posición de Buda. La enfermera observó nuestro gesto de incredulidad

- Le dije a Roberta que se vaya a cambiar, que yo me ocupo de ellas, pero es como hablarle a la pared.

- Listo, Roberta, seguimos nosotras, andá a cambiarte -intentó Belén.

Roberta no se dio por aludida. Sonrió ante el intento vano de Belén, con esa sonrisa sobradora y displicente que usa cuando pone nerviosa a la gente. Eso la divierte y despierta en mí las ganas de darle un reverendo sopapo. Estaba por gritárselo cuando Clara me tomó de las manos y me hizo bailar con ella. Belén tomó mi lugar

- Te das cuenta, inconsciente, que faltan menos de dos horas y vos acá como si nada mientras el pobre infeliz se hace cargo de todo... ¿Qué tenés en la cabeza?

Aurelia apagó el aparato de música, se acercó a Roberta que seguía maquillando a Catalina como si nadie hubiese hablado

- ¿Estás segura, Laurita, que este es bueno? Mirá que con el otro te fue tan mal...

- Este es bueno, muy bueno, Aurelia, quedate tranquila.

- Sí, sí, este es bueno, le va a durar hasta la muerte, hasta la muerte santa...- acotó Catalina

La enfermera resoplaba en un rincón, Clara había dejado de bailar y sólo retomó sus pasos de baile cuando Catalina empezó a recitar

La muerte tan santa
La muerte tan blanca
Nos llevó a la ruta
En un día de sol.
Los dos liberados,
de férreas cadenas,
volamos livianos,
por aires de amor.
Giramos, giramos
tan juntos los dos,
tan fuerte, mi amado,
tan fuerte el dolor.
Y todos lloraron
Gritaron de horror
En aquella tarde
Que nos fuimos vos y yo.
Y todos lloraron
Su culpa o rencor
Y todos lloraron
Menos vos y yo

Roberta nos miró a los ojos con un claro reproche a nuestra preocupación por su "pérdida de tiempo".

- Ya estás lista -le dijo a Catalina y buscó una botella de champagne.

Aurelia se apresuró a buscar copas y la enfermera se quejó con voz enérgica

- Sabés que no pueden tomar alcohol, Roberta, no seas irresponsable.

- Hoy hay recreo a las prohibiciones, día de jodillay. A partir de mañana son tu responsabilidad, hoy se divierten conmigo.

Llenó las copas de champagne y mirándonos a Belén y a mí nos dijo

- Por “La Merceditas”.

- Por que aprendas a ser feliz - contesté.

- Por que sepas hacer feliz a tu marido -brindó Belén.

- Por la muerte -sonrió Catalina.

- Por San Agustín -brindó Clara, eufórica.

- Por... Por... -dudó Aurelia.

- Por la cordura -suspiró la enfermera detrás de la tabla de planchar.

Roberta vació su copa y nos dijo a Belén y a mí

- Ahora sí, son todas de ustedes, las dejan preciosas porque son mis invitadas especiales.

Aurelia corrió hacia el aparato de música y Pavarotti reemplazó a Plácido Domingo. No me resultó fácil convencer a Clara de que se deje maquillar, insistía en mostrarse feliz por sus párpados caídos y no quería disimularlo con sombras y delineadores. Belén se ocupó de Aurelia quien se mostró encantada con los tonos de sombra que combinaban con su vestido. La enfermera nos echó generosamente, se comprometió a terminar de arreglarlas y nosotras corrimos al cuarto a cambiarnos. Cuando nos vestíamos, Francisca peinada y vestida de fiesta entró para decirnos en su estilo escueto

- Roberta se fue a dormir.

- ¡¿Cómo que se fue a dormir?! -gritó Belén.

- Me dijo que la despierte media hora antes de la ceremonia.

- Voy a verla -dijo Belén amagando a salir.

- No, no -intervine -no se preocupen, Roberta va a estar puntual en la iglesia, no se hagan problema.

Me enfundé en el vestido, retoqué el maquillaje y me gustó la imagen que me devolvía el espejo. Extrañé a Marta y lamenté que no me viera, habría estado feliz. Belén se lamentaba por su aspecto, me pedía que la ayudara a cambiarse el maquillaje por algo más discreto pero otra vez, aferrándome a la excusa de la falta de tiempo, la distraje y se vistió, sin discutir más, con su vestido celeste nada.

Ya estaban en el living todos los parientes y, en el parque, los invitados se acomodaban en los bancos de la iglesia. Alfredo conversaba animadamente con Mariano cerca de la puerta, Consuelo alternaba de grupo en grupo y cada tanto acomodaba el moño de pelo de Malena que insistía en correr y patinar por el piso lustrado. Me aferré del brazo de Sebastián al ver que Roberto Castelli se acercaba y, egoístamente, dejé que mi devota hermana Belén se hiciera cargo de la situación.

- Me prometiste que te ibas a portar bien - dijo Sebastián una vez que nos alejamos.

- No sé por qué lo decís -contesté con cara de ingenua y reí después.

- Mirá si te viera así Gonzalo, se vuelve loco. En realidad nos está volviendo locos a mí y a la pobre Marta. Después de la Facultad, se aparece en casa a preguntar por vos, dice que no hay mails tuyos que tu celular no tiene señal, qué raro ¿no? Yo siempre consigo... A Marta le da lástima, lo invita a comer. Lo bueno es que siempre cae con champagne. Esto de tener un futuro consuegro bodeguero tiene sus ventajas, che.

- Espero que te hayas guardado botellas de reserva o te hagas abstemio -dije tratando de adornar mi noticia con humor- porque el lunes lo llamo, no quiero seguir más.

- ¡Uh! Se muere el desgraciado. Me dijo que está apurando unas materias porque se quiere casar el año que viene.

- Por eso, se lo tomó demasiado en serio. Es que a la distancia me doy cuenta de que no lo extraño.

- Nos vamos el lunes. Decíselo en persona, mejor.

- Bueno, de eso te quería hablar. Te juro que me muero por volver con ustedes pero Roberta me pidió un favor y no me puedo negar, viste cómo es. Resulta que viven con ella Catalina Ortiz que está...

- Ya supimos con Marta.

- Y con Aurelia y Clara ¿las conocés?

- A Clara de vista, a Aurelia la conozco bien y sé que está...

- Sí. Las tres están medio "eso". Roberta me pidió que me quede con ellas hasta que vuelva del viaje.

- ¡¿Te pide que te quedes a cargo de tres locas?! Exclamó y al minuto se arrepintió - Perdón, perdón, son personas muy queridas, pero no me parece que...

- No me quedo a cargo, se quedan con una enfermera pero Roberta quiere que las acompañe a... A mirar las estrellas -reí nerviosa ante la difícil situación de explicar aquello.

En ese momento, oí voces afectadas y estudiadas que llegaban desde los sillones. Nos acercamos y vi a Alejo rodeado de un grupo de primas que lo cercaban y que, haciéndose las bobas, le mostraban las piernas que, como al descuido, emergían de profundos tajos de sus vestidos. El reía también, irreconocible vestido de traje que resaltaba sus ojos claros. No sé qué cara puse al mirarlo porque Sebastián, siguiendo el recorrido de mi mirada preguntó

- ¿Lo de Gonzalo es porque conociste a alguien?

- No conocí a nadie. Ese es Alejo Iturrez y es un idiota.

- Ay, Dios, me siento viejo, está hecho un hombre... ¿Cómo que es un idiota? Era tu mejor amigo.

- Pasaron muchos años. La gente cambia.

- Bueno, no le va nada mal para ser un idiota.

- No es gracioso -dije de malhumor.

- No hice ningún chiste.

Martín se acercó para decir que era hora de salir. El sacerdote había llegado y faltaban pocos minutos para la ceremonia. Acompañé a Sebastián hasta uno de los bancos reservados para familiares, me acerqué a Alfredo e Mariano y juntos fuimos hasta el altar. Me sorprendió la juventud del cura y su parquedad al saludar. Sentí en

mi nuca la mirada de los cuatrocientos y algo de invitados que observarían extrañados la metamorfosis de aquella niñita acomplexada que años atrás había desaparecido del pueblo para reaparecer hecha toda una mujer.

Los relámpagos cruzaban el cielo. Al sonar los truenos, las luces del parque palidecían y finalmente se apagaron. Luego de unos breves minutos de oscuridad total, un potente reflector iluminó el trayecto alfombrado hasta el altar. La gente se puso de pie, el murmullo cesó abruptamente y cuando la música escapó de los parlantes, desde la oscuridad apareció Roberta deteniéndose sólo un instante en el extremo del camino. No sé si fueron los rayos que atravesaban enloquecidos el cielo, la aparición de Roberta desde la oscuridad a la alfombra o su belleza inconcebible, pero lo cierto es que, al verla, se oyeron sollozos ahogados encadenados a un mismo espejismo: el mito, la reina más amada del pueblo, Laura Ortiz, resucitaba más hermosa que nunca enmarcada por un cielo rugiente y eléctrico. Sólo unos pocos, creo que Alfredo, sus familiares, mis hermanas y yo vimos entrar a Roberta con paso lento y seguro, con gesto altivo, sin nadie en quien colgar del brazo su soledad. Roberto Castelli se desplomó en su asiento con la mano en la boca, ahogándose con la visión de aquel fantasma que reaparecía después de doce años. Cuando Roberta llegó al altar y tomó el brazo de Alfredo, un silencio sepulcral, sólo interrumpido por tronares intermitentes, precedió a las palabras del sacerdote. Mientras las decía, recordé el comentario despectivo de Roberta sobre su vestido y pensé en lo equivocada que estaba. Según ella, Alfredo había tirado el dinero en un traje que podía hacerse con sábanas cosidas al descuido, pero la diseñadora no pudo interpretar mejor el traje para Roberta. Era una túnica, simplemente una túnica tomada por un cordón blanco en la cintura, cuyos extremos caían hasta el suelo. Sin velo, sin cola que arrastrara por el piso, una simple túnica de caída impecable que recordaba al atuendo de las diosas del olimpo. No había nada que debiera resaltarse en ella, sólo había que cubrir, pudorosamente para la boda, la perfección y la sensualidad tan agresiva como involuntaria de mi hermana. Sentí un fuerte dolor en la garganta al recordar a mamá, pensé en la injusticia de que no nos acompañara. Tal vez divorciada, como había dicho Sebastián, seguramente engordada o con los párpados algo caídos, pero siempre mamá. La imaginé volando entre los relámpagos forcejeando para evitar la lluvia que no caía y le sonreí. Le sonreí a ella que luchaba empecinada en salvar el sueño de Alfredo. Nada ayudaba a cortar el ambiente enrarecido, aquel sentir de los invitados alucinando una aparición sobrenatural.

Reparé en mi distracción, el sacerdote llevaba un rato hablando mientras yo sonreía a mamá al frenético cielo. Decía en ese momento

- Ruego a Dios que este hombre y esta mujer que hoy buscan la bendición de Nuestro Señor, tengan conciencia del amor grande y generoso que El espera de ellos. Y porque ambos deberán ser como el amor de Cristo, amores que se dan, no que piden y desean. Y porque ambos saben que más allá de esta terrena vida habrán de encontrar la felicidad que los llene. Por eso, habrán de encontrar aquí, viviendo en la fe y en la esperanza y en la caridad, la felicidad que, sin hallarla, busca el hombre contemporáneo en mezquinos amores. Eso pedimos ahora para ustedes: felicidad y santidad que es la manera de lograrlo. Manifiesten ahora su decisión, tomándose la mano derecha y manifiesten frente a Su Dios y su Iglesia el consentimiento para contraer matrimonio.

Un grito agudo, que llegaba desde los bancos, me sacudió.

- ¡Bravo! ¡Bravo! -gritaba Clara aplaudiendo emocionada.

- ¡Otra! ¡Otra! -agregó Aurelia eufórica y la enfermera, desesperada, intentaba que se sienten las dos.

Se oyeron algunas risas veladas, los parientes de Alfredo murmuraban y el sacerdote, incómodo, y luego de carraspear, siguió con las preguntas de rigor. Roberta y Alfredo las contestaron con las manos entrelazadas. Los truenos se empeñaban en aparecer como actores tan oportunos e inequívocos en sus intervenciones, que miré enojada el cielo cuando un rugido feroz siguió a la voz solemne del cura que decía

- Que el hombre no separe lo que Dios ha unido.

- Sólo la muerte blanca, la muerte santa... -se oyó cantar a Catalina.

Los flashes de las fotos se mimetizaban con los relámpagos cuando Alfredo y Roberta llegaron al sector de las mesas. Un mozo les sirvió champagne a los dos y la gente se acercaba a saludarlos pero no del todo. Roberta, con su percepción innata, adivinó. Cortó el hechizo, en un instante, parándose en una silla y gritando con una sonrisa radiante

- Brindo por el día más feliz de Roberta Castelli.

El sonido de su nombre deshizo el encantamiento y, lentamente, los invitados se acercaron a saludar a los novios. El despliegue de los mozos indicó que el festejo había comenzado y el personal completo de “La Soledad”, desde las mucamas, la cocinera, el encargado y hasta el último peón de la estancia fue servido y atendido como a un invitado más. La gente del pueblo me rodeó con genuino cariño, se mostraban felices por mi regreso. Las mujeres mayores se empeñaron con mis mejillas y, retorciéndolas con sumo placer, comentaban: “Los mismos ojos de Laura”, “la nariz de los Castelli”, “el pelo de los Ortiz”, “la sonrisa del padre”... Con esa terquedad que tiene la gente por buscar parecidos y herencias, desmenuzaron mi pobre humanidad en discusiones interminables: “Que a los Ortiz”, “que a los Castelli”, “que tenés un corcho en el ojo...” Cuando noté que mi cara se transformaba en una ensalada difusa de colores discutidos, mi nariz y mi boca cambiaban de forma según me vieran decididamente Ortiz o Castelli, decidí huir a un espejo para recordar el color de mis ojos y la verdad de mis rasgos.

Salía de mi cuarto de acomodar mi pelo y maquillaje acribillados de besos y saludos cuando oí la voz de Roberta al final del pasillo. Me asomé y la vi junto a Aurelia que lloraba muy nerviosa. Roberta me hizo una seña y fui con ellas. Roberta la calmaba

- Nadie te va a llevar. Es toda gente buena...

- Me quieren llevar -repetía Aurelia angustiada - ¿Cuándo nos vamos a “La Merceditas, Laura?

- Falta muy poco. La terminan de pintar y nos vamos.

- No quiero bajar otra vez... Me van a llevar a ese lugar.

- Nadie te lleva a ningún lado. ¿Querés dormir? -le preguntó mientras hacía una seña a la enfermera para que le inyectara el calmante de la noche.

- Sí, sí, quiero dormir, Laura, déjenme dormir.

- Bueno, Zulema te lleva a la casa y yo voy en un rato, ¿sí?

- Sí, sí, quiero dormir, hay mucho ruido, no me gusta el ruido y además afuera están ellos.

- ¿Quiénes? -preguntó Roberta.

- Ellos, ellos. Quiero dormir -dijo mientras se dejaba llevar dócilmente por la enfermera.

- Vamos al parque -me dijo Roberta y mientras bajábamos repentinamente le dije

- Roberta... Es un flor de tipo, te quiere tanto que...

- ¡Vos también! No sé porqué están todos preocupados, creen que lo voy a hacer un infeliz. Va a ser más que feliz conmigo.

- No seas soberbia.

- No es soberbia, ya te dije que me encanta este hombre y me encanta estar con él.

- Eso no alcanza.

- Claro que sí, me alcanza a mí y le alcanza a él. Así de simple.

Roberta se perdió entre los invitados y yo busqué desesperada a Sebastián. Tenía miedo de que alguien me interceptara para deliberar sobre mis genes predominantes. La voz de Roberto Castelli me acuchilló en la espalda.

- Estás monísima.

Utilicé mi antiguo recurso de multiplicar, no para ocultar el llanto sino para neutralizar la expresión de mi cara.

- Te presento a Sofía - dijo inseguro.

Recordé mi promesa a Sebastián y noté que un grupo de personas observaba expectante aquel encuentro incómodo. Intenté una sonrisa y la saludé con un insípido "hola". Roberto Castelliapuró la conversación para retenerme.

- ¿Cómo andan los chicos?

- Bien, muy bien. -contesté.

- ¡Tantos años sin quedar embarazada y ahora no puede parar! -dijo riendo y mirando a Sofía para que compartiera nuestra conversación, pero la mujer parecía más conciente de lo forzado de la situación y se limitaba a sonreír. - Son un pilón de chicos-agregó Roberto.

- Somos un pilón -contesté sin poder evitarlo.

Javier salvó la situación llegando a las carcajadas porque a una mujer se le había corrido la `peluca y porque lo habían torturado como a mí con los: "Es bien Castelli" "Que no, que es Ortiz puro". Pude reír, distendida, al escuchar a mi hermano que adoro y observar cómo imitaba con mímica cada encuentro y cada pellizco que le habían prodigado en la cara. Logramos, así, una conversación neutra y civilizada, compartiendo anécdotas de Javier y hasta comenté algo con la esposa de mi padre biológico. El gesto de orgullo con el que ella miraba a Javier la mostraba como la madre que había sido para él durante tantos años. Roberto Castelli detuvo a un mozo para pedirle vino blanco.

- No, señor. Champagne, jugos o gaseosas.

Sebastián, que en ese momento llegaba a rescatarme, oyó lo del vino.

- A mí también me sonó raro y le pregunté a Alfredo. Me dijo que el vino trae borrachera triste y el champagne, alegre. Dice que en esta fiesta no quiere ningún

mamado triste, que hay champagne como para tres días, todos en pedo pero contentos - rió.

Cada uno levantó su copa y Sebastián brindó
- Por una curda feliz.

Durante la comida, Roberta caminaba radiante de la mano de Alfredo, posando para las fotos con cada grupo. Disfruté al ver la cara de felicidad de mi nuevo cuñado, ese hombre increíble que, desafiando a la tormenta, cumplía por fin su mejor sueño. Roberta no lo soltaba pero, de todos los hombres que no eran fuertemente aferrados por una mano, dos estaban rodeados por un séquito de mujeres de todo tipo. Uno de ellos era Alejo que seguía con el club de admiradoras pegado a sus talones y el otro era Martín. Belén miraba el cielo tormentoso con Clara y Catalina y me enfureció pensar que eso era realmente vivir en la luna.

Las luces se apagaron abruptamente y un potente reflector iluminó el sector de baile a la vez que sonaba el vals. Los invitados formaron un círculo para mirar bailar a los novios que lo hicieron radiantes y clásicos hasta que Roberta hizo una seña al discjockey. “Nueve semanas y media” sonó sorpresiva en los parlantes y Roberta comenzó un baile sensual con la mirada fija en los ojos de Alfredo. La gente aplaudía divertida mientras Roberta le sacaba el saco del jacket y lo tiraba al pasto, siguió con el plastrón, desabotonó algunos botones de su camisa y cuando los invitados gritaban enloquecidos, Roberta hizo otra seña al dj y una potente música nada sensual invitó a todos a bailar. Resulta extraño observar cómo la buena música, un buen juego de luces y un batallón de mozos repartiendo champagne como si fuera agua, nos sumerge en un estado amnésico balsámico, enajenado de preocupaciones, dudas, temores, angustias y, como dijera el cura, de la melancolía del hombre contemporáneo. Las burbujas del alcohol bullen en nuestra mente confundiendo los estantes en los que archivamos nuestras convicciones; los cambios abruptos del color de las luces alteran los tonos de los trajes y vestidos, de los pelos, de las pieles, del aura de las personas... Y la música... La embriagante música trasladándonos a su terreno, raptándonos de la realidad, obligándonos a seguirla aún contra nuestra voluntad.

Martín bailaba feliz, ya no era mi somnoliento y apático cuñado sino aquel atractivo y seductor hombre que yo había visto en su foto de casamiento. Consuelo saltaba divertida con Malena, Mariano bailaba con Francisca, Roberta con Javier, Alfredo con Clara, Belén con Sebastián y, cada uno de los invitados fue seducido y atraído por la pericia del discjockey. El cielo se tornaba blanco por momentos, al sonar los truenos la tensión de luz disminuía pero no se cortaba y al recobrar su potencia la gente festejaba con gritos eufóricos. Con el correr de la noche, a la secuencia obediente: relámpagos- truenos- bajada de tensión- subidas de tensión- gritos frenéticos- ausencia de lluvia, se agregó el brindis de Alfredo que, ya sin plastrón ni saco y con la camisa fuera del pantalón, gritó

- ¡Por los huevos de Francisca!

- ¡Por los huevos de Francisca! -repetían los que alcanzaban a oírlo sin tener la menor idea del significado de aquel insólito brindis.

Nadie dejaba de bailar, bailar nos daba sed, la sed nos traía champagne, el champagne nos alegraba y la alegría nos confundía... Como cuando Roberta le aferró el pelo a Alfredo y le dio un beso largo y profundo, uno de esos besos no aptos para

todo público y que todos festejaron con un aplauso y que al verlo dije a Sebastián emocionada: “mirá cómo se quieren...” Y tan grande la confusión que después del casamiento, bolsa de hielo en la cabeza, recordé haber bailado en una ronda y en una de las vueltas ver la cara de Catalina que nos observaba atenta desde afuera. Y mientras la fiesta estaba en su esplendor, la música y el champagne sólo me dejaban entender que se casaba mi hermana, que todo era divertido y que mi pasado, mi presente y mi futuro estaban allí anulados mientras todos reían. Todos menos Catalina pero eso lo entendí después.

El momento de cortar la torta nos obligó a aterrizar en el mundo real pero no del todo. Comimos hasta hartarnos y, cuando todos retomaron el baile con sus rondas y trenes, con mis hermanas nos alejamos del bullicio y nos echamos en el pasto, exhaustas, a observar el espectáculo majestuoso de la tormenta. Poco después, se sumaron Mariano, y Martín que huía de admiradoras que insistían en que encabezara un tren. Cuando oí los gritos de Belén, me asusté y me incorporé de un salto. Frente a nosotros, una pareja de adolescentes se besaba apasionadamente con un exagerado subir y bajar de manos. Belén estaba de pie, tambaleante e indignada

- ¡¿No tienen otro lugar adónde ir a manosearse que no sea frente a nuestras narices?!

Los dos la miraron con gesto burlón y el proyecto de hombre, tocando ostentosamente la cola de la chica, dijo

- Vamos a otro lado, Ceci, que la vieja se pone nerviosa.

Belén, o sea la vieja de veinticinco a años, se acercó a ellos y con la lengua algo enredada les gritó

- ¡¿Qué me ponen nerviosa, borrego pelotudo?! ¿Te creés que me horrorizás con tus jueguitos eróticos de jardín de infantes? Mientras ustedes no pasan de un manoseo asqueroso yo tengo sexo, con mi marido, todas las noches en una cama mullida, con las sábanas que se caen a la mierda y creés que me escandalizaron. ¡Me dieron asco! Se babea en el beso, idiota. Dentro de unos cinco años, cuando aprendas mandate la parte, infeliz.

La parejita había huido humillada por las palabras de Belén. Quedamos en silencio, creo que procesando una información que nuestro cerebro no lograba clasificar. Mi hermana, la “monjita”, la mujer que se vestía ocultando sus “impropiedades”, que detestaba el maquillaje agresivo, había hablado de sexo diario con el marido, y del bueno, teniendo en cuenta su vehemencia. No fui la única sorprendida ya que, tras unos minutos de perplejidad colectiva, Roberta rió a carcajadas y rodó por el pasto en un ataque incontrolable sosteniéndose el estómago con las manos como si fuera a estallarle. Martín sonreía orgulloso y dijo

- Esa es mi fiera.

Belén titubeó, aún tambaleante, y finalmente dijo

- Creo que necesito un café - y se alejó con paso inseguro.

El alcohol me empujó a preguntar a Martín lo que jamás me habría atrevido estando sobria.

- ¿Es verdad lo que les dijo?

Martín seguía acostado en el pasto con una copa de champagne vacilante sobre su frente. Contestó con una sonrisa borracha.

- Claro -contestó y todos quedamos expectantes en silencio. El siguió, no sin dificultad para mover la lengua.

- De día es la que ustedes ven, la dulce, la que va a misa todos los días, y de noche se vuelve una loba que apenas me deja dormir. Ella dice que en la Acción Católica le enseñaron que el sexo en el matrimonio es sagrado y ¡ella es muy católica! -rió divertido.

Lo dijo levantando la copa y se desplomó nuevamente sobre el césped. Roberta ya no reía y escuchaba atentamente a Martín. Yo seguí algo desconfiada

- Pensé que Belén te aburría, siempre estás bostezando...

- ¿Aburrirme? -rió totalmente acostado con la copa haciendo equilibrio sobre su frente. - No sé qué es aburrirme con ella. ¡Cómo no voy a bostezar! Laburo en el Banco, estudio para meter las últimas materias, me lleva a misa todos los días y después ¡me ataca la loba!

Estallamos en carcajadas menos Mariano que había escuchado atentamente cada palabra, y que finalmente se alejó del grupo y entró a la casa. Belén regresó, no con el café que había ido a buscar, sino con otra copa. Se sentó al lado de Martín que al sentirla la tiró de un brazo para tenerla junto a él. Lloré, pero no de borrachera triste sino de felicidad por haber volteado otro fantasma. Bendije al champagne que había permitido a mi hermana mostrarse tal cual era y a mí, preguntar algo que hubiese sido indiscreto y de mal gusto pocas horas antes. Consuelo vació media copa de un trago y con una risa amarga nos dijo

- Creo que voy a entrar a la Acción Católica.

- Muy buena idea -dijo Roberta y nos levantó por los brazos ordenándonos - Ahora vamos a bailar.

Alfredo bailaba con Francisca como si la noche recién hubiese empezado y Roberta y Consuelo se sumaron a ellos. Decidí buscar a Alejo aprovechando que mi lengua se encontraba liberada de sus trabas habituales y así preguntarle porqué escapaba de mí. Quería pedirle que me insultara si eso lo hacía feliz. Lo encontré en un sillón hamaca, rodeado de su séquito, con los ojos vidriosos, sin el saco y la camisa desprendida fuera del pantalón. No me importó que las tilinguitas que lo acompañaban oyeran lo que tenía que decir así que me acerqué decidida pero él, adivinándome, se puso de pie y caminó apurado alejándose de mí. Debí trotar para no perderlo de vista y cuando las sandalias me molestaron las tiré en el parque. Atravesó la pista en donde la gente bailaba divertida, forcejeé con algunos invitados que querían integrarme a sus rondas y trenes bailados y corrí hasta verlo desaparecer de la zona iluminada del parque. Cuando pude acostumbrarme a la oscuridad divisé su silueta internándose en la arboleda y corrí pero lo había perdido. Quedé sola, quieta y en silencio, llorando sin ruido. Las copas de los árboles se agitaban monstruosas al compás de la tormenta y, al ser iluminadas por los relámpagos, se me antojaban látigos que buscaban atraparme. Quise gritar su nombre pero sólo articulé un sonido ahogado, giré sobre mis talones y el dolor de las plantas de mis pies lastimados se sumó al dolor lacerante de mi pecho. Al girar vi su camisa blanca que resplandecía en la noche casi rozando mi cara. No sé cuánto tiempo estuvo allí, respirando a mis espaldas sin que yo lo notara. No dijo nada, pasó sus manos por mi cara recorriendo lentamente mis lágrimas, me abrazó y me dio un beso tan hondo que yo, que creía haber estado afuera alguna vez, reparé en mi gran error. Aquel beso fue el inicio de un viaje que me llevó a terrenos desconocidos y tan

lejanos que creí que jamás regresaríamos de allí. Llegamos juntos a la tierra del silencio absoluto, a la tierra de la transfusión irreversible de almas. Y la tierra sin tiempo nos absorbió por milenios no coincidentes con el tiempo del mundo terrenal. Y llegamos tan afuera que ya no quería volver y quise morir si eso era la muerte, mientras muriera con él en ese espacio sólo nuestro. Ya no existía la tormenta, la arboleda, la música lejana, los recuerdos, los rencores. Ya no existía más que la fusión de Alejo y yo.

Pero los sonidos regresaron y regresaron los relámpagos, las siluetas de los árboles, el dolor de mis pies lastimados, mi vestido y mi pelo revueltos manchados de tierra y hojas, y regresó el rumor de aquella noche que lentamente perdía su oscuridad. Me observaba con mirada triste, sentado en la tierra y con el torso desnudo. Sonreí feliz, no había nada que quisiera ver al despertar salvo a él pero no sonrió, se incorporó, me ayudó a acomodar el vestido, alisó mi pelo y sopló mis pies para sacar la tierra de las heridas. Evitaba mirarme cuando yo sólo buscaba sus ojos, me tomó en sus brazos y me llevó hasta el parque. Rodeé su cuello con mis brazos buscando desesperada volver al espacio indescriptible al que habíamos llegado pero él, que me cargaba, ya no estaba ahí, no estaba conmigo. Me apoyó en el césped frente a la puerta de la casa y se alejó, abandonándome en el desolado mundo de los de adentro.

Los autos partían zigzagueantes y borrachos por la arboleda, el discjockey replegaba los cables, reflectores y parlantes. Los mozos dismantelaban las mesas y un trueno feroz liberó a la lluvia retenida, inexplicablemente, durante tantas horas.

Unos fuertes golpes en la puerta martillaron mi cabeza destruida. Intentaba abrir los ojos pero cientos de alfileres los pinchaban cada vez y desistía. Finalmente, Francisca, harta de golpear sin respuesta, entró a mi cuarto.

- Dice tu papá si podés bajar.

Sorprendentemente, Francisca hablaba en un tono muy bajo. Luego supe que la jaqueca también la azotaba. Moviéndome muy lentamente para frenar el dolor, me senté en la cama y comprobé que aún llevaba puesto el vestido de la fiesta con hojas y pasto adheridos al lamé. Llovía torrencialmente, la luz de aquella mañana era tan tenue, que pensé que era el atardecer. También yo, usando el tono más bajo que pudiera ser audible pregunté

- ¿Qué hora es?

- Diez y media.

- ¿Roberta ya se fue?

- Pero claro, hija, se fueron ayer después de la fiesta.

- ¿Dormí un día entero?

- ¿Y quién no? Don Alfredo está loco, mirá, de entrada largó ese vino con burbujas y no hay peón o mucama que esté en pie. Yo me levanté a las nueve y me abarajaron los huéspedes, endemoniados, porque ayer nadie los atendía. Ayer se arreglaron con lo que quedó del casorio pero hoy quieren otra cosa y la que me ayuda en la cocina parece muerta, ni contesta. La única que se fue es la ex suegra de don Alfredo, los demás siguen con la mejor cara de idiotas que Dios les dio como si nada. Mirá, Inés, cambiate y ayudame antes de que hierva a alguno, voy a ver qué hago de comer y no me jodan más pero vos me los convencés de que se vuelvan a su casa. Acá te dejo la bandeja con el desayuno, el café está bien fuerte y tenés torta que quedó.

- No me puedo mover, Francisca, se me parte la cabeza.

- Bueno, somos varios que andamos pariendo la resaca así que te traigo una bolsa de hielo, un puchero de aspirinas y te levantás que no puedo sola.

Sebastián estaba en el living hablando por teléfono. Estaba vestido con el traje de la fiesta y cuando colgó me preguntó

- ¿Dónde puedo darme un baño?

- ¿Qué hacés con esa ropa?

- Dormí acá, me desperté hace un rato.

- ¿En qué lugar?

- En un sillón del escritorio.

- ¿No ibas a dormir en lo de Consuelo?

- Sí, se suponía que sí, qué sé yo, aparecí en el escritorio. Qué papelón, hoy tenía que estar en la oficina. Acabo de llamar.

- ¿Qué te dijeron?

- Si no me daba vergüenza emborracharme en Chascomús cuando vivo en la tierra del buen vino. Le pedí a Francisca que te despierte porque te quería ver un poco. Almuerzo y me voy, no te enojés.

Nos sentamos frente al ventanal padeciendo la resaca con la mejor dignidad posible.

- No te vayas con esta tormenta.

- Tengo que ir. Manejo despacio.

- Igual es un peligro. Reponé los días con las vacaciones, qué sé yo, ¿qué problema hay con un día más?

- No es un día más. Está anunciada lluvia toda la semana y no es por el trabajo. Marta está sola con los chicos, le llegan cosas desde Salta para el negocio, tengo que darle una mano.

- No le vas a servir muerto, papá. Mirá, en estos días aprendí a enfrentar las cosas, es bueno pero duele, así que no abuses de mi nuevo coraje porque si te pasa algo voy a quedar como Catalina. ¿Por qué no me contaste lo de Ana y Santiago? Fue horrible...

- Porque Marta no quiere hablar de eso, habría sido como traicionarla y además vos no querías saber nada que te hiciera acordar a tu infancia, cambiabas de tema.

- Pero ahora necesito saber.

- No sé mucho en realidad... O de tanto no hablarlo las cosas se pierden, desaparecen. Eran primos hermanos, se enamoraron de chicos, escándalo familiar, trataron de olvidarse y cada uno formó una familia. Debe haber sido una tortura para ellos, no aguantaron más y...

- Se suicidaron.

- No creo... Les salió mal, me parece.

- Y los hijos se enteraron de todo.

- Supongo que sí. Acá fue un escándalo. El accidente sirvió a la chusma para que gritaran a voces lo que hasta ese momento se murmuraba entre las viejas y no tan viejas baldeando la vereda. Imaginate lo que fue para Marta todo esto, las dos hermanas el mismo día. Habló algunos meses del tema, sólo para llorar y echarse culpas hasta que se encerró en este silencio que yo respeto.

- Se siente culpable porque persiguió a Ana para que corte la relación con Santiago porque eran primos hermanos y le presentó al padre de Catalina.

- ¿Quién te contó eso?

- El Gran Jurado.

- ¡¿Quién?!

- Dejá, no me hagas caso, es la resaca. Andá a mi cuarto a darte una ducha que yo te consigo ropa de Alfredo para que bajas a almorzar.

Mirando la lluvia a través de los cristales me esforzaba, apretando la bolsa de hielo en mi cabeza, en trazar un plan ahuyenta-huéspedes. Oí sus voces acercarse a la sala, las adolescentes hablaban a los gritos y una de ellas decía al grupo

- Me tiene remuerta, está buenísimo, onda Brad Pitt y cuando se traba hablando me reratonea, me dan ganas de morderle el labio.

- ¿Si le vamos a golpear la puerta? - sugirió otra- Mirá si hoy tampoco baja...

- O entramos sin golpear -rió una tercera.

- Guarda chicas que hay testigos -dijo la primera advirtiendo mi presencia.

Mi pobre cabeza sufrió lo que le habría deseado a ellas porque, involuntariamente y movida por la furia, apretaba la bolsa de hielo hasta lo intolerable. Al llegar hasta los sillones, el hermano de Alfredo y su mujer, luego de dirigirme un parco saludo, siguieron la discusión que traían.

- Andate vos si querés, las chicas quedaron con Alejo para andar a caballo así que nos quedamos hasta que pare de llover y se den el gusto. Además, estoy cansada, unos días de relax campestre me van a venir bien.

- ¿Cansada, dijiste? -empezó el marido en tono irónico: ¿Cansada de qué?

- ¿De qué? ¿Quién educa y cuida a tus hijas sin cobrarte un solo peso, ¿eh?

- ¡Qué agotador! Educás a “tus” hijas que van al colegio doble turno y que si no están ahí, están en hockey o equitación. Y lo de sin cobrar es gracioso. ¿Querés que te muestre el resumen de tu tarjeta? No son compras de supermercado precisamente. Ni una institutriz trilingue para las chicas me cobraría semejante cifra, querida.

- ¿Me estás diciendo mantenida? ¿Por qué no hacés memoria? Yo estaba en la Facultad y si no me hubiera casado hoy sería abogada. Me anulé como persona por vos y las chicas y ¿ahora me echás en cara lo que gasto?

- La que tiene una amnesia galopante sos vos, amorcito, porque la que estaba desesperada por casarse eras vos y creo que me convenciste, con el argumento ciento veinte, de las delicias del matrimonio.

- Realmente sos grotesco, no sé para qué pierdo el tiempo hablando con vos. Y después de todo, ¿si no hago nada para qué insistís en que volvamos todos juntos?

- En eso tenés razón ¿ves? No había pensado en lo bien que me vendrían unas vacaciones, volver del trabajo y estar solo en el departamento, bah, es un decir, hay más empleadas que paredes, pero bué... Además me conviene porque acá no hay shoppings que hagan tronar tu Visa dorada. Que disfruten su estadía en “La Soledad” que bien me lo merezco.

La discusión seguía y, con ella, una tenue luz se encendió en mi jaquecoso cerebro casi congelado por el hielo y me escabullí a la cocina. Francisca gruñía directivas a las mucamas somnolientas mientras arremetía contra un pollo al que más que trozarlo parecía hachar.

- Habrase visto semejante caradurez, se creen que somos un hotel, nosotros.

- Francisca- dije- dejó el pollo un rato y escuchame. ¿A qué hora baja Alejo?

- Hoy ni a palos. Vomitó desde que terminó la fiesta, ya no le queda nada en el estómago pero sigue y sigue. Lo mandé a bañarse y le llevé un té, pero para qué, más estropicio todavía. Así que con suerte baja mañana.

- Perfecto, es lo que necesitamos. ¿Cuántos huéspedes quedan?

- Si no veo doble por la borrachera, quedan dos hermanos de don Alfredo con sus mujeres, tres hijas de un matrimonio y del otro, un hijo y una hija.

- Mirá Francisca, si los demás son como los que están en el living, mi plan va a funcionar. Por lo que escuché, estas mujeres no lavan ni una taza así que durante el almuerzo les voy a decir que Alfredo le dio franco a todo el servicio mientras estén de luna de miel. Además -sonreí maliciosa- las amigas de Roberta van a almorzar con nosotros. Ocupate de que las mucamas y la cocinera desaparezcan hoy.

- Por la cocinera no hay problema, sigue como muerta. Pero Inés, cuando venga don Alfredo me mata si se entera lo que hicimos con sus parientes.

- No te hagas problema, yo me hago cargo de todas las mentiras, sólo hacé lo que te pido, evaporá a las mucamas que yo después te ayudo a lavar los platos.

-Mirá Inés, si conseguís que se vayan estos parásitos, lavo sola hasta mañana si hace falta. ¡Ay, que me olvidaba! Roberta te dejó una carta.

Mientras Francisca volvía a lancear el pollo, pero con nuevos bríos felices, me senté en un banquito a leer

Inés:

Creo que me alegra no encontrarte porque tampoco pudimos ubicar a Alejo para despedirnos. Me muero por saber detalles. Sobre la cómoda de mi cuarto te dejé las llaves del auto y una chequera, usala todo lo que la necesites, están todos firmados. Hacé de tu vida lo que quieras, está todo organizado. Pasá un rato por día con mis amigas y el resto del tiempo sentite libre. Si tenés ganas en algún momento, date una vuelta por “La Merceditas”. Mariano va a controlar la obra pero una mirada femenina no vendría mal y hacé todas las sugerencias que te plazcan. Sé que la vida de campo no te fascina, andá al pueblo a respirar civilización aunque si pasó lo que sospecho, creo que “La Soledad” puede llegar a gustarte más de lo previsto. Ya me tengo que ir. Te quiero mucho. Roberta.

- No sé lo que te dice -me dijo Francisca al ver que doblaba la hoja- pero me encargó que no te falte nada así que cualquier cosa me avisás. Cada tres días va la chata al pueblo así que hacé tus listas y se las vas dando para que te traigan.

- Gracias Francisca.

Como empujada por un resorte me levanté y grité

- ¡Ay Francisca! ¡Me olvidé de papá! Le dije que le llevaba ropa de Alfredo hace como una hora, no debe entender nada... Uy, hacéme un favor, queda mal que yo abra el placard de Alfredo.

- Dejá eso, yo me ocupo, vos andá buscando las locas, digo, las amigas de Roberta.

El aguacero me obligó a buscarlas en auto. La enfermera se resistió en un principio, dijo que estaban tranquilas con su música y sus juegos de mesa y que no le parecía conveniente trasladarlas. Le mentí porque no tuve el valor de explicarle mis bajos motivos, mi idea de usarlas para ahuyentar a los huéspedes. Cobardemente, argumenté que se había complicado la organización del almuerzo, que el personal estaba sobrecargado y que no podrían alcanzarles el almuerzo a la casita. Zulema cedió por fin pero malhumorada dijo

- Vos te hacés cargo, yo me quedo acá.

- ¿No vas a comer?

- Alcanzame algo cuando las traigas. A menos que también sea complicado trasladar una porción.

Ayudé a Clara, Aurelia y Catalina a arreglarse un poco y salvo Catalina, se mostraron encantadas con el programa. Cuando llegamos a la casa principal, los huéspedes conversaban en el living. Dejé a mi trío con ellos y busqué a Sebastián. Estaba en el escritorio curioseando la biblioteca.

- Papá, ¿te acordás cuando me mandaste a clase de teatro?

- ¿Y eso?

- Hoy te quiero mostrar que no tiraste la plata. Durante el almuerzo voy a representar un papel y te pido que pongas cara de que todo está bien y no te sorprendas con nada de lo que yo diga.

- Creo que me estoy poniendo nervioso.

- Más nerviosa se va a poner Francisca si no logro que los huéspedes se quieran volver a Buenos Aires.

- Definitivamente estoy nervioso. Una curiosidad... Las admiradoras del "idiota" ¿están entre los huéspedes?

- Sí.

- ¿Francisca se va a poner nerviosa si se quedan, o vos?

- No seas malo.

- Me parece que hay algo que no me contás.

- No te enojés, sabés que te cuento todo, lo que pasa es que no estoy segura de lo que tengo para decir. Cuando yo lo entienda prometo contártelo.

- Lo único que te pido es que no te acerques a nadie que te haga sufrir.

- Tal vez me lo merezca, le hice mucho mal.

19

- No fue tanto, eran muy chicos. Lo único que te digo es que si el taradito te molesta de alguna manera me avisás y vengo.

- No te hagas problema, Rambo, ya estoy grandecita como para defenderme sola. ¡Ay! No me quiero reír que se me parte la cabeza.

- La cabeza se la voy a partir al mocoso ese, si se hace el idiota.

- No me va a hacer nada, tranquilo... Bueno, vamos con mis protegidas que las dejé solas entre las fieras.

Aurelia les preguntaba si habían visto a Laurita, Catalina fumaba en un rincón, totalmente ausente, y Clara preguntaba a las horrorizadas cuñadas de Alfredo si se habían hecho cirugía plástica porque le resultaba extraño que no se les hubiesen caído los párpados. Las adolescentes observaban la escena cacareando una risa idiota. Francisca nos anunció que el almuerzo estaba servido. Una de las mujeres exageró la cara de espanto al ver las bebidas y fuentes sobre la mesa.

- Como se nota que no está el dueño de casa -dijo indignada.

- Por favor, sírvanse y vayan pasando la fuente.-invité.

- ¿No hay Coca Cola? -preguntó el único varón del grupo de teens.

- Se acabó -dije aún sonriente pero con ganas de revolearle un vaso por la cabeza.

- ¿Podés apagar el cigarrillo? -dijo una de las mujeres a Catalina.

- No -le contestó inexpresiva.

- Mirá -replicó la mujer - morite como se te dé la gana pero matate sola. Está comprobado que el fumador pasivo sufre las consecuencias del humo casi igual que el fumador.

- ¿Y cuál es el problema? -contestó Catalina impávida- Después de todo te estoy haciendo un favor, ahora, si no lo valorás la casa es grande.

- ¿Vos manejas estas mujeres? -me preguntó la mujer furiosa.

- No son autos, son mujeres. Mujeres independientes -recalqué.

Uno de los hermanos de Alfredo se quejó porque al pollo le faltaba cocción y el otro insistió que nunca había comido un pollo tan rico. Clara les preguntó si les eran infieles a sus mujeres y si las preferían jovencitas. Uno de ellos se atragantó con el vino y el otro rió con ganas.

- ¿Van a comer siempre con nosotros? -preguntó la otra mujer malhumorada.

- Por supuesto -contesté- Es su nueva casa y tienen derecho a disfrutarla.

- Ay, yo no sé cómo Alfredo se hace cargo de estas tres mujeres, no le bastó con una que le reventara la vida, ahora se casa con una que le enchufa tres...tres...

Creo que mi cara de asesina la ayudó a definir

- Tres mujeres -finalizó.

Sebastián parecía el espectador de un partido de tennis. Boquiabierto, seguía la conversación. Cada tanto, yo lo codeaba para que fingiera naturalidad. Cuando terminamos de comer el plato caliente comencé a apilarlos sonora y groseramente

- Por ser el primer día los levanto yo pero si tienen pensado quedarse, vamos a organizar turnos.

Cuando volví de la cocina con los postres la mujer que más hablaba preguntó

- ¿Y las mucamas?

- ¿Cómo? ¿Alfredo no les avisó? -pregunté cándida. -Les dio el mes de vacaciones. Francisca se va mañana así que si no les importa, tenemos que organizar turnos para hacer las compras, cocinar, lavar los platos y demás porque escuché que te quedás con tus hijas y seríamos muchos. Con la limpieza y la ropa no hay problema, cada uno se ocupa de lo suyo.

Aurelia, preocupada, preguntó

- ¿Voy a poder cantar?

- Por supuesto, cada uno hace lo que le gusta, sobre todo con esta lluvia nos tenemos que divertir. Vos podés cantar, Catalina puede fumar, yo puedo traer a mi sobrina algún día y Clara puede...

- Puedo leerles las confesiones de San Agustín -completó feliz.

Sebastián me sorprendió porque ya divertido con el juego, acotó

- No me parece buena idea que traigas a Malena porque si le da un ataque de epilepsia...

- No hay problema -aclaré aguantando la risa- Hay que sacarle la lengua, nomás.

- Perdón- intervino la mujer menos locuaz- ¿quién está a cargo de esta casa?

- Buena pregunta - contesté- Supongo que todos y nadie.

- Yo no puedo creer que Alfredo haya dejado las cosas así, no es su estilo. Quiero hablar con Alejo.

- Andá a verlo, está en el cuarto vomitando -dije con total naturalidad mientras me llevaba una cucharada de flan a la boca.

- No tenías porqué ser tan gráfica a la hora de comer.

- Perdón - me excusé- pasa que en mi casa me enseñaron que “devolver” dicen los que se quieren hacer los finos así que sorry, pero Alejo está vomitando mal que le pese a tu educación.

- Nos vamos ahora - dijo la mujer que había planeado quedarse con sus hijas.

- No, má - lloriqueó una de ellas - quedamos con Alejo en quedarnos una semana...

- Les gusta el primito ¿no? -intervino Clara.

- ¡¿Qué?! -gritaron las adolescentes al unísono.

- Lo que oyeron. Se pasaron la fiesta mostrándole las piernas y haciéndose las cansadas para tirársele encima, chiquitas.

- Sos una vieja loca -le gritó una de ellas.

- Vieja y loca puede ser, pero no puta como ustedes.

- ¡Mamá! -gritaron las chicas y ya parecían un coro exasperante.

Catalina recitó

- Mira que te mira Dios, mira que te está mirando, mira que vas a morir, mira que no sabes... cuando.

- Suficiente -dijo uno de los hermanos de Alfredo a su familia -preparen las cosas, nos vamos.

- Ustedes también -dijo el otro a la suya.

- ¿No toman café? -pregunté cándida.

Los huéspedes se levantaron y una de las mujeres me dijo

-Alfredo se va a enterar de esto.

- Por supuesto. Dentro de un mes -sonreí. Es una lástima que no te quedes a descansar, no hay como las tareas domésticas para sacarse el stress porteño.

La mujer subió la escalera tropezando por la furia. Francisca apareció radiante con café y nos reímos con ganas. Sebastián se contagió pero después me miró preocupado

- Me parece que se te fue la mano. Son parientes de Alfredo.

- No se preocupe -intervino Francisca- lo bien que le viene a don Alfredo que de tan bueno lo toman de tonto. ¡Si le habrán chupado la sangre los hermanitos! Y así le fue con la primera mujer pero con Roberta le va ir bien. Yo leo en la gente ¿sabe? Y ella es de buena calaña y a Francisca jamás nadie la ha engañado -finalizó mientras desaparecía en la cocina.

- En realidad no importa que sean primos -dijo Catalina sorpresiva y tardíamente.

- Por supuesto que no -dijo Clara acariciándole la cabeza- no importa que sean primos, el problema es que son unas putas y Alejito es un buen chico.

- Ana no era una puta -suplicó Catalina con la mirada.

- No, no, claro que no, tu mamá era una belleza de persona.

- Pobre Ana - intervino Aurelia - sigue en el intermedio y quiere subir. ¿Así que Ana es tu mamá?

- Ya te lo dije mil veces. Ana es mi mamá y Santiago es mi papá. Ortiz de acá, Ortiz de allá, Ortiz de acá, Ortiz de allá, Ortiz de acá...-contestó Catalina.

- No, mi amor -interrumpió Clara- Tu papá se llama Fernando.

- ¿Te parece? -dijo Catalina sacando del bolsillo de su jean una foto de Santiago Ortiz. Nos miró uno a uno, en especial a Sebastián y a mí, creo que disfrutando nuestro gesto de perplejidad y horror. El parecido de ambos era evidente, el corte de cara, el pelo castaño oscuro contrastando con los ojos celestes. Pareció agradarle lo que provocaba porque empezó a reír con carcajadas que me estremecieron y sentí miedo al verla así. Veía la escena como de una película de terror y me faltaba el aire. Sebastián al verme así tomó cartas en el asunto.

- Bueno, es hora de descansar, las llevo a la casa.

Tendió la mano pidiéndome las llaves del auto y las tres lo siguieron dóciles. Cuando llegaban a la puerta, sobre la risa de Catalina, oí la voz de Aurelia preguntando a Sebastián a qué plano pertenecía.

- ¿Cómo a qué plano? -preguntó papá, desconcertado, y Clara lo salvó contestando

- Está en el mundo, Aurelia.

Me desplomé en un sillón con el estómago revuelto por lo que había dicho Catalina, por la culpa de haberlas usado aumentando mi jaqueca, por los recuerdos de la noche de la fiesta, mi encuentro total con Alejo, su abandono, Catalina recitando la letra de la ronda mientras yo bailaba ebria y feliz. Ella afuera y yo adentro. Ella afuera y yo adentro...

Papá entró, apurado, adivinando mi angustia. Buscó café en la cocina y se sentó a mi lado.

- No tiene porqué ser cierto, Inés, pensá que Santiago también era Ortiz, los parecidos se confunden.

- La cara, los ojos... Por Dios, vos viste la foto.

- No te vuelvas loca con algo que nunca vamos a saber, no te dejes sugestionar, vos viste que está mal de la cabeza. No me parece bien que te quedes sola con estas mujeres. Roberta no tendría que haberte pedido esto. Volvé a Mendoza conmigo, dale.

- No. Me costó decidirlo pero ya está. Estoy bien, fue un sofocón por lo de Catalina. Voy a estar bien.

- Ya me tengo que ir, Inés. En diez minutos viene Mariano a buscarme.

- Llueve mucho, esperá que pare.

- No puedo. Voy despacio, prometido.

Aquel mes de estadía en “La Soledad” estuvo matizado de altibajos anímicos pero con una gran diferencia con mi vida anterior, podía subir y bajar hasta el fondo del abismo con las riendas en la mano.

Cuando papá se fue, una fuerte sensación de desamparo me sobrecogió. Sin afectos, con un amor explosivo y sofocante que sólo me devolvía un gran enigma, quedé sola frente al ventanal y tomé conciencia de la verdadera misión que Roberta me encargaba. Acompañar a sus amigas un rato por día, no sonaba convincente ya que ellas no tenían lazos afectivos conmigo. Roberta me había dejado a cargo de algo mucho más complejo: me dejaba a cargo de mí misma, de mi propia voz, de mi verdadera imagen frente al espejo. Desde que cumplí diez años y fui a vivir con Sebastián y Marta, mi vida fue una permanente fuga del pasado amparada por la comodidad de cambios de ciudades a las que papá era enviado por la empresa. El cambio de paisajes y de gente disolvía el poder de los fantasmas. La inercia, como compañera benigna, meciéndome y arrullándome en su falta de exigencias, sólo empujándome junto a una familia que por exceso de amor me permitía no apurarme a crecer. Hasta mi regreso a Chascomús. Roberta plantándose frente a mí con una mano en alto, con su pedido velado me había dicho: hasta acá llegaste. El primer aterrizaje forzoso, el corte abrupto del piloto automático de mis días, fue volver al pueblo, enfrentar a mis hermanas, a sus familias, a mi abuela, al gran jurado, a mis muertos... Fue un período duro que me acercó a terrenos peligrosos de miradas fijas a un frasco de píldoras que me habría alejado piadoso de todo aquello. Luego de sortear ese lapso, Roberta me plantaba frente a otro que en apariencia era más benigno, pero no lo era en realidad. Ya no era la misma persona o sí lo era pero debía buscar mi verdadera voz. La lluvia fue cómplice de mi hermana, duró cinco días y sobraban las horas para meditar. Tomé la primera decisión al darme cuenta de que no podía resolver nada sin antes enfrentar a Alejo. Necesitaba saber qué había sido para él nuestro encuentro en la arboleda y corrí escaleras arriba hasta llegar a su cuarto. Francisca salía con una bandeja y al verme sonrió contenta

- Alejo ya está mejor, puede comer pero creo que acá llega el mejor remedio.

Estuve a punto de golpear la puerta para anunciarme, pero la furia que me provocó imaginármelo en su cuarto hizo que la abriera con tal fuerza que golpeó contra la pared. Estaba en la cama recostado sobre un almohadón, leyendo. Al verme se incorporó hasta quedar sentado, el libro cayó al piso, miró por sobre mi hombro como buscando auxilio y eso me enfureció aún más. La cerré con la misma violencia con que la había abierto y grité

- Estamos solos vos y yo. Nadie más.

Abrió la boca para respirar, su pulso acelerado podía adivinarse en el pecho que subía y bajaba cada vez más rápido. Incómodo, se incorporó a buscar el libro pero lo increpé nuevamente.

- Me vas a contestar una sola cosa y esta vez no me vas a tapar la boca con un beso. Quiero saber qué fue lo que pasó la noche de la fiesta. Qué fue para vos porque sé perfectamente lo que pasó.

Me miraba con angustia, parecía esforzarse para llegar a la palabra. Entrecerró los ojos, torció la boca, rogué íntimamente que el problema fuera la “t” que, según Roberta, era la letra que más tartamudeaba. Le rogué a Dios que fuera aquella bendita

“t” con la que empezaría a decirme “te amo”. Y esperé, mortificada, aquello que no llegó porque se mordió el labio y bajó la mirada. Un dolor intenso me quemó la garganta, sentía cientos de manos arañándola y demoré en preguntar lo inevitable por temor a la respuesta. Por fin, apoyándome en la pared, lo hice

- ¿Todo lo que pasó fue porque estabas borracho?

Alejo seguía mirando el piso con la respiración agitada, esperé el “no” piadoso que no llegó, se ovilló abrazándose las rodillas, escondiendo la cabeza. Abrí la puerta lentamente y antes de salir le dije

- Ya me contestaste y no te sientas mal, me lo merezco.

Mientras duró la lluvia, aproveché para leer. Alfredo tiene una biblioteca magnífica con colecciones de ediciones agotadas. Conocí autores, devoré tomos y tomos en aquellos días tormentosos y grises. El escritorio es un lugar acogedor y Francisca me alcanzaba la comida allí. Por las tardes iba con unos mates y nuestro tema recurrente para reírnos era el almuerzo ahuyenta-huéspedes. Me habría gustado comer con ella, tiene un humor ácido que me divierte pero, aunque nunca hablábamos del tema, lo cierto es que Alejo comía con ella en la cocina y eso me estaba vedado. La persistente lluvia impidió que las amigas de Roberta contemplaran las estrellas al atardecer, de todos modos las visitaba cada tarde. Mis visitas se alargaban a medida que empezaba a comprender diálogos que mantenían entre ellas y a los que me integraron cuando dejaron de verme como una intrusa. Diálogos poco coherentes en un principio pero que con el correr de los días se me hizo familiar de un modo de aprendizaje nada ortodoxo por lo que jamás podría explicarlo. Sólo aprendí a sentirlo y realmente me agradó. Una vez que pude conversar con ellas sin usar frases forzadas y premeditadas, comenzaron a quererme y yo a ellas. Nos divertimos y sufrimos juntas, canté con Aurelia, bailé con Clara, escuché atentamente los poemas que recitaba Catalina, cada día uno nuevo pero indefectiblemente todos llevaban el mismo título: A la muerte.

Con la enfermera no nos llevábamos mal, en realidad no nos llevábamos. Controlaba mucho a Aurelia con sus remedios, insistía en que las comidas fueran livianas, supervisaba los programas de televisión que miraban, pero todo quedaba allí, en la eficiencia.

El primer día de sol, después de tantos y tantos días de lluvia, creo que la extrañé. La gente reapareció a trabajar el campo, Alejo volvió a ser el centauro que desaparecía a primera hora para regresar al anochecer y yo organicé mi tiempo. Durante la semana visité a abuela y a mis hermanas, recorrí remates, consultaba a Marta por teléfono y logré buenos negocios. De regreso al campo pasaba por “La Merceditas”, los trabajos avanzaban rápidamente, y me apuraba a volver temprano para compartir el té con quienes ya eran mis amigas. Al anochecer, cumplíamos el ritual de acostarnos en el pasto para ver las estrellas y nos sumergíamos en un silencio maravilloso en el que cualquier palabra habría resultado grotesca. Al volver a la casa, Francisca me esperaba con la comida en el escritorio y allí leía hasta altas horas de la noche. Cada tanto, un escalofrío me avisaba que Alejo, amparado por la oscuridad, me espiaba por la ventana. Yo fingía no notarlo hasta que intuía que ya se había ido. Fingí también, la noche que entró a mi cuarto sin el menor ruido, creyéndome dormida. Sentía su respiración en mi nuca, me olía el pelo y simulé dormir para no ahuyentarlo. Una débil luz de ilusión se encendió al creer en un momento que me abrazaría, pero otra vez escapó de mí. Oí un golpe seco en la pared del pasillo y un gemido ahogado. Imaginé su puño dolorido y quise llorar pero el dolor era demasiado intenso para unas pobres lágrimas.

Mis hermanas y sus familias pasaban los domingos en “La Soledad”. Comíamos asado y jugábamos a las cartas mientras Mariano se daba una vuelta por “La Merceditas” a controlar los trabajos, y Martín se echaba en una hamaca paraguaya y, entre bostezo y bostezo estudiaba sus últimas materias de Derecho. Me causaba mucha gracia verlo bostezar, recordaba la escena del casamiento, aunque nunca se

volvió a tocar el tema entre nosotros. Malena siempre se las ingeniaba para encontrar a Alejo y regresaba eufórica con los cuentos de sus aventuras: “Alejo me enseñó a galopar”, “Alejo me llevó en el tractor”, “Alejo me regaló un perrito” Alejo esto, Alejo aquello, Alejo para todos, menos para mí que purgaba mi condena.

El mes transcurrió más rápido de lo que había imaginado, se acercaba la fecha de regreso de Alfredo y Roberta y yo tenía una cita sin cumplir así que una noche salí con el auto para Chascomús. Mentí a Consuelo diciendo que dormiría en su casa para llegar temprano a un remate, a la mañana siguiente. En la oscuridad de la habitación, esperé fumando ansiosa (influencia de Catalina) a que llegara la hora señalada.

Parecían esperarme y, sin saludar y parcamente, hablaron a mi silueta en las penumbras

- Tome asiento y apague el cigarrillo.

- Vengo por mi sentencia.

- Con calma. Se tomó su tiempo para venir, nosotros nos lo tomamos para el veredicto. Se la ve bien...

- Ustedes qué saben...

- Sabemos... Sabemos. Dijimos bien, no feliz, no es lo mismo. Pero no perdamos tiempo, escuchamos atentamente.

- Yo escucho atentamente, quiero el veredicto -protesté.

- No. Usted debía encontrar una pieza extraviada de su historia.

- La encontré.

- Dígala.

- Ustedes la conocen.

- Dígala.

- El día que Roberto Castelli llegó a buscarnos al campo, no corrí hasta el auto, corrí al cuarto de mi madre, quería pedirle perdón por haber roto las tarjetas. Me sentí una porquería por avergonzarme de ella y le pedí que volviera con nosotros a casa. Se puso feliz, le pidió a Aurelia que la ayudara con el equipaje pero el marido le dijo que no lo hiciera.

- Su padre.

- El marido. Sigo. Cuando vio que no lograba convencerla le habló sobre una mujer, ella no se sorprendió, dijo que no le importaba, que sólo quería volver a casa porque yo se lo había pedido, que ella se haría cargo de nosotros y... El... El la ofendió, se burló de ella, dijo que en su estado...

Otra vez manos invisibles arañando mi garganta para ahogar mi voz.

- El...

- Suficiente. Lo que sigue no nos compete. Póngase de pie. Inés Castelli, este Jurado resuelve 1) Absolverla por el delito de homicidio de Laura Ortiz por las pruebas irrefutables de su inocencia.

2) Absolverla de la muerte de Justo Ortiz cuyo único asesino fue su propio sentimiento de culpa.

3) En consecuencia, se la absuelve de la muerte de Santiago y Ana Ortiz, la cual usted relacionaba con el suicidio de Laura Ortiz.

4) Se la considera culpable del delito de cobardía que manifestó durante doce años escapando de su familia y su realidad.

5) Se la considera culpable del delito de abandono de persona en perjuicio de Alejo Iturrez a quien, movida por su mezquindad y egoísmo, dio la espalda cuando este le requiriera ayuda en reiteradas oportunidades. Creemos, de todos modos, que sobre este punto está purgando usted su condena.

6) Por último, su condena será cargar con el dolor lacerante que se lee en sus ojos hasta que, si es que lo hace, la absuelva la víctima.

Inés Castelli, este Jurado ha finalizado con usted. Ya puede retirarse.

Salí sigilosamente de la casa de Consuelo, a las tres de la madrugada. La calle estaba desierta, la laguna brillaba espejada por la luna, serena y plácida. Me pregunté adónde estaría la fortuna que abuelo Justo, sostenía acumularía año a año. Acerqué el auto hasta la orilla, apagué los faros para verla sólo con el resplandor de la luna. Deseé nacer de nuevo, cambiar mi historia, que el maldito tiempo retrocediera devolviéndome a mi madre y a mi abuelo. Frente a la laguna había reído tantas veces con ellos y ya ni siquiera recordaba sus voces. Había sido el primer recuerdo perdido en mi infancia, sus voces que alguna vez fueron cálidas y alegres. Y la laguna, que en mi infancia había sido una alcancía gigante que devoraba al atardecer monedas de oro, tan mágica y generosa, había terminado devorando las voces de mi abuelo y mi madre, como una ladrona vil y avarienta que no me devolvía ni el oro ni aquellos recuerdos tan preciados para mí. Bajé del auto para mirarla bien buscando quien sabe qué respuesta y, el espejo del agua, me devolvió una triste imagen de profunda soledad. Esa era mi lamentable imagen aquella noche. Una profunda soledad.

Cuando había recorrido unos diez kilómetros camino a “La Soledad”, crucé una camioneta que, de inmediato, se detuvo bruscamente. Frené, y al bajar del auto, reconocí a la camioneta de “La Soledad” y me sobresalté, no sé porqué pensé en Catalina. Alejo y el encargado bajaron de ella y corrieron hasta mí.

- Por suerte la encontramos -dijo el encargado con gesto de preocupación. - Pensamos que le había pasado algo, Alejo me despertó asustado y...

Alejo respiraba alterado y no hablaba.

- Disculpe -lo interrumpí hablándole a él pero mirando a Alejo- No avisé que salía ni que volvía tarde porque ni me imaginé que a alguien le fuera a importar. Disculpe que por mi culpa se tuvo que levantar a esta hora.

Volví al auto, aceleré bruscamente y ellos me siguieron. Estacioné frente a la casa en donde Francisca, parada en la galería, aleteaba los brazos de tal modo que parecía iba a volar.

- ¡Ay, Inés! ¡El susto que le pegaste al pobre chico! Estaba tan tartamudo que no le entendía nada. Estaba tan loco que no podía meter la llave en la camioneta. Tan loco estaba que le dije que así no podía manejar y lo fue a despertar al Braulio para que lo lleve.

Cuando Francisca terminaba de hablar, Alejo pasó junto a nosotras y, enfurecido, entró a la casa dando un portazo.

- Andá a dormir, Francisca. No sé para qué armó semejante escándalo.

- ¿Estás bien?

- Estaba bien hasta que aparecieron ellos, sentí que me paraba la policía. Qué tipo estúpido. Hasta mañana, Francisca, no doy más.

Cuando subía por las escaleras hacia mi cuarto, Alejo me sorprendió en el descanso cortándome el paso. Por primera vez oía su voz y, al menos, recuperaba una de las anheladas voces de mi pasado.

- Nnnno vuelvas a hacer eso -tartamudeó.

- ¿Por qué no? - pregunté ahogada de felicidad porque me hablara y se preocupara por mí. No contestó, me dio la espalda y subió apurado a su cuarto. Cuando llegué hasta su puerta, estaba con llave y, agitando y forcejeando el picaporte, grité una y otra vez “¿por qué no?”

No volvió a hablarme, siguió huyendo de mí cada vez y me resigné a no buscarlo.

El día antes de que llegaran Alfredo y Roberta, era domingo e Mariano nos llevó a todos a ver la obra terminada, en tiempo record, de “La Merceditas”. Aurelia, Clara y Catalina recorrieron eufóricas sus nuevos cuartos y se las veía felices por la inminencia de la mudanza. Mariano y Martín recorrían la casa con ojos críticos y con mis hermanas entramos al cuarto de mamá. Abrimos cajas, hojeamos álbumes de fotos, mirando algunas entre risas, otras con nostalgia y otras en un inquebrantable silencio. La belleza de mamá estallaba en los papeles, pedí llevarme algunas y separé algunas de Santiago y Ana. Se las enseñé a mis hermanas y señalando las de Santiago pregunté

- ¿Vieron esta cara?

- Sólo Dios sabe, Inés... -me contestó Belén adivinando el sentido de mi pregunta.

- Sólo Dios y Catalina -repuse.

- Sólo Dios -insistió.

- ¿Y Fernando no tiene dudas? Digo... Ves las fotos y cómo terminó todo después...

- Le sería tan fácil como pedir un ADN y jamás habló de eso. Cuando Santiago y Ana se quisieron escapar y se destapó la olla, Catalina tenía doce... trece años... Si para él es su hija qué importa lo que sospechen los demás y te aclaro que no es ciego ni tonto. ¿Para qué darnos manija nosotras?

- A Catalina la altera el tema, parece estar segura.

- Y nadie puede hacer nada, Inés. - agregó Consuelo y cambió de tema. - Bueno, vamos yendo a “La Soledad” que hay mucho que preparar.

- ¿Qué hay que preparar?

- Muchísimas cosas -contestó evasiva y casi nos empujó hasta el auto.

Era evidente que los dueños de casa, llegaban aquel día.

El ruido de las aspiradoras, los olores a cera y lustradores de metal lo delataba. Mariano traería a Roberta y Alfredo a la noche desde Buenos Aires y los esperamos ansiosos. La cocinera había preparado un menú especial y Francisca retaba a carcajadas a Martín que entraba a cada rato a la cocina a probar un poco de cada cosa. Consuelo armaba arreglos florales en el living y en el comedor, y con Belén, esperamos sentadas en la galería. Decidimos no avisarles a Clara, Aurelia y Catalina para no alterarlas con la espera así que comieron y durmieron como cualquier otro día.

Mariano entró tocando bocina a lo largo de toda la arboleda. Bajaron bronceados y felices, hablábamos todos a la vez y Alejo, que no aguantó las ganas de saludar a Alfredo, apareció de alguno de sus escondites para abrazarlo. Roberta me miró feliz interpretando mal aquella coincidencia. El baúl del auto pareció ser una galera de mago, comenzaron a bajar bolsos y valijas de todos los tamaños y colores.

- Creo que les trajo regalos hasta los perros -dijo Roberta divertida observando el entusiasmo de Alfredo.

La comida estaba lista pero Alfredo, a quien la felicidad le titilaba como un cartel luminoso, insistió en repartir las cosas que había traído. Abrió tres bolsos en el living, hizo llamar a todo el personal y nos llenó de paquetes multicolores. El encargado del campo entró a saludar, Alfredo lo sacudió en un abrazo, le dio su regalo y le dio un bolso encargándole que repartiera los regalos de los peones.

No sé en qué momento, Alejo desapareció del lugar. La sobremesa se extendió hasta las dos de la mañana. Transcurrió entre risas y anécdotas del viaje pero el momento más divertido fue cuando recordamos la fiesta de casamiento y el efecto del champagne en los invitados. Martín contó que dos de los invitados buscaban tambaleantes sus autos sin poder recordar ni la marca ni el color. Al día siguiente, en el pueblo, todo el mundo comentaba que Pancho Queisán había tomado la ruta para el lado contrario y que la policía de Magdalena lo detuvo porque lo encontró en la plaza vociferando que le habían cambiado el pueblo.

Entre cuento y cuento, Alfredo atendía su celular, sus amigos y parientes lo saludaban. En uno de los llamados frunció el ceño, titubeó, me miró extrañado, me puse muy nerviosa al ver que me miraba, quería escapar de la mesa. Alfredo siguió hablando

- Sí, yo ordené eso. Habían trabajado mucho para la fiesta y se merecían un buen descanso.

Francisca, que traía café, me miró pidiendo auxilio. Alfredo siguió ya de malhumor

- Me hubieras dicho que te quedabas unos días y dejaba a alguien. (...) No soy adivino, Paula. (...) Listo, listo, mandalas cuando quieras y disculpá pero estoy comiendo -finalizó con fastidio y cortó sin dejar de mirarme.

Francisca no respiraba, parecía una estatua con la jarra de café en suspenso. Antes de que Alfredo hablara, dije.

- Fui yo.

Alfredo seguía mirándome en silencio esperando algo más. Los demás quedaron en silencio, intrigados.

- Te pido disculpas, no es mi casa y no tenía ningún derecho. No sé qué decirte, no tengo excusa.

- ¿Qué hiciste? -preguntó Roberta entre divertida y preocupada.

Estaba avergonzada, todos me miraban esperando mi confesión y me sentía como un chico que debía confesar haber roto un florero. Aspiré hondo y confesé

- Una de las cuñadas de Alfredo habló sobre quedarse unos días y yo... Perdoname Roberta, traje a Clara, Aurelia y Catalina a almorzar, ahora me arrepiento, ya las quiero mucho, siento que las usé.

- Qué ¿qué?

- Pero ahí no termina, en el almuerzo les dije que Alfredo les había dado un mes de vacaciones a todas las empleadas y les propuse turnos para cocinar y lavar vajilla.

Todos escucharon perplejos y nos miraban a Alfredo y a mí. Roberta estalló en una carcajada y Alfredo seguía mirándome serio. Me puse de pie, quería salir de ahí

- Disculpen, me voy a...

- Sentate, Inés -dijo Alfredo pero seguí de pie.- Hiciste muy mal.-siguió

- Perdón -insistí- no tenía ningún derecho a...

- A decirles que les había dado vacaciones -me interrumpió. Tendrías que haberle dicho que las había echado y no pensaba reemplazarlo. Ahora me llama mi piantada y ofendida cuñada para avisarme que en unos días manda a mis sobrinas.

Pude sentarme, por fin aliviada, debatiéndome entre la felicidad por no haber ofendido a mi cuñado y la amargura de pensar que llegaban las tilingas admiradoras de Alejo.

Lo poco que dormí, lo hice entre pesadillas. Roberta me despertó con la bandeja de desayuno.

- Contame todo -dijo a modo de saludo.

- Bueno -empecé algo atolondrada por el sueño- Aurelia estuvo bien, la enfermera llamó una sola vez al médico pero...

- No, no... Ya estuve con ellas, contame de vos, de vos y de Alejo. Me fui más que feliz porque cuando los buscamos para despedirnos no los encontramos y...

- Nada.

- ¿Nada qué?

- Que no pasó nada. Bueno, pasó todo pero...

- Dale, me estás volviendo loca, ¿pasó todo o nada?

- Logré estar con él esa noche, por eso no nos encontraron pero pasó porque él estaba muy borracho. Yo también pero sabía bien lo que hacía, parece que él no.

La abracé llorando por primera vez desde que el desamor de Alejo me había golpeado. Mis propósitos de no compartir el dolor se derrumbaron ante Roberta, mi eterna protectora. Me devolvió el abrazo, desconcertada, sentí como se enfriaba su piel hasta que se puso de pie bruscamente y dijo

- Yo lo mato.

- Vos no matás a nadie. La culpa la tuve yo, lo seguí hasta la arboleda y él, para variar, se estaba escapando. Lo perseguí ¿entendés?

- Y ahora me vas a decir que lo violaste -dijo furiosa- Vamos, Inés, no lo defiendas, pedazo de pelotudo, te juro que lo mato. Ya mismo voy ver qué tiene para decir el...

- Ya hablé con él, no te metas.

- ¿Te dijo que lo hizo porque estaba borracho?

- Sí, a su manera.

- Bueno, qué te dijo tartamudeando...

- Basta, Roberta, no es eso... Nadie tiene la culpa ¿sí? Yo entendí mal y bueno, por lo menos, siento que estoy pagando mi culpa por no ayudarlo cuando me necesitó hace...

- Nadie tiene la culpa...Estoy pagando mi culpa... ¿Te estás escuchando? Culpa, culpa, culpa. ¿Fuiste mucho a misa con Belén o te hizo rezar el “Yo pecador” cien veces? Cortala con eso, por Dios, eras chica. Cuando yo tenía esa edad maté al conejito de Belén y ¿qué querés, que me pegue cien latigazos?

- Eso fue un accidente y no compares a Alejo con un conejo.

- ¿Quién te dijo que fue un accidente? Lo maté porque Belén me había cortado el pelo mientras dormía.

No pudimos evitar reírnos por lo ridículo de la situación. Roberta siguió ya sin enojo

- Y no lo comparo con un conejo, lo que te digo es que no podemos acarrear toda la vida con todas las idioteces que hicimos en la edad del pavo. Si alguien es culpable por Alejo es su madre, pedazo de yegua alzada que...

- Bueno -dije riendo- bajá un cambio. Yo no hablo más de culpas y...

- Pero la seguís sintiendo...

- Terminó. Este es el trato, yo no hablo más de culpas y vos no hablás de esto con nadie, ni se te ocurra contarle a Alfredo.

- ¿Te vas a quedar los días que me prometiste o te resulta muy duro?

- Mirá, llevo un mes soportando que no quiera verme, por tres días más no me voy a morir -dije y me levanté de la cama - Y basta de duelo, ¿cómo la pasaste?

- Bien.

- ¿Bien? ¿Sólo bien? - pregunté desilusionada.

- En realidad, no. Me fue más que bien pero es que me da no sé qué cuando vos...

- Si algo me levantaría el ánimo es saber que disfrutaste el viaje.

- Entonces ahí va -anunció: ¡me fue espectacular!

- Eso sí que me hace feliz.

- Bueno, ya holgazaneaste un mes entero, ahora me tenés que ayudar -dijo sacando el jean y el buzo más viejos que encontró. Empieza la mudanza a “La Merceditas”, se acabaron las vacaciones y quiero ponerme a trabajar.

- ¿Van a dormir allá?

- Sí, sí, mis amigas no pueden quedar solas. Alfredo va a ir a “La Soledad” todos los días y...

- Pero vienen visitas...- dije con un severo dolor estomacal.

- Sí, pero anoche lo hablamos con Alfredo. La mamá las manda con moño y todo sin que nadie las invite, así que del buen nombre y honor de las pendejitas que se ocupe ella.

- ¿Alfredo está de acuerdo?
- Por supuesto.
- Me parece que lo estás pervirtiendo -reí.
- En buena hora - contestó y riendo preparamos el equipaje.

Recorrimos la distancia entre los dos campos, varias veces, cargando valijas en dos autos y muebles, en la caja de la camioneta. Llevamos a Clara, Aurelia y Catalina en el último viaje, iban felices cantando canciones tan alegres, que Catalina no cantó ni recitó nada sobre la muerte. Al llegar a la estancia, Aurelia desvarió un poco confundiendo a Roberta con mamá, le decía que su cuarto estaba como siempre, que la veía preciosa, gracias a Dios, porque había tenido una horrible pesadilla, que la había soñado desfigurada y con problemas al caminar.

- ¿Viste Aurelia? No pasó nada, fue un sueño nada más, soy la misma de siempre -contestó Roberta con naturalidad, tan acostumbrada como estaba a que Aurelia la confundiera.

El día transcurrió rápido, agotador. Comimos en silencio, cansados y tranquilos y nos desplomamos, inmediatamente después, en los respectivos dormitorios. Cada tanto, durante la noche, la voz de soprano de Aurelia me despertaba. Amanecí al alba por los ruidos y el movimiento pero no salí enseguida, disfruté observando a Roberta por la ventana. Había llegado personal nuevo y ella daba directivas. Trabajó, incansable, todo el día, llevó caballos de tiro desde “La Soledad” a “La Merceditas”, recibió a una ingeniera agrónoma y recorrió con ella todos los potreros juntando muestras de tierra para analizar. Revisó hasta la última tuerca del tractor que Alfredo había comprado a un vecino y, cansada hasta la médula pero radiante, insistió en que la acompañáramos a dar una vuelta por el campo. Clara, Catalina, Aurelia y yo rebotábamos como pelotas en el acoplado del tractor mientras Roberta manejaba y se detenía cada tanto a revisar alambrados. Con mis amigas nos tomamos de la mano mientras regresábamos a la casa, emocionadas por el rosicler y la calma de aquel atardecer. Al llegar, y ver tanta gente nueva, Aurelia siguió a cada uno para preguntarles a qué plano pertenecían. Me divirtió la cara de espanto con que la miraban y ver cómo Clara ayudaba a las pobres víctimas contestando por ellos: “Son del mundo, Aurelia”

Al anochecer, fuimos a mirar las estrellas echadas en el pasto como siempre, Catalina empezó a recitar

Dicen que el amor de dos amantes
 A este mundo horrorizó
 Cuentan que en un principio
 Cada uno claudicó
 Dicen que padecieron
 Cada cual la decisión
 Cuentan que poco a poco
 El amor los desbordó
 Dicen que estalló en el aire
 Y que nadie lo advirtió
 Cuentan que el amor dolía
 Que la pasión los devoró

Dicen que en un camino
Una estrella los robó
Cuentan que fue la muerte,
La muerte blanca quien los salvó.

- Este cielo es mejor que el de “La Soledad” -dijo Roberta como si nadie hubiese dicho nada.

- Pobres -intervino Aurelia- ¿por qué se los robó una estrella?

- Porque no tenían que estar acá con gente idiota. -contestó Catalina.

- ¿Cuál estrella se los robó? -preguntó Aurelia

- Aquella -contestó Catalina a las carcajadas señalando una con el cigarrillo.

Los faros de la camioneta de Alfredo se acercaban a la casa.

- Vamos a comer, llegó Alfredo -dijo Roberta poniendo coherencia al momento.

Durante la comida, Roberta y Alfredo hablaban de trabajo, Roberta le comentaba su conversación con la ingeniera agrónoma y yo los observaba. Se veían tan bien juntos que pensé que tal vez la fórmula para un matrimonio feliz era la que aplicaba Roberta. Ser amada por un hombre atractivo y muy enamorado, sin amarlo, sin sufrir.

Volví a “La Soledad” a buscar lo que quedaba de mis cosas y a despedirme de la gente. Lamenté despedirme de Francisca, nos habíamos divertido

- Uno que yo sé va a quedar como abombado- -dijo riendo.

- Se va poner más que feliz, además me voy y vienen sus primitas.

-Ni me hagas acordar de las porteñitas esas, mirá.

Al despedirme de Alfredo decidí liberarme del único tema que me faltaba blanquear. Luego de agradecerle todas sus atenciones dije

- Quiero pedirte perdón por no haber contestado a tus cartas...

- ¿Qué cartas?

- Las que me mandaste para que venga a ayudar a Alejo.

- ¿Cuándo?

- Sabés bien cuándo, cuando Andrea se fue y él estaba...

- Eso fue hace mucho, Inés, ni me acordaba...

- Yo creo que sí te acordás y necesito que me perdones antes de irme.

- Por favor, Inés...

- Por favor.

-Bueno, si te hace bien, te perdono pero no me parece que...

-.Gracias.

Ni siquiera busqué a Alejo, no tenía sentido, habría escapado como siempre. Necesitaba alejarme pero me dolía. Roberta me llevó en su auto a la terminal y, mientras recorriamos la arboleda busqué sin éxito ver su figura de centauro galopando hasta la tranquera, siguiendo al auto como lo había hecho a mi llegada. Al tomar la ruta veinte, cruzamos un taxi que entraba a “La Soledad”

- ¿Viste? -gritó Roberta.

- No -mentí. No tenía ganas de comentar el tema.

- Mis sobrinitas políticas, ya llegaron, qué garrón...

- Mirá para adelante que nos vamos a dar la piña.

- ¿Pero no las viste?

- No.

- Sí las viste. Se te nota en la cara.

- Bueno, las ví, ¿conforme?

- ¿Estás segura de irte? Vienen por Alejo.

- Buenísimo, que pongan un talonario, saquen número y se lo vayan pasando, él se pone feliz con las primitas.

- Tal vez si hablaras con él, tranquila...

- Basta Roberta, no quiero hablar más del tema.

- ¿No era que no ibas escapar más de nada?

- No estoy escapando pero me duele mucho ¿entendés? Bastante lo tengo en mi cabeza como para fomentar el tema.

No habló más, la noté apenada y llegamos a la terminal en un silencio incómodo. Marta me llamó al celular.

- Ya estoy en la terminal. Salgo en veinte minutos.-contesté

Inexplicablemente, me preguntaba si no quería quedarme unos días más con Roberta. Me ofendí un poco, le pregunté si no me extrañaban algo, hasta que entendí. Roberta me miraba expectante, me despedí de Marta mientras un empleado ponía el ticket en mi valija.

- ¿Para qué le hablaste a Marta? ¿Qué le contaste?

- Que te faltaba cerrar un solo tema y que me parecía que...

- No te metas más. ¿Querés que me quede para que me siga ignorando? Tengo dignidad ¿sabés?

- Si tenés dignidad volvé y mandalo a la mierda como se merece y después te vas.

- Bueno, ¿nos vamos o nos quedamos? - dijo el maletero y reparé que mi valija ya tenía el ticket pero yo no la soltaba.

Lo miré un instante sin reaccionar, el hombre perdía la paciencia. Finalmente, y sin decir palabra, tomé la valija y caminé hacia el auto. Oí la voz del maletero a mis espaldas

- Bueno, nos quedamos -ironizó. -Pobre flaco...

Tiré la valija en el asiento trasero y el dolor con que había llegado a la terminal empezó a transformarse en furia. Roberta subió exultante, golpeó el volante con un “¡sí!” visceral y podría decirse que volamos hasta “La Soledad” en tiempo record. No cambiamos palabra en el camino, ella feliz y yo cada vez más furiosa.

Entré a la casa dispuesta a terminar la historia para bien o para mal. Francisca me miró atónita, repasador en mano, pero al ver mi cara entendió

- Está en su pieza. Nunca está adentro a esta hora. No...

No escuché lo que siguió hablando, subí corriendo las escaleras y frente a la puerta de su cuarto estaba una de sus abominables primas. Al verme se le transformó la cara.

- ¿No te habías ido?

- Correte -fue toda mi respuesta.

- No entres porque no quiere ver a nadie, yo ya golpeé y...

- Te dije que te corras - repetí y la empujé para abrir la puerta.

Alejo estaba sentado en el piso, bajo la ventana, abrazando sus piernas y la cabeza sobre sus rodillas. Al verme, se levantó sobresaltado, la prima entró detrás de mí.

- ¿Qué te pasa? ¿No entendés que no quiere ver a nadie? -dijo en ese tono tilingo, de papa en la boca, que me exasperaba.

Se acercó a Alejo y lo tomó de un brazo en señal de posesión. El parecía aterrorizado, respiraba agitado y apenas podía mantenerme la mirada. Alejo intentó acercarse a la puerta pero la cerró con violencia.

- Y vos cerró la bocota -grité a la insufrible prima.

- Vine a decirte todo lo que me queda por decir, te guste o no -empecé a increpar a Alejo quien con mucho esfuerzo logró mirarme - Y no te lo dije antes porque no estaba segura de lo que tenía para decir. Me acercaba a vos para que me perdonaras, quería seguir siendo tu amiga y pasó lo que pasó y me confundí pero en ningún momento no supe lo que hacía y me sentí más feliz que en toda mi vida.

- Oíme... -intentó la prima que no entendía que era capaz de trompearla con tal de que se callara.

- No estoy hablando con vos -dije apurada y seguí con Alejo - Y tuve que soportar un mes entero que te escondieras de mí, con una amargura que jamás te vas a imaginar, soportando la humillación de que te escaparas como si fuera leprosa. Y te pido el perdón que nunca pude porque no me dejaste, fue un asco lo que hice con vos pero era chica y ahora soy una mujer. Perdón, perdón, perdón. ¿Qué más querés que haga para que me hables? No me voy a arrodillar, bastante me humillaste ya...

- Cortala, ¿querés? -interrumpió la prima.

- Me cansaste - le dije tomándola bruscamente del brazo y sacándola por la puerta que volví a cerrar violentamente.

Se oyó su agudo grito de “!Alfredo!” por el pasillo. Tuve que aspirar hondo para tranquilizarme un poco. El me miraba fijo, totalmente inexpresivo.

- Y te vuelvo a preguntar si hiciste el amor conmigo porque estabas borracho. Es una pregunta simple ¿no? ¿Me la podrías contestar?

Su mirada glacial me taladró el alma, ningún sentimiento podía adivinarse en su mirada. Debí hacer un tremendo esfuerzo para no llorar como una chiquita. Seguí como pude

- No querés hablar tampoco, está bien, vuelvo a tomar tu silencio como un sí. Y lo último que voy a decirte es que yo realmente hice el amor, y que descubrí que ya reviento de tanto amor, y no entiendo porqué siento esto por un cobarde idiota que ni siquiera es un poco hombre para decirme que no me quiere. Y me despido porque

jamás voy a pisar este lugar para no tener que verte la cara y... Y es todo lo que tengo que decir. Adiós, Alejo.

Entré a mi cuarto y liberé el llanto desgarrador que había soportado, durante mi monólogo, atrapado en mi garganta. Roberta me esperaba caminando por el cuarto. Al verme llorar, se sobresaltó

- ¡¿Qué pasó?!

- Lo que tenía que pasar. Te dije que lo había hecho porque estaba borracho - dije entre hipos.

- No... No lo puedo creer... Perdón, Inés, es culpa mía, te insistí para...

- No me arrepiento, tenía que hacerlo. Roberta, ya está, me quiero ir, ¿me sacás otro pasaje?

- Sí, sí, pero no estás bien y...

- Quiero estar sola un rato, por favor...

- Pero...

- Por favor, Roberta.

Cuando salió, me acosté y me tapé entera para poder llorar a los gritos sin que nadie me oyera. Me juré que era la última vez que lloraba por Alejo, este viaje había despertado en mí una nueva mujer y tenía que avanzar, dejar cruces en el camino y seguir. Lo juré a los gritos pero no me creí. Me encontré presa en un halo de dolor universal, todos los dolores se aunaron al mío. Toqué el dolor y la soledad de mi madre al suicidarse, toqué el desamparo de Alejo en la madrugada que lo abandonó su madre, desalojado abruptamente de su mundo seguro, aspirado a un espacio gélido y decidiendo quedar afuera, afuera de todos y de todo. Padecí las penas de gente que no conocía, sus pobreza, sus humillaciones, sus fracasos, sus soledades. Me desgarraron los dolores de Ana, de Santiago, de Marta, de abuelo Justo, de abuela, de Catalina, de Aurelia, de Consuelo, de Mariano...

Oí los pasos de Roberta, sigilosos, entrar a la habitación. Me fastidié, quería estar sola, llorar sin ser molestada. Movié algo el acolchado y de la mejor manera posible dije

- Basta, Roberta, necesito estar sola.

Un sonido extraño me desconcertó hasta que entendí. Era una "t" que se repetía obstinadamente para decir "te amo". El corazón me latía con tanta fuerza que creí que se oiría por toda la habitación. Me descubrí lentamente y lo ví. Estaba sentado en el piso, con la cabeza apoyada en la cama, lloraba en silencio. Acaricié su cara mojada y con un terrible esfuerzo intentó hablar y casi sin aliento le hablé

- No hables ahora, ya vamos a hablar, quiero que me abracés fuerte y no me dejes, no te vayas.

Se acostó a mi lado y nos abrazamos tan fuerte que costaba respirar. En ese instante, entró Roberta y encendió la luz

- Disculpá, Inés, para decirte que tenés pasaje para... ¡Ay, Dios! Disculpen, yo no... Perdón, perdón, me voy...

Salió rápidamente del cuarto y oí sus pasos correr por el pasillo. La imaginé, feliz, buscando a Alfredo para contarle. Con Alejo sólo nos mirábamos en silencio, acariciando cada uno las lágrimas del otro, ya habría tiempo, mucho tiempo para hablar. Sólo quería mirarlo, olerlo y no soltarlo por miedo a que escapara otra vez.

- Nnnno te vayas.

-No me dejes ir -contesté y así abrazados, con el cansancio que deja el llanto, dormimos hasta la mañana siguiente.

Roberta me despertó sonriente y yo me sobresalté al no ver a Alejo a mi lado.

- Dice que desayunes y vayas con él. Está tan feliz que la tartamudez lo tiene loco. Apareció y nos besó a todos con un “buen día” y con una sonrisa que nos dejó helados. Lo embrujaste, me parece, le dijo a Alfredo que nos ayuda a llevar las últimas cosas a “La Merceditas”. ¡Alejo saliendo de acá! Y, obvio, quiere ir con vos.

- Todavía no lo puedo creer, me da miedo que...

- Ningún miedo, ya está, él no podía saltar una valla y ya la saltó. Es todo tuyo -sonrió. Y dale, levántate y vestite bien crota que tenés un largo viaje.

- Si son quince minutos...

- En auto, sí.

- Y bueno, ¿qué largo viaje?

- El tuyo, vas con Alejo.

- ¿Y?

- A caballo -contestó a las carcajadas.

- Es joda, ¿no?

- Mirá -empezó tratando de contener la risa- Si lo querés tanto, acostumbrate, se llama “Viento Sur”, es un zaino taimado pero cariñoso y agradecé si te acepta, no tenés opción, o lo querés o lo querés, es parte del combo de Alejo. Lo cepilló tanto hoy que brilla como si le hubiera encerado. Agua y ajo.

- ¡¿Qué?!

- Aguantarse y a joderse. Bueno, dale que nos están esperando. Ah, hablé con Marta, le conté... No te importa ¿no?

- No, pobre, tendría que haberle contado...

- ¿Cuándo?

- Es verdad...

- Sebastián está medio preocupado, insiste en que si te hace sufrir...

- Le va a bajar los dientes.

Las dos camionetas estaban cargadas, Alejo me presentó formalmente al “Viento Sur” que, tal vez sea idea mía, pero no me vio con buenos ojos. Busqué con la mirada el caballo al que yo montaría. No existía. A partir de ese día, “Viento Sur” debió acostumbrarse a Alejo y sidecar.

Un taxi ofendido, de tanta ofensa que cargaban las primas de Alejo, se alejó raudo por la arboleda.

Alfredo y Roberta subieron a una camioneta y el encargado de “La Soledad” a otra.

- ¿Y Francisca? -preguntó Alfredo. - ¡Francisca! -llamó apurado.

Francisca apareció en la galería con cara de pocos amigos.

- ¿Y tu valija, mujer? -preguntó Alfredo.

- Yo me quedo acá, don Alfredo. No me gusta allá.

- Ya te vas a acostumbrar, tenés un cuarto mejor y...

- No, no, no. A Inés no le gusta pelar ni una papa y al Alejo le gusta comer bien y casero.

Alfredo se mostraba serio pero era evidente que la conversación le divertía muchísimo.

- Pero si quedan Hilda y Lucy.

- Esas dos sirven para trapear, nomás, no las saque de ahí.

Alfredo subió sonriente a la camioneta y le habló por la ventanilla.

- Bueno, quedate a malcriarlo, entonces.

- Ay, ni que se fuera a la guerra -sonrió Francisca aliviada - se va a leguas, nomás. Además, el Alejo ya tiene quien lo cuide, ¿o no, Roberta? -finalizó con una carcajada.

Alfredo la miró con inmenso cariño

- Bueno, vamos, entonces.

- Yo por la comida, nomás...

- Claro, por la comida, nomás -contestó Alfredo, burlón.

- Bueno, y váyase de una vez y no ponga esa cara de cordero degollado que ya lo veo jodiendo acá todos los días.

- No te quepa la menor duda -rió Alfredo.

Las camionetas salieron y el “Viento Sur”, Alejo y yo iniciamos aquel recorrido al paso. Deseé no llegar nunca y hacer miles de kilómetros así, con los brazos de Alejo rodeándome y mi cabeza en su hombro. No me importaban las nubes de tierra que nos envolvían cuando nos pasaba un auto, sólo quería permanecer así para siempre, conociendo poco a poco su voz hablándome al oído. Sólo eso.

Pero la vida seguía y había que vivirla. La misma que me había devuelto a mis raíces y al terreno de los de afuera aunque esta vez, por elección. El había quedado fuera de la ronda y yo me quedaría con él, no por solidaridad, por puro amor.

No se organizó nada formalmente, ni hubo reunión familiar para definir las cosas, se dieron, naturalmente. Alfredo y Roberta se instalaron definitivamente en “La Merceditas”, aunque como predijo Francisca, Alfredo viene a “La Soledad” casi a diario. Dejó casi todo en manos de Alejo pero es evidente que disfrutaban compartiendo el trabajo como lo habían hecho hasta que aparecimos todo este manojito de mujeres

locas a darles vuelta la vida. “La Soledad” pasó a ser mi nuevo universo porque es el universo de Alejo.

Sebastián y Marta lo entendieron con tristeza, pero lo entendieron. Vinieron a visitarnos cuando empezaron las vacaciones de los chicos. Mis hermanos miraban con furia a Alejo, no le perdonaban que me hubiese “robado” y al pobre le costó horas de llevarlos a caballo y en el tractor para poder conquistarlos. Pasamos quince días espléndidos y lo más importante es que después de algunas noches de charlas trasnochadas con Marta, logré convencerla de que fuera a ver a abuela. Tuvieron un encuentro al estilo extraño de abuela en los que tal vez hay que encontrar sus “te quiero” en “ni se te ocurra besarme”, pero sé muy bien lo que significó para las dos.

Antes de irse, Marta nos asesoró a Consuelo y a mí para nuestro proyecto de abrir una tienda de antigüedades en el pueblo. Su experiencia era muy valiosa y yo había aprendido bastante junto a ella.

El día que se iban a Mendoza fue muy triste para mí, pero las decisiones siempre traen esas consecuencias. Para no mostrar su conmoción, Sebastián molestaba a Alejo

- Che Alejo, culpa tuya me perdí un yerno bodeguero así que en semana santa me recibís como a un duque ¿eh?

Alejo se esforzó por sonreír ante la broma pero sólo logró una mueca, no le gusta enterarse de mis relaciones anteriores. Los abracé muy fuerte y en silencio, todo mi agradecimiento desbordó en aquellos abrazos. Ya en el auto, mi hermano menor, a quien Sebastián llama el “putaparió” asomó la cabeza por la ventanilla y gritó

- Alejo, en mi cole hay un chico que le decimos ametralladora porque ra ta ta ta ta ta ta ta - finalizó a las carcajadas y moviendo los brazos como si cargara una ametralladora.

Marta revoleó un sopapo al asiento trasero al que nuestro querido putaparió esquivó con una carcajada. Alejo se acercó al auto, se puso de cuclillas junto a la ventanilla de mi hermanito y muy serio le dijo

- ¿Viste la c c c cabeza de chancho que está c c colgada en el galpón?

- Sí -contestó mi hermano sin perder la sonrisa burlona.

- Ese chancho... Ese chancho m m m me hizo enojar.

Agustín metió su cabeza en el auto y casi se agarra un brazo al cerrar la ventanilla. Entre la risa de los demás y la furia de Agustín, marchó mi familia, una de mis familias, la que me contuvo con amor durante doce dolorosos años.

Javier alternaba sus vacaciones entre “La Soledad” y “La Merceditas”, es maravilloso tenerlo cerca y que nos visite a menudo pero si debo ser honesta, cuando quedamos solos con Alejo me sentí feliz.

“Viento Sur” llegó a encariñarse conmigo y yo con él. Cuando espero a Alejo en el galpón y él desmonta, se acerca a mí y me pega un hociquito en el hombro para que le entregue la zanahoria que sabe llevo escondida en la ropa. Al único lugar que no entra es a la casa porque ni siquiera el parque cuidado que rodea la casa le está vedado.

Fueron meses de felicidad y de momentos duros. El momento más doloroso pero previsible fue cuando Fernando decidió internar a Catalina. Ya lo había intentado varias veces pero Roberta lo disuadía cada vez. El tiempo le dio la razón a Fernando, siempre lo había intentado por el bien de Catalina. Una mañana, en “La Merceditas”, el encargado por descuido dejó su camioneta con las llaves puestas. Cuando se dieron

cuenta de que Catalina no estaba y la chata tampoco, Alfredo y Roberta siguieron el camino que era obvio había tomado y, al llegar a la curva en donde Ana y Santiago habían muerto, vieron la chata volcada en la zanja. Catalina había visto la posibilidad de encontrarse con su tan amada muerte pero no lo consiguió. Dos fracturas y un corte en la frente fue el saldo que le dejó la muerte al rechazarla. Fue muy duro para Roberta pero entendió a Fernando, su problema no tenía retorno. Las últimas veces que la fuimos a visitar, no nos reconoció, repite obsesivamente “Ortiz de acá, Ortiz de allá” y canturrea sus viejos poemas en un murmullo. Para nuestra sorpresa, Clara y Aurelia se lamentaron del intento frustrado de Catalina, sostenían que habría sido mejor para ella dejar de sufrir en la Tierra.

Otro final anunciado fue el que nos comunicó Mariano hace unos meses. Llegó a “La Soledad” junto a Alfredo y Roberta con gesto sombrío. Whisky en mano comenzó a hablar

- Me divorcio de Consuelo, no quiero divorciarme de mis amigos y ustedes más que amigos son familia así que...

- Nada, Mariano -interrumpió Roberta- está todo bien, siempre vamos a ser tus amigos y tu familia, no mezclamos las cosas.

- Alquilé un departamento en Buenos Aires, pero voy a venir los fines de semana y todo lo que pueda para que Malena no sufra más de lo que...

- ¿Lo tomó muy mal?- preguntó Alfredo.

- Muy mal, no lo entiende.

- ¿Y Consuelo? -pregunté.

- Dice que lo entiende, que ya no va más... Pero nunca se sabe con ella.

- ¿Te vas a vivir con alguien? -preguntó Roberta -Va sin juicio ¿eh? Es para saber cómo sigue tu vida.

- No, no. Voy a vivir solo. Sé que no fui un marido ejemplar, tuve mis cosas, pero nada en serio. Quiero estar solo y por ahora concentrarme en Malena.

Noté que Alfredo observaba con preocupación, tal vez imaginaría a Roberta explicándonos su divorcio más adelante. El matrimonio de mi hermana mayor abandonaba la parodia, por buscarle el lado positivo. Alfredo me contagió la preocupación por la parodia de Roberta que a la vista de cualquiera era la mujer casada más feliz que pudiera verse.

Hubo momentos alegres y divertidos en los cuales se podían amortizar los malos tragos. Martín se recibió de abogado y Alfredo organizó una comida en “La Merceditas” para festejarlo. Champagne helado fue la bebida obligada aunque Belén se cuidó bien de tomar una sola gota.

Consuelo se entusiasmó con la tienda de antigüedades, era una buena oportunidad para distraerse. Como la había definido Roberta, orgullosa como una emperatriz con un cuchillo clavado en la espalda. Yo aprendí a ver ese cuchillo del que ella jamás habla y respeto su silencio. En unos pocos meses teníamos la tienda en la Avenida Lastra. Marta me había enseñado a detectar la calidad en los remates y el buen gusto de Consuelo nos transformó en un buen equipo.

Alejo jamás manifestó la menor queja ante mi trabajo pero sé que lo sufre y siento cargo de conciencia cuando al traspasar la entrada a “La Soledad”, ya de noche,

veo su silueta de centauro junto a la tranquera. Galopa a un costado del auto como la primera vez que entré con Alfredo y Roberta.

Roberta lo carga al verlo disimular la pavora que le provoca que yo trabaje en el pueblo. Y esa pavora que él niega quedó manifiesta una mañana en la que sufrí un leve choque. Crucé una bocacalle y un auto chocó la puerta trasera del mío. Un bollo insignificante pero que me obligó a dejar el auto en el chapista. Tuve la mala idea de avisarle a Alejo mientras esperaba en la fila que abrieran el Banco Provincia. Al minuto me arrepentí, se volvió loco, tartamudeaba de tal manera que apenas le entendía

- Pero no, Alejo, no voy a ir, tengo que abrir el negocio, además dejé el auto en el chapista. (...) No tengo nada, fue un bollo nada más, basta. (...) No voy a ir al hospital. ¿Te creés que estaría en el Banco si me hubiese lastimado? (...) Ay... Para qué te habré avisado...

Sin darme cuenta, había levantado mucho la voz y los integrantes de la fila ya me miraban con curiosidad y risas contenidas. Pedí ayuda al que estaba delante de mí

- Disculpame, ¿le podrías decir que no tengo nada? -dije entregándole mi celular.

- Claro, claro -empezó desconcertado - ¿Es tu marido?

- Algo así.

- ¿Cómo se llama?

- Alejo.

- Listo, listo. Hola Alejo, te habla Hugo, estoy acá en la fila con... ¿Cómo te llamás?

A esa altura del colmo de lo bizarro, la fila se había desarmado para escuchar atentamente

- Inés- contesté

- Estoy con Inés, Alejo, está muy bien, ni un rasguño tiene. ¿Cómo? ¿Qué?

Me entregó el teléfono disculpándose por no entenderlo. Mi malhumor estalló

- Basta Alejo. Abrieron el Banco, tengo que apagar. A la tarde me voy en remise.

Corté la comunicación y noté que a pesar de que las puertas del Banco estaban abiertas nadie se movía, me miraban esperando una explicación. Hugo se adelantó

- Disculpame, cuanto más le quería explicar, más nervioso se ponía. De tan nervioso tartamudeaba que no le entendí nada.

- Sí, se puso muy nervioso, disculpá y gracias ¿eh?

Consuelo mostraba a una clienta un juego de cubiertos de plata y yo envolvía una lámpara; una mañana tranquila. De repente, Consuelo quedó con los cubiertos en suspenso mirando a través de la vidriera.

- Ah, no, no...

- ¿Qué pasó? - pregunté caminando hacia la vidriera.

- ¿No puede venir en auto como todos los mortales? -dijo Consuelo con verdadero fastidio.

Alejo desmontaba en el cantero del boulevard, empapados en transpiración él y el Viento Sur. Entró alterado, buscándome. Consuelo moría de vergüenza, yo morí de amor y haciéndome la enojada le dije

- Te dije que me esperaras en casa, cabeza dura.

Cada rareza suya me une más a él y no imagino mi vida sin verlo al despertar cada mañana.

La abuela de Alejo suele visitarnos los domingos y llega, cada vez, con sweaters y bufandas tejidas por ella. El último domingo esperó a que después de almorzar Alejo se fuera a dormir y me dijo

- Tengo que pedirte un favor, Inés.

- Sí, claro.

- ¿Viste que Andrea lo llamó varias veces esta semana?

- ¿Qué? -pregunté incrédula.

- ¿No te dijo nada?

- ¡No!

- Ay... Metí la pata, él no querrá que vos...

- ¿Para qué lo llamó? -pregunté entre malhumorada y curiosa.

- Quiere verlo, ella está arrepentida...

- Ella está arrepentida... -repetí incrédula.

- Es su hijo, parece que reaccionó.

- ¿Parece que reaccionó o la dejó el arquitecto?

- No seas dura, Inés...

-Perdón, vos no tenés nada que ver. ¿Alejo qué le contestó? -pregunté enojándome íntimamente con Alejo por no haberme contado.

- Ese es el favor que te quiero pedir. El le corta cada vez que la oye y ella está desesperada. Si vos hablaras con él, seguro que...

- ¡¿Ella está desesperada?! Disculpá pero no voy a hacer eso. No voy a decirle que la atienda y tampoco le voy a dar manija con el tema, lo entiendo perfectamente, ella no tiene derecho a aparecer ahora después del daño que le hizo y...

- Hay que saber perdonar, Inés.

- Y hay que saber amar, Adela.

En ese momento entró Francisca al comedor con un frasco de pastillas.

- ¿Y Alejo?

- Se fue a dormir -contesté.

- Ay, mocosito del diablo, no tomó el antibiótico de las dos, quiere que le agarre neumonía... Ya me va a escuchar.

La miré subir las escaleras, apurada y preocupada y sólo, después de que desapareció, contesté a Adela

- ¿Sabés qué? Cuando te vas de un lugar, alguien lo ocupa. Hay lugares que se pierden para siempre, no somos imprescindibles.

Y llegó septiembre con su estruendo de trinares y estallidos de colores. Lo recibí con mucha paz, como al mes aniversario de mi catarsis, de mi despertar a mi vida real que no puede ser mejor.

Al cumplirse el aniversario de boda de Roberta y Alfredo, pasé a saludarlos antes de ir al negocio. Al ver entrar el auto, Roberta que estaba arando en un potrero, me siguió con el tractor. Saltó al suelo para saludarme.

- ¡Qué bueno que viniste! Vamos a tomar unos mates... ¿A qué hora abris?

- Bueno, primero, feliz aniversario.

- ¿Qué?

- Feliz aniversario, che...

- ¿Qué fecha es hoy? ¿Hoy es? No, no, me quiero matar, no le dije nada a Alfredo...

- No puedo creer...

- Bueno -dijo calmándose- no hay drama, él tampoco se acordó. Vení, vamos a buscarlo y nos saludamos todos -rió.

Al acercarnos a la casa, vimos a Clara y Aurelia en el jardín. Aurelia caminaba en círculos murmurando.

- Vengan a tomar mate, chicas -dijo Roberta - ¿Alfredo anda por acá?

Aurelia seguía en su circular frenético y Clara miraba a Roberta con mucha angustia.

- ¿Qué les pasa, che, están sordas? -preguntó Roberta

Aurelia se detuvo abruptamente y con voz temblorosa le contestó

- Te dejó.

- ¿Me dejó qué?

- ¡Que te dejó, Laurita! Yo sabía que te iba a pasar otra vez pero vos me decías que era bueno...

- Qué estás diciendo... Alfredo no me dejó, él...

- Te dejó, Roberta -intervino Clara.

- ¿Qué decís?

- Que se fue a "La Soledad"

- ¡Ay! ¡Se fue a "La Soledad!"! ¿Qué problema hay?

- Se fue con sus valijas -finalizó Clara, angustiada.

Roberta quedó mirándola fijamente, parecía procesar la información. Sin decir palabra, caminó hasta la camioneta. Me dio miedo verla así y corrí para subir con ella.

- Ponete el cinturón -fue todo lo que dijo.

De nada sirvieron mis ruegos para que bajara la velocidad, no me dirigió la palabra en todo el camino, la camioneta derrapaba en las curvas y no se molestó en evitar los pozos. Al entrar a "La Soledad", respetó sólo el camino de la arboleda y al finalizarlo frenó bruscamente al ver al jardinero.

- ¿Dónde está la gente? -preguntó Roberta y su frialdad me atemorizaba cada vez más.

- Están todos en la manga -contestó el hombre.

- ¿Te querés bajar? -me preguntó.

- ¿Qué vas a hacer? ¿Adónde vas? -pregunté asustada.

- ¡¿Te vas a bajar o no?! - gritó.

- Roberta, pará un poco, estás...

No me dejó terminar, arrancó y condujo como poseída. Al llegar al potrero, vimos a los hombres que, a lo lejos, trabajaban en la manga. Sin respetar el camino y luego de un escueto “agarrate fuerte”, atravesó el potrero campo traviesa. Agaché la cabeza porque rebotábamos violentamente y yo ya no quería mirar, mi hermana se había vuelto loca. Frenó con la misma violencia con la que había conducido. Me incorporé lentamente, agitada y temblando. Los hombres miraban la camioneta con preocupación, pensarían que se trataba de alguna emergencia. El único que no parecía sobresaltado era Alfredo. Al vernos, se acercó con paso y gesto tranquilos, limpiándose las manos con un pañuelo. Roberta se bajó de la camioneta, se plantó frente a él y le pegó un cachetazo que sonó demasiado alto en aquel silencio sepulcral.

- ¡¿Este es tu regalo de aniversario?! - gritó Roberta.

Alejo hizo alejar a los peones y yo seguía inmóvil en la camioneta, temblando por la situación. Alfredo miraba a Roberta con dolor calmo. Ella volvió a gritar.

- ¿Este es tu regalo?

- Sí, es mi regalo.

Roberta debía hacer un esfuerzo terrible para no llorar.

- ¿Y cómo se llama, eh? ¿Dónde la conociste? -preguntaba furiosa. - Sos una basura, te vas como un cobarde...

- No conocí a nadie. Te pedí un año y me lo diste, el más feliz de mi vida pero es un matrimonio rengo así que mi regalo es tu libertad.

- ¿Y quién te pidió la maldita libertad, eh? Sos mi marido, no te voy a dejar mientras me quieras. -seguía gritando Roberta.

- Sé que no me vas a dejar, por eso te dejo yo.

- ¡A mí no me vas a dejar!

- Sí.

Roberta estaba cada vez más alterada y Alfredo cada vez más calmo.

- Tengo que trabajar -dijo Alfredo y comenzó a caminar hacia la manga.

Roberta lo siguió sin parar de gritar

- ¡A mí no me vas a dejar mientras...! ¡A mí no me dejás!, ¿oíste?

Alfredo se detuvo y pareció esperar algo más. Finalmente preguntó

- ¿Mientras qué?

- No te hagas el tonto, te lo mostré mil veces.

- Sos muy buena actriz y te lo agradezco, hubo veces en que hasta te creí.

- ¡Sabés bien que no actué!

- Contestame, solamente, por qué no querés que te deje.

- Vos sabés porqué -contestó y la ira la descontrolaba.

- Fijate que soy un poco lento y sin palabras no entiendo.

Roberta lo miraba sin contestar, su debate interior se reflejaba en sus puños cerrados y su respiración agitada. Todo su orgullo apretando su garganta, impidiéndole hablar. Alfredo esperó muy poco, quitó la mano que Roberta tenía aferrada a su camisa y dijo con tristeza

- Tengo que trabajar- y siguió caminando hacia la manga.

Roberta abrió la puerta de la camioneta, yo no paraba de temblar, pero se arrepintió y la cerró con violencia, se acercó a la espalda de Alfredo y gritó con furia

- ¡No me vas a dejar porque yo te amo, pedazo de imbécil!

Alfredo se detuvo pero no volteó, imagino que intentaría disfrutar aquellas palabras que lo hacían por fin, un hombre feliz. Roberta, desconcertada, lo tomó de la camisa y lo obligó a girar. Su orgullo herido no le impidió seguir con llanto histérico

- Y me vas a tener que aguantar aunque no quieras, aunque se me caigan todos los dientes o me quede pelada o paralítica y deforme por un aneurisma ¿me entendés?, porque vos sos católico y creés en esas cosas y lo juraste en la iglesia y...

No pudo seguir, un llanto desgarrador se lo impidió. Roberta, la mujer-fortaleza se derrumbaba ante mi incredulidad y, paradójicamente, la admiré y la vi más fuerte que nunca. Alfredo la abrazó, y la ayudó a sentarse en el suelo. Alejo indicó a los hombres que volvieran a la mañana siguiente, subió conmigo a la camioneta y fuimos hasta la casa. Alfredo y Roberta quedaron allí, sentados, abrazados, empezando una nueva vida, con el mismo amor, pero ya sin mensajes confusos. La coraza de hierro de mi hermana, había estallado por el aire mostrando a la verdadera mujer, la que se permitía sentir, llorar y amar. Ambas habíamos defendido nuestra sensibilidad, cada cual como pudo, ella enfrentando la realidad como un gladiador con su armadura y yo con cobardía, negando el pasado, escapando de los fantasmas de los vivos y los muertos. Pero el destino nos acorraló con zancadillas, no hubo manera de evitarlo y, después de todo, después de la caída nos levantamos más fuertes.

No queremos hijos todavía, estamos egoístamente felices solos. Seguramente, también tenemos algo de miedo, los dos cargamos malas experiencias, él con su madre y yo con mi padre, pero sé que en algún momento se va a dar como algo natural, como una prolongación de este amor que nació afuera y los de afuera sabemos demasiado del dolor como para hacer sufrir a otros. Cuando Alejo, “Viento Sur” y yo, salimos los domingos al atardecer, no sé porqué siempre imagino a nuestros hijos, me pregunto si cuando sean adultos decidirán quedar adentro o afuera de la línea invisible pero real y cruel que divide a las personas. Y mientras lo pienso, siento que las garras de madre loba se adelantan en el tiempo porque el recuerdo de una ronda me enfurece y tengo bien en claro que ellos elegirán por sí solos cuál de los dos terrenos quieren habitar.

Y cuando el sol desaparece en el horizonte, mi nueva alcancía, juro que mientras yo viva, nadie, absolutamente nadie, los va a humillar prohibiéndoles la entrada a una maldita ronda.

Gracias por leer.

Si esta historia te gustó, compartila con alguien.

Este libro es gratuito, y la mejor manera de ayudar a que siga vivo es hacerlo llegar a otros lectores.

Mamá era una mujer diferente, y por eso todos la amamos mucho, muchísimo más que lo normal.

*Malena
(1 de sus 5)*